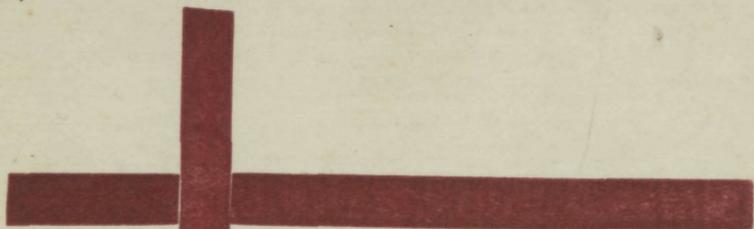


nº 200

COLECCION
ALMA CANARIA
TOMO II



La Cruz que Castilla
plantó
en Canarias

JOSE HERRERA
Misionero de San Vicente de Paúl

Las Palmas de Gran Canaria
1970

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Esta obra hace el número 16 de las que ha compuesto el P. Herrera. He aquí su elenco:

1.—**Vida y escritos de S. Vicente de Paúl** editada por la B. A. C.-Biblioteca de Autores Cristianos.-1.^a edición Madrid, 1951, con XX 912 pgs. 2.^a edición 1955 con XXI 975 pgs.

2.—**Teología de la Acción y Mística de la Caridad, elaborada con textos de la doctrina Vicenciana. E. La Milagrosa. Madrid, 1960.**

3.—**Historia de la Congregación de la Misión, E, Milagrosa, 1949, con 557 pgs.**

4.—**S. Vicente de Paúl en colaboración del Oratoriano Cognet y el fotógrafo Von Matt, S. Sebastián 1960. Año tricentenario de S. Vicente de Paúl.**

5.—**El Obispo de los pobres, 1963 con 523 pgs.**

COLECCION
ALMA CANARIA

TOMO II

*Al antiguo y culto
amigo Jose Miguel
Alzola*

con estima y afecto

dedica este ejemplar

de
La Cruz que Castilla

plantó

en Canarias

El autor

JOSE HERRERA

Misionero de San Vicente de Paúl

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

J. M.

Las Palmas de Gran Canaria

1970

N.º Cop. 777729

IMPRIMI POTEST
DR. D. JUAN MARRERO
Vicario General

Con Licencia de los Superiores
FELIPE GARCIA
Visitador Provincial

NÍHIL OBSTAT
MODESTO LEAL CID. C.M.

Depósito Legal G. G. 196 • 1970

PRIMERA PARTE

VENTANA SEGUNDA

Así escribió Moisés en su Deuteronomio:

Cuando un día te pregunten tus hijos diciendo: que son estos mandamientos, estas leyes, estos preceptos que el Señor, nuestro Dios, ha prescrito?. tú responderás a tu hijo:-Nosotros éramos esclavos del Faraón y el Señor nos sacó de allí con su poderosa mano, haciendo a nuestros ojos grandes milagros y terribles prodigios contra Egipto, contra el Faraón y contra toda su casa y nos sacó de allí para conducirnos a la tierra, que con juramento había prometido a nuestros padres. El Señor nos ha mandado poner por obra todas sus leyes y, temer al Señor, nuestro Dios, para que seamos dichosos siempre y El nos conserve, como hasta ahora lo ha hecho. *Para nosotros la justicia es guardar sus mandamientos y ponerlos por obra ante el Señor, nuestro Dios, como El nos lo ha mandado.*(c. VI-22-26).

Un padre canario, por español, y por cristiano, debe explicar a sus hijos la bella historia del Génesis, del Exodo y del Evangelio, la Iglesia, la de España y también la de Canarias. Todas ellas son sagradas; unas de sentido más exacto y otras en sentido mas amplio, porque en todas ellas se ve la acción de Dios y las leyes, que por Sí o por sus lugartenientes ha ido dictando a los hombres. Y cuando los hijos y los discípulos pregunten a sus padres o maestros, que *porqué son cristianos o españoles*, ellos han de saber responder a las preguntas.

Y para ayudarles, se escribe este segundo tomo de la *Colección del Alma Canaria*. En ésta tarea no quisiera que se pudiera decir de mí lo que se dijo de Renán y de Taine. De Renán dijo nuestro Ganiyet que era un cazador, pero con el inconveniente de que, en vez de disparar contra las liebres, disparaba contra el guarda de la finca. Y de Taine dijo un escritor ruso que era un perro cazador, pero con mal olfato; ducho en dar con el dato histórico, pero torpe en clasificarlo y darle hondura y perspectiva filosófica y teológica, porque carecía de una y otra disciplina.

Para mí la liebre sería el dato histórico, que encaja esta parcela, que he escogido para ofrecer a mi pueblo a fin de que le sirva de *“guia turistica en su itinerario espiritual durante cinco siglos, y de guiòn y plano sobre el que pueda ir construyendo, con las adaptaciones y perfecciones convenientes, su historia de los siglos futuros*. Por otro lado yo espero que los conocimientos

que tengo de la geografía, de las costumbres, de la sicología y de la historia del pueblo canario, me ayudará a encontrar el dato oportuno, a clasificarle y a darle la perspectiva e interpretación, sino exacta, cosa harto difícil, sí al menos, aproximada. A veces el dato puede estar no claro, porque los cronistas ni lo escriben todo, ni aún, en lo que escriben, siempre se ponen de acuerdo y no pocas veces desparraman los datos aquí y allí, y es menester recogerlos, como bloques dispersos, clasificarlos, numerarlos y colocarlos, como quien tiene que numerar las piezas prefabricadas, para colocarlas luego en el sitio del edificio que le corresponde. A mí me molesta la tarea de contar y medir; me gustaría que cada capítulo fuera un canto de esta historia de nuestro pueblo; pero correrá el riesgo de no ser historia rigurosa.

Sin embargo, la intuición, la filosofía, la teología y otras disciplinas ayudan lo suyo a descubrir pistas y dar con el dato o algo aproximado. Si alguna vez a los críticos les parece que mis enfoques y conclusiones no coinciden con los suyos, acháquenlo a que los módulos de los críticos no siempre coincide y, por ende, en terreno tan inexplorado como es ésta veta histórica, por la que me he metido, las medidas de los escalpelos no han de ser aplicadas con excesivo rigor.

La cruz que España plantó en canarias . . .

Durante los siglos XV, XVI y XVII España paseó por el mundo el signo de la cruz, que es el signo

de la auténtica Libertad, que Cristo nos ganó con su sangre. Las Islas Canarias fueron las primicias de esta gesta gloriosa, de la Hispanidad, y por eso ellas fueron el primer país extrapeninsular en que España hizo ondear este estandarte libertador. Desde entonces ha ido hundiendo sus raíces en todas las islas del archipiélago y vistiéndolas de las flores y de los frutos de la Civilización cristiana.

Tu, canario, no la borres ni la tires.-

Otros vientos vinieron después y trataron de marchitar sus hojas, de despreciar sus frutos y hasta de arrancarla. Y así nos fué mal. Estuvimos a punto de perecer con la nave, en que nos embarcamos, cuando los que la pilotaban quisieron arriar esta bandera, que en sí llevaba promesa de inmortalidad. Sí, tú, canario, quieres que ella y España vivan y vivir tú con ellas no la borres ni la tires a la cuneta; mantenla siempre en alto; cultiva sus raíces con el estudio de su doctrina, y como llama viva, sigue echándola brazadas de obras a tono con su doctrina, para que pueda seguir llameando e iluminar tus caminos y los de tus hijos.

Tres luces.-

Para que te puedas guiar en la complicada madeja de ésta historia y penetrar su sentido, quiero aquí encender las tres luces que a mí me han guiado y dirigido en la no menos complicada tarea de investigarla y escribirla.

Primera luz.-

La patria es la historia ... y ésta no se puede comprender, sin comprender y sentir el espíritu que la anima ... en los monumentos religiosos se encarnan la nacionalidad española ... EL GRECO ... en quién el arte, el más refinado y moderno arte, se alía con el fervor más intenso en el espíritu, nos facilita el tránsito de la sensibilidad artística a la más pura y desinteresada contemplación. Y ya con el fervor contemplativo nos hallamos dentro, plenamente dentro de la historia de España ... *La nacionalidad en España la Iglesia la ha creado.* (Azorín, Madrid, p. 145-146). Estas palabras de Azorín valen también para Canarias.

Segunda luz.-

No se debe callar en la Historia lo que se tubiere por culpable al omitir lo que fuere digno de reprehensión; pues sirven tanto en ella los ejemplos, que hacen aborrecible el vicio, como los que persuaden la virtud. (Antonio Solís, Conquista de Méjico, t I. c. XIII, p.63)

Tercera luz.-

Pero esto de inquirir lo peor y referir como verdad lo que se imaginó, es mala inclinación del ingenio y culpa conocida de algunos escritores, que leyeron a Tácito con ambición de imitar lo inimitable y se persuaden que es espíritu crítico lo que malician o interpretan con menos arte que veneno (Solís, op. c.)

CAPITULO I

La Aurora Apunta por Gran Canaria **los Mallorquines en Canarias.-**

La edad media, ha sido pintada por la ignorancia histórica y por el fanático sectarismo como época tenebrista e inquisitorial. La verdad es que la tónica general entre moros, judíos y cristianos españoles fue de convivencia, cortesía y colaboración en las tareas culturales. Las Escuelas de Traductores de Córdoba, Ripoll, Tarazona y, sobre todo Toledo, constituyen en esta línea un ejemplo típico de colaboración cultural, siendo personajes descollantes en este diálogo con otras religiones Alfonso el Sabio, el Infante Don Juan Manuel y Raimundo Lulio.

Las Siete Partidas establecen que “los moros vivan entre los cristianos guardando su ley y no denostando la nuestra, “y que se respeten los sábados y demás fiestas judías, “ porque la sinagoga es la casa donde se loa el nombre de Dios. “

Don Juan Manuel observa que la guerra entre moros y cristianos no es para hacerlos cristianos, sino para rescatar a los cristianos de la esclavitud y recuperar lo que era de los españoles, "ca Jesucristo nunca mandó que matasen ni apremiasen a ninguno porque tomasen su ley, él no quiere servicios forzados, sino el que se face de buen talante et grado". Y cuando en tiempo de Alfonso XI, Don Juan y D. Pedro rompen la tregua con los moros y son derrotados, lo achaca a justo castigo de Dios por no guardar la fidelidad que Dios estableció entre los Hombres. "

La intolerancia llegó a rachas de allende las fronteras, a través de los cruzados que nos venían a auxiliar, y a través de Cluny y del Cister, en nombre de su mística y superior cultura. Y si en la edad moderna moros y judíos fueron expulsados de los dominios de España, se vieron a ello forzados nuestros reyes, porque moros y judíos constituían, a la sazón, un auténtico peligro nacional: los moros por habitar las costas mediterráneas y ser aliados de sus correligionarios turcos y piratas berberiscos, que acechaban las oportunidades de la invasión; y los judíos, porque, aparte de notorios y probados crímenes, explotaban con engaños y usuras al bajo pueblo, al que esquinaban,

De sus ingentes riquezas, nada iba a parar al pueblo español, que era el explotado.

Antes del arribo de los primeros cristianos a Canarias, Raimundo Lulio había creado una inquietud misionera y un método pacífico:

“Me parece, Señor, que la conquista de la Tierra Santa no podría llevarse a cabo sino como lo haríais Vos y vuestros apóstoles: con amor, con oraciones y derramamientos de lágrimas y de sangre.”

En sus obras de controversia, comenta B. Altaner, los contricantes se saludan de acuerdo con las reglas de la cortesía de la sociedad culta. Sus expresiones son serenas y sus disputas objetivas. Se evitan las expresiones que puedan herir al bando contrario. A veces domina la escena una maravillosa serenidad como muestra de la alta estima en que se tienen los controversistas. “

En su libro de *“El gentil y los tres sabios”* un moro, un judío y un cristiano discuten ante un gentil acerca de la verdad y de sus respectivas creencias en ambiente de exquisita cortesía y mutuo respeto, pidiéndose perdón por si ha salido de sus labios alguna posible palabra “villana”. Estas cosas las escribía y las practicaba el genial mallorquín, por los años del Señor de 1.275. Y en este plan siguió escribiendo trabajando y predicando hasta que en 1.316 murió en Túnez frente a Mallorca molido y machacado su cuerpo a pedradas que le arrojaron los moros, cuando saltaron del diálogo a las piedras.

Y sin embargo, este hombre tan amable y tan cortés en el diálogo, era todo menos un irenista, que se contentara con que cada hombre poseyera una centellita de la verdad, fragmentada en las mil y una religiones y sectas, que en el mundo son y serán, plurales

lismo que parece ser la meta soñada por no pocas mentalidades que se-autofirman patentes de conciliares y progresistas.

“ ¡Qué dicha, Señor, escribe y grita, que todos los hombres fuésemos de la misma fé y que no hubiese entre los hombres el odio que los enfrenta por la diferencia y contrariedad de sectas y creencias! ¡Qué hermoso sería que, así como no hay sino un sólo Dios, padre y creador de cuanto existe, se juntasen en uno todos los pueblos y todos estuvieran en camino de salvación y todos tuviesen la misma fé y la misma ley y diesen a Dios igual tributo de adoración y alabanza!

Y al servicio de este ideal puso su talento de literato, de filósofo, de teólogo y de arabista: creó escuelas de misioneros y un poderoso movimiento que enardeció a religiosos y seglares en la tarea de conquistar al mundo para Cristo.

Desde Mallorca a Canarias.-

Por esta época, las naves genovesas que volvían de su periplo africano, dejaban en los puertos mallorquines sus mercancías y algo que valía más: la noticia de que las Islas Afortunadas estaban habitadas por gentiles que desconocían al Dios verdadero. Esta noticia encendió el fervor de los cristianos de Mallorca, discípulos del gran convertidor de infieles, arreglándoselas para fletar y organizar una flotilla apostólica, y sin más arma que la cruz y el evangelio, se hicieron a la vela en dirección a sus hermanas atlánticas.

CAPITULO II

UN PRIMER INTENTO

Fué en 1.342 cuando tres cocas bayonesas se hicieron a la vela desde Palma de Mallorca hacia las Islas "Noveylament trobades" de la "Fortuna", en plan de paz y comercio. Las dos primeras iban mandadas por el capitán Francisco des Valers, con poderes otorgados por Roger de Rovenach, a nombre del rey Jaime III, teniendo por patrones a Bartolomé Giges y a Pedro Magre, y por armadores a Bartolomé Morages, Pedro Giges y Francisco Albussa. Se llamaban las "cocas" la Santa Creu y la Santa Magdalena. El mismo Roger de Rovenach expedía el título de capitán de la nave "San Juan" a favor de Domingo Gual, el cual tenía por armadores a Guillén Bossa, Guillén Descós, Pedro Dalmas, Guillén Maymó, Benet Ramòn y Juan Pagá. Los títulos están expedidos con solo diez días de diferencia: 16 y 26 de Abril de 1.342 respectivamente.

A juzgar por el testimonio del suizo Hermelino en su libro de *Nobilitate et Rusticitate Dialogus*, en que se recoge una narración del Cardenal Jaime de Aragón, a través de un clérigo o fraile suizo, el viaje se realizó no sin ciertos riesgos.

Al parecer una de las naves, tal vez la de Domingo Gual, se vió atacada por unos piratas y, huyendo de ellos, se internó mar océano adentro, impelida de un furioso temporal, hasta que, al cabo de diez días, los tripulantes divisaron una isla montañosa. Al tiempo que se aproximaban, vieron gentes de uno y otro sexo, ceñidos con pieles sin curtir, que ladraban a manera de perros; sin embargo, se entendían mutuamente a su manera y con claridad.

Sin saber qué decisión tomar, circunnavegaron la isla, hasta que, acuciados por el hambre, se decidieron a desembarcar. Los naturales, viendo que su entrada era pacífica, aunque ni ellos ni sus progenitores habían visto tales hombres ni tales naves, los recibieron pacíficamente y con humanidad, y conjeturando, por las señas y lamentos, que tenían hambre, les trajeron "bueyes, ovejas y aves, que ellos solían comer crudos, pero que los forasteros cocieron al fuego en la caldera y utensilios, que habían traído, adecuadamente sazonados con sal". Extranjeros y naturales se sentaron al banquete, tan sabroso y bien guisado, que los nativos daban gritos de alegría.

Después de estas y otras jornadas de convivencia, los Mallorquines visitaron otras tres islas, llevando consigo a varios nativos y siendo igualmente bien recibidos en todas ellas, si bien los “habitantes de cada una de ellas tenían un modo de hablar característico y distinto.” Mas en vista de que en la quinta isla, que visitaron, sus habitantes eran tan feroces que no permitieron se les acercaran, regresaron a la primera isla y observaron atentamente sus costumbres, especialmente sus comidas.

Por fin tomados consigo algunos pares de varones y hembras de estas gentes y significándoles por señas que volverían, los abandonaron con buena armonía.

¿Los doce primeros canarios cristianos?

En 1.352 había en Mallorca doce esclavos canarios, que habían sido instruidos en la Fé y bautizados, y después rescatados por los misioneros seculares, que se disponía a evangelizar a nuestras islas, los estaban preparando para colaborar en calidad de intérpretes en la gran empresa.

¿Serán estos mismos los pares de varones y hembras, que estos mallorquines sellevaron de común acuerdo con los nativos? Es más que probable. Los diez años intermedios hacen probable esta transformación religiosa y cultural de unos isleños salidos de la barbarie.

¿Que fué de las otras dos naves?

Hemos insinuado que la nave de este periplo debió ser la de “San Juan” de Domingo Gual.

¿Qué ocurrió con la de Francisco des Valers? Antonio Rubio y Lluch en sus documentos *por la historia de la cultura Catalana Mig-Eval* trae dos documentos que nos pone sobre la pista de su aventura. El que va en la página 382 del 11 de Abril de 1394 nos habla de un tío de Company, de la ciudad de Mallorca, que hacía 50 años se hallaba en la tierra del Gran Kan con Francisco des Valers, de la dicha ciudad.

El otro documento, del 11 de Septiembre de 1379 cita a "Valers, de esta ciudad de Mallorca, y su factor y otros de esta tierra, que todavía no han vuelto de la Tartaria y las Indias.,,

Teniendo en cuenta que el 11 de Abril de 1342 recibió del Lugarteniente del rey de Mallorca su título de capitán y el permiso de navegar a Canarias y que en 1344, dos años después, lo vemos ya en viaje a tierras del Gran Kan y a la Tartaria, no parece aventurado pensar que en vez de regresar a Mallorca, para ponerse enseguida en viaje, dejaría atrás a las Islas Canarias y se encaminaría a aquellos remotísimos países, de donde todavía, 35 años después, no había regresado. Si desde Canarias regresaron a Palma, poco debieron estar en ella.

El príncipe de la Fortuna.-

Al tiempo que las naos mallorquinas, zarpaban para Tartaria, en Villanueva de Aviñón, residencia sazón de los Papas, se celebraba una ceremonia tan

inútil como brillante. Tal vez había llegado al trono Pontificio, procedente de Aragón, a través de Francia, la noticia de la expedición de Domingo Gual y la buena acogida que le hicieron los Canarios, y concibió el proyecto de hacer con las islas el reino de la "Fortuna" y confiarlo a un príncipe cristiano con la doble obligación de crear y proveer de medios para su evangelización, y de reconocer su vasallaje, y allí estaba el Embajador de Felipe VI, de Francia, Don Luís de la Cerda, príncipe de España, a cuyas filas se había pasado, para pelear contra los ingleses. El Papa le ofreció la corona de las Islas Canarias con esta doble condición, pues era norma de derecho internacional de aquella época, que el Papa podía dar la tierra de los infieles a un príncipe cristiano para librarlos de la idolatría y del salvajismo y llevarlos al Evangelio, por ser representante de Cristo rey del Universo, que tiene derecho a que todos los hombres le conozcan y le adoren.

Y así fué cómo en el Consistorio público del 11 de noviembre de 1344, en presencia de numerosos Cardenales, Arzobispos, Obispos y altos dignatarios de su Corte, leyó su famosa bula "Tuae devotionis Sinceritas", en que proclamaba al Infante D. Luís de España "Príncipe de la Fortuna" a cuyo acto contestó 17 días más tarde el príncipe prestándole vasallaje en un acto no menos solemne, en que recibió del Papa una corona y un cetro de oro, signos externos de las autoridades y soberanías que le confería. Y para que no hubiera interferencias a la empresa, la Cancillería Apostólica expidió

el 11 de diciembre sendas bulas comendaticias a los reyes hispanos Pedro IV de Aragón, Alfonso XI de Castilla y Alfonso IV de Portugal, más otras el 23 del mismo mes, a Felipe IV de Francia, a Juana I de Nápoles, a su marido Andrés, a Humberto III, príncipe del Delfinado, y al dux de Génova, Simón Bocanegra, El de Aragón respondió favorablemente; pero los de Portugal y Castilla lo hicieron malhumorados, alegando el primero su derecho de descubrimiento, y el segundo que, "la conquista del Reino de Africa pertenece a Nos y a nuestro real derecho y a ningún otro se sabe que pertenezca". Apoyaba el castellano su mejor derecho en los derechos romano y visigodo. El derecho romano integró en la diócesis de Hispania a la Hispania Tangitana, que consideró como una provincia más, y con el mismo nombre la conserva la monarquía Goda, al mismo nivel que las "Hispania Tarraconensis, Cartaginensis y Lusitania." De aquí las "Españas", de que a menudo nos hablan los antiguos escritores.

El de Aragón acogió el proyecto con simpatía y prometió su colaboración, primero a los embajadores del Príncipe, Jacobo de Patrajik, arzobispo de Neopatria, y Radolfo de Lofeira, y en Navidad de 1344, año y medio después, al propio rey de la Fortuna en el Monasterio de Poblet. De esta entrevista dice Zurita en el c. IV del libro VIII de los Anales de Aragón, página 187:

"Recibió el rey a este príncipe, por ser quién era y por haberle criado en su casa, con gran honra y fiesta,

y allende de cierto número de Galeras, que le mandó dar para ayuda de esta empresa, le concedió que pudiera sacar de la isla de Cerdeña todas las vítuallas necesarias.

Pero estaba de Dios que el Principe no viera su "Insula", porque, por ser almirante de Francia, se vió de nuevo enredado en la guerra contra los ingleses, a cuyas manos murió en el sitio de Crecy en 1348. Y con su muerte llevó al sepulcro al nonnato Reino de la Fortuna.

El Verbum Crucis.-

También estaba de Dios que la "doctrina y pregon de la cruz," el Verbum Crucis" de Alfonso V de Aragón, se predicara en Canarias, sin el auxilio de la espada, con la misión pacífica y con el signo auténtico del cristianismo por bandera. El espíritu de Lulio sopló de nuevo sobre Mallorca, y surgió entre los cristianos un nuevo plan de Evangelización. Los Jefes de esta empresa fueron dos poderosos mercaderes que llevaban por nombres Juan Doria y Jaime Segarra, que después de haber ganado 30 colaboradores seculares y algunos sacerdotes y frailes de San Francisco, rescataron a los 12 canarios llevados a Mallorca por el Capitán Domingo Gual y los instruyeron en las ciencias misionales, enseñándoles la lengua catalana y la doctrina católica,

El Papa Clemente VI llama a los colaboradores "personas fieles y consagradas a Dios, capacitadas para instruir en la fé católica y las honestas costumbres a las gentes idólatras y paganas que habitan en las dichas islas Cañarias y otras vecinas a ella que en conjunto se llaman "Islas Afortunadas". Estas personas se comprometían a emplear su entusiasta y vigilante diligencia e instruir dichas gentes en la dicha fé católica y agregar a la unidad de la Santa Madre Iglesia, predicándoles la doctrina catòlica no solo con su palabra, siuo también con sus ejemplos.» Una de estas diligencias más eficaces consistía en "llevarse consigo a los doce canarios, con cuya doble colaboración de intérpretes y enlaces con sus paisanos, esperaban que la empresa misionera se daría prisa en desarrollarse y prosperar con rapidez.» Y para que a todos estos aprestos naturales se añadiera el favor divino, el Papa les dá su aprobación apostòlica y concede indulgencia plenaria a la hora de la muerte a los dos grupos de misioneros, al foraneo de los treinta y al nativo de los doce.

Así es como, por primera vez en la historia de la Iglesia, un equipo misionero compuesto preferentemente de seglares, conjuntados los forancos con los indígenas, se disponen a conquistar unas islas remotas para Cristo. Mas, a pesar de su carácter seglar, no prescinden de la jerarquía, llevando consigo a dos frailes franciscanos y logrando que el Papa nombrara, a 7 de Noviembre de 1.351, para presidir y gobernar la em-

presa espiritual, al primer obispo de Canarias en la persona del Carmelita Fray Bernardo, como habían logrado del rey Dn. Pedro IV de Aragón, a la vez rey también de Mallorca, el nombramiento de capitán de la empresa en lo temporal a favor de Arnaldo Roger con fecha del 14 de mayo de 1.352.-

Del "Príncipe de la Fortuna" al "Obispo de la Fortuna"

Y así es como el Príncipe de la Fortuna era sustituido por el Obispo de la Fortuna, la espada por la cruz y la conquista por la misión. Y que la misión tuvo éxito se prueba, porque, trasladado Fray Bernardo tres años mas tarde por bula de Inocencio VI, expedida en Villanueva de Aviñón a 27 de Junio de 1.354, al obispado de Santa Justa de Cerdeña, el mismo pontífice se apresura a darle por sucesor a otro Bernardo, pero no con el título de la Fortuna, sino de *Telde*, título que llevarán los cinco obispos de Canarias, que llenan la segunda mitad del siglo XIV, que recientemente ha sido puesto en circulación con la dignidad arzobispal en favor de un personaje benemérito de la Iglesia contemporánea.

CAPITULO III

El obispado misionero de Telde.-

Cuando Clemente VI publicó en Aviñón la bula "Celestis Rex Regum" por la que nombraba a Fray Bernardo Obispo "en las islas Afortunadas", con el título de la "Fortuna", sabía que era éste un título vago y provisional; por ello se apresuró a ordenarle que cuando notara que la conversación de los que habitaban las islas empezaba a hacer algunos progresos, escogiera a una de ellas y en lugar que le pareciera más conveniente fundara iglesia y la erigiera en catedral, y al lugar, en que la erigiera le diera el título de ciudad, "con cuyo nombre, agregaba el Papa, queremos que seas nombrado tú y tus sucesores." Y con éste nombre se llamaron sus cuatro sucesores: Bernardo II, Bartolomé, Bononato Tarín y Jaime Olzina, que clausuró la serie a fines del siglo XIV o a principios del XV, dando paso a la serie de los obispos de S. Marcial del Rubicón, que llenan otro siglo.

El Fundador del Obispado de Telde.-

Es casi seguro que el verdadero fundador del obispado del Telde fué el que los modernos investigadores llaman Bernardo II, el primero que se intituló "obispo teldense", ya que si el fundador hubiera sido el primero de los Bernardos, hubiera tenido que cambiar el título de la "Fortuna" por el de Telde, según le había ordenado el Papa en la bula de su preconización. Sin embargo, los documentos, incluso la bula, en que el mismo Clemente VI le traslada a la diócesis sarda de Santa Justa, le dan siempre el título de la Fortuna",

También es posible que Bernardo II fuera uno de los misioneros de la primera o de la segunda expedición y que, mientras el Bernardo I se quedaba en Mallorca para promover desde allí los intereses de la misión, él hiciera las primeras conquistas con sus compañeros y, cumplidos los requisitos exigidos por la bula "Celestis Rex", se trasladara a Aviñón para dar cuenta de ello al Papa Inocencio VI, el cual, al encontrar a éste más activo y mas capaz para la misión canaria que a su homónimo, le nombró obispo de "Telde", mientras que la muerte del obispo Alberto, le dió la oportunidad de salvar la cara del de la "Fortuna", trasladándole a Santa Justa. Lo cierto es que Urbano V en su bula "Inter Caetera" por la que nombra obispo de Teldé al minorita Bononato Tarín, a 2 de Julio de 1369, nos dice que lo nombra como sucesor de Bernardo Obispo de Telde, "de buena memoria", y de Bartolomé, así

mismo obispo de Telde, de cuya sede no llegó éste a tomar posesión por haber fallecido poco antes de que falleciera Inocencio VI, cosa que ocurrió en 1.362. El hecho de que el Papa nos informe que el obispo Bartolomé no llegó a tomar posesión de su diócesis nos está diciendo que el obispo Bernardo vino a Telde y que allí organizó las cosas para que al Obispado fuera viable, a tenor de las instrucciones de la "Celestis Rex Regum".

El jefe de la Misión Canaria se traslada desde Mallorca a Cataluña

En Mallorca se organizaron las primeras Hermandades o Fraternidades de Misioneros y protectores de la Misión Canaria. De allí salieron las primeras naves exploradoras y las primeras expediciones misioneras que roturaron el terreno, y el primer obispo-Bernardo II- que pisó tierra canaria por las partes de Telde; mas, después de él y de su sucesor inmediato, hay un silencio de siete años, que nos hace sospechar una decadencia de los recursos misioneros procedentes de Mallorca, cosa que mueve a los Jefes de la Misión a dirigirse a Cataluña, en donde vemos surgir dos centros promotores de ésta misión, radicados en Barcelona y en Tortosa. Los Jefes de este movimiento misionero en Barcelona son los nobles y cristianos caballeros Beltrán Marmando y Pedro de Estrada. Hasta ellos ha llegado la noticia que en Canaria e islas vecinas, llamadas "Afortunadas", hay personas de uno y otro sexo, que no tienen más ley ni secta que adorar al Sol y a la

Luna y que fácilmente, si alguien les predicara la palabra de Dios, se convertirían a la fé de Cristo“, Esta misma noticia ha llegado a algunos religiosos mendicantes y clérigos seculares, los cuales, “encendidos en el celo de ésta misma fé de Cristo y confiando en la misericordia de Dios todopoderoso, se muestran dispuestos y preparados a ir a dichas islas para predicar la fé y convertir a ella a los que allí habitan“. Así se lo hicieron saber al Papa Beato Urbano V.

Y ésto no sólo ocurría en Barcelona sino también en Tortosa. Tal vez algunos misioneros mallorquines, promotores o ellos mismos miembros de la mision Canaria recorrieron éstas y otras ciudades, fundando “Fraternidades misioneras“ y solicitando ayudas y colaboración. Eran obispos de éstas diócesis Guillén de Torrelles y el príncipe Jaime de Aragón, más tarde Cardenal de la Santa Iglesia, primo del rey Ceremonioso e hijo del Infante D. Pedro, conde de Ribagorza, gran político y literato, gran guerrero y gran Santo, que en su viudedad vistió el humilde sayal franciscano. Era a la sazón consejero de Urbano V, quien por sus consejos y los de Santa Catalina de Sena había terminado con la llamada “Cautividad de Babilonia“, devolviendo desde Aviñón a Roma la Sede Pontificia, pero que, mientras el Cardenal español Gil de Albornoz pacificaba los Estados Pontificios, residía accidentalmente en Vitetvo,

Y allí se fueron los caballeros, metidos a misio-

neros; le expusieron todo lo que aquí queda relatado y que ellos tenían una nave que ponían a disposición de la misión además de proveer lo necesario para el viaje. Esto llenó de gozo al Papa, el cual declaró que a eso le inclinaba "el afecto de su corazón", a saber, que "así como toda la tierra está llena de la majestad de Dios, así él desea que toda ella llegue al conocimiento y noticia de su glorioso nombre."

Por ello, "deseoso de ampliar y engrandecer la fé católica y ganar las almas para Dios", manda y dá comisión a los dos obispos citados que escojan diez sacerdotes del clero secular y veinte de las Ordenes medicantes, de entre los que ellos, por las letras testimoniales de sus superiores y por propia información, conocieren que son de vida honesta y de costumbres dignas de loa y que quieren trasladarse a las dichas islas para anunciar a sus habitantes en su propia lengua bien directamente, si la saben, y si no, por intérpretes, que llevarán consigo, por medio de una predicación frecuente, el glorioso nombre de Jesús, su santo Evangelio, los Artículos de la fé ortodoxa, los sacramentos de la Iglesia y el gozo de la gloria eterna, que es su consecuencia, y les concedan licencia para oír sus confesiones, administrar los santos sacramentos, excepto los de la Confirmación y el Orden, y demás ministerios, que la Iglesia hace con sus hijos. Procuren los obispos que los dichos ciudadanos y otras personas provean a los misioneros de naves y de los pertrechos necesarios para el viaje y para mientras allí permanezcan". Por último, quiere el Papa que, si los religiosos son de di-

versas órdenes, lleven todos el hábito de la más antigua, para mayor uniformidad y evitar en los neófitos las divisiones que la diversidad pudiera causar.

Fr. Bononato Tarín, tercer obispo de Telde y 4.º de Canarias

Y para que la misión no careciera de Pastor que la impulsara, la dió un obispo en la persona de Fr. Bononato Tarín de la orden franciscana, muy relacionado con la corte del rey Ceremonioso, quien se apresurò a tomarle a él y a la misión bajo su protección, nombrándole su familiar y consejero, con la intención y orden dada a todos sus súbditos para que por nadie fuera obstaculizado, antes de todos fuera ayudado. El Papa escribe por su parte sendas cartas al clero, al cabildo y al pueblo cristiano de Telde, a fin de que “todos le reciban y miren como a padre y pastor de sus almas y le muestren la debida y devota reverencia y honor, y se conformen con sus orientaciones y mandatos, a fin de que él se alegre de tenerlos por hijos y ellos de tenerle a él por padre.”

Urbano V. le llama “ilustre por su celo de la Religión, por su ciencias en letras, y por su honestidad de vida y costumbres, bien provisto de bienes espirituales, circunspecto en los asuntos temporales e insigne en otras muchas virtudes.»

Y ésto, dice él que lo sabe por informes de testigos dignos de fé; ¿le informaría su hermauo de hábito, el antiguo príncipe D. Pedro de Aragón o el hijo de éste, Jaime de Aragón, obispo de Tortosa y promotor en su diòcesis de la Misión canaria, casi toda ella llevada por franciscanos?. Ambas cosas son probables.

El obispo Tarín gobernó su diòcesis misionera durante unos veinte años, a partir de 1.369, hasta 1.390, en que probablemente falleció, pues que vemos nombrado a su sucesor, Fr. Jaime Olzina, que fué preconizado por Clemente VII el 13 de enero de 1.392.

Documentalmente consta que el obispo Tarín pasó varias temporadas en el reino de Aragón, tal vez en busca de recursos y de misioneros para su diòcesis; en varias ocasiones le vemos ejerciendo funciones episcopales en Mallorca, y, tal vez, a su propaganda misionera se deba la iniciativa que un grupo de ermitaños tomò en el 1.386, de pasar a evangelizar nuestras islas.

Los misioneros ermitaños

No es fácil dilucidar si estos ermitaños eran carmelitas o agustinos, -los únicos que a la sazón se llamaban ermitaños- si bien esta última hipótesis goza de más garantía, tanto porque en la época castellana los agustinos fueron una de las tres grandes órdenes religiosas civilizadoras de nuestro pueblo, como por el hallazgo ocurrido en 1.555, verificado por las revelaciones de un moro notable de la región africana, fron-

tera de Canarias, del cuerpo incorrupto de un Agustino, llamado Tadeo de Canarias, venerado por los moros de Tagaos desde tiempo inmemorial, como un santo, que hizo muchos beneficios a toda la región y dió en ella grandes ejemplos de virtud. De este personaje no tenían referencia alguna ni los agustinos de la conquista ni los de los tiempos inmediatos; tampoco los hubo en la época bentacuriana, y, por tanto, queda como única explicación válida la hipótesis apuntada. Lo que dice Pedro IV en su carta a Urbano VI, pidiéndole aprobara la misión de estos ermitaños y otras personas, que con ellos querían ir, y les otorgara los oportunos poderes, dà pié para pensarlo así. La carta merece un análisis, porque es un panegírico para los misioneros religiosos y seculares pués de los dos elementos habla el monarca aragonés, y una prueba del múltiple afán misionero del rey Ceremonioso, quien durante más de cuarenta años no cesó de proteger y promover la evangelización de Canarias, impulsando y protegiendo a sus súbditos en tan loable empresa, al mismo tiempo que en ella interesaba e implicaba a los Papas de la época.

De estos ermitaños y personas dice el rey que “vivían entregados a los caminos de la devoción y con una caridad que desbordaba todos los límites, y que, enterados de que en las islas llamadas de Canarias hay construídas algunas poblaciones, cuyos habitantes, entregados, como están, a la secta de los ídolos y apartados de la senda de la verdad, todavía no conocen las

ventajas que les vendría de la fé catòlica, se han propuesto, para alabanza del Altísimo y proclamación de dicha fé ortodoxa, pasar a las dichas islas, a fin de poder, con el favor divino, apartarlos del error y reformarlos colocándolos en el feliz estado de gracia, valiéndose de las obras de la predicación y demás medios de salvación“. De sí mismo y de sus predecesores de la Casa de Aragón dice el rey Ceremonioso que es en ellos “innata y muy antigua costumbre favorecer tales empresas y que a él sería cosa grátisima la noticia del feliz éxito de la que estos misioneros iban a emprender, toda vez que su celo por la extensión de la fé catòlica se lo hacía desear ardientemente.“

Por ello, aunque no dudaba de que el Papa les otorgaría con mano larga los poderes y gracias que necesitaban para la misión, él quiere con sus letras comendaticias abrirles y allanarles el camino, a fin de que cuando se presenten a Su Santidad los Jefes de la expedición misionera, les otorgue lo que necesitan para tan “caritativo negocio“ y llegar a la meta tan deseada“.

La petición está firmada en Barcelona a 20 de Febrero de 1.386 por Bartolomé Sirvent en nombre de Pedro IV de Aragón.

Y, por fin, Fr. Jaime Olzina 4.º obispo de Telde y quinto de Canarias.

Cuando hacia 1.390 Clemente VII se entera del fallecimiento del obispo Bononato, se apresura a buscarle un sucesor, y en su búsqueda, le llegan informes.

a Aviñón de que el prior de los dominicos de Mallorca es un hombre celoso por la propagación de la Religión, perito en letras, honesto de vida y costumbres, prudente en las cosas espirituales, discreto en las temporales y dotado de otras muchas virtudes“, lo cual le mueve a preconizarle obispo de Telde y padre y pastor de la Misión Canaria. Se trataba de Fr. Jaime de Olzina. Había ingresado en la orden dominicana en 1355, Diez años despues le encontramos entregado en Palma a las tareas profesoriales con los alumnos de Lógica. Su celo por la religión no cabe dentro de los límites del claustro y le empuja hacia los reinos mogrebinos de Africa para mantener la fé y rescatar a los cautivos cristianos. Su bondad y religiosidad le ayudan a conquistar el corazón y la amistad del rey de Tremecén, hasta el punto de prometerle el rescate de cuarenta esclavos cristianos, a cambio de cuarenta mil doblas, cosa difícil y nunca vista, por ser los tales cautivos del Mazjén, o gobierno central, que presidía el Sultán. Mas el P. Olzina no tenía las doblas requeridas y los municipales de Valencia, de donde debían ser la mayor parte de los esclavos, se dirigieron al Provincial de Aragón para que le diera permiso para recorrer los pueblos de la región predicando la redención y recogiendo las limosnas que para ello dieran los fieles; también rogaban al provincial, Fr. Bernardo Ermengau, que ordenara al prior del convento de Monastir de Valencia que diera al P. Olzina un compañero, siempre que para

dicha obra hubiera que trasladarse a Berbería. Esto lo escribían los jurados del municipio de Valencia el 30 de Septiembre de 1378. El obispo Olzina tuvo que pasar por el dolor de ver el desmantelamiento y la ruina de la misión canaria, que sólo pudo reanudarse en la época betancuriana a principios del siglo XV.

Estos son los personajes de la Misión canaria

Desde el campo árido de los documentos estos son los principales personajes que saltan y se ponen en movimiento en el área de la Misión canaria en la primera etapa de su historia:

Papas: Clemente VI, Inocencio VI, Urbano VI, Clemente VII (Antipapa de Aviñón).

Reyes y Principes: Jaime III de Mallorca, Pedro IV el Ceremonioso de Aragón, Pedro de Aragón, Conde Ribagorza y más tarde franciscano, Jaime de Aragón, obispo de Tortosa y Cardenal de la Sta. Iglesia, y Guillén de Torrelles; de Barcelona.

Obispos de Canarias: Bernardo I, obispo de la FORTUNA, Bernardo II, Bartolomé, Bononato Tarín y Jaime Olzina, obispos de Telde.

Misioneros: Três numerosas expediciones conocidas, compuestas de sacerdotes seculares, religiosos de diversas órdenes, laicado católico, como armadores, capitanes, patrones, tripulantes y familias de éstos, catequistas, técnicos de construcción, agricultura y otros medios de promoción social, e intérpretes, éstos nativos del país, que se iba a misionar.

La repuesta de los canarios.

La repuesta es sólo aproximada, pues los documentos, más que la historia, nos dan su pista y su plan, mientras los datos, que aportan los cronistas, más que una serie de hechos encadenados, nos dan un conglomerado, que como apunta Antonio Rumeu de Armas, más que la historia auténtica, nos dan su eco y resonancia. Damos a continuación un resumen de ellos y el orden que nos parece más probable.

1.º.- Tres cocas bayónesa- así llamadas por la forma de conchas que ofrecían y por el lugar de su origen, o al menos de uno de sus modelos- llegan a las islas en plan de sondeo y de exploración, regresando con buenas noticias y con varias parejas de aborígenes, que les dieron los canarios en señal de amistad, como era, al parecer, en ellos costumbre hacer con los visitantes amigos. Las noticias eran de tipo comercial y de tipo misionero. Este aspecto es el que recogen las antenas del Papa, que a la sazón reside en Aviñón, pues los hechos ocurrieron en la época que los historiadores de la Iglesia llaman "Cautividad de Babilonia".

2.º.- Y desde Aviñón el Papá organiza el segundo paso; coronando por rey de las islas de la Fortuna, que constituye en reino, al príncipe de España, D. Luis de la Cerda, biznieto de Alfonso el Sabio y pasado al servicio del rey de Francia; por quien fué nombrado almirante en su guerra con los ingleses. Ello ocurrió en 1.344; pero este proyecto de "reino Misionero" se

vino abajo con la muerte del príncipe a manos de los ingleses cuatro años más tarde.

3.º.- El espíritu misional que flota en Mallorca, abanderado por los nobles caballeros Juan Doria y Jaime Segarra, cristaliza en una misión pura, sin plan previo de conquista, valiéndose de los doce canarios, ya bautizados e instruído convenientemente en la Religión cristiana y en la lengua de los misioneros, para poderles servir de intérpretes en la evangelización de sus paisanos. Parece ser que a última hora los amos de estos nativos pusieron dificultades, exigiendo mayor precio de lo convenido, por lo que acuden al rey, el cual ordena que se haga una investigación por si hubieran sido sacados de Canarias y vendidos fraudulentamente en Mallorca, en cuya caso manda a su Lugarteniente, Gilberto de Centelles, se incaute de ellos y los entregue sin más a los misioneros; y si no, den por ellos el precio justo. La expedición se verificò a mediados de 1.352, desembarcando en Melenara, teniendo a Telde por objetivo.

4.º.- Algunos hablan de otra expedición en 1.362, no sin cierta probabilidad,

5.º.- En 1.370 tiene lugar la acaudillada por el obispo Tarín.

En 1.386. la de los ermitaños, y tal vez otra, al ser nombrado obispo de Telde Fr. Jaime Olzina y en otras ocurrencias.

Los hechos históricos

1.º.- Es seguro que las expediciones misionales de Mallorquines y Catalanes fueron varias. Viera y Clavijo nos habla de cinco. Es posible que fueran algunas más.

Toda ellas tenían por objetivo principal a Gran Canaria, tomando en ella a Telde como punto de llegada y como centro de la Misión. El punto de desembarco era comúnmente Gando y Melenara.

2.º.- La acogida desde luego no fué muy favorable. Al parecer, Juan Doria, sus treinta compañeros, los doce canarios y el obispo Bernardo, si venían con ellos y algunos franciscanos, -la tradición popular recogida por Abreu Galindo los limita a dos franciscanos, mientras Viera y Clavijo los hace subir a cinco - todo este conjunto se vió, nada más desembarcado en la playa, cercado y hecho prisionero por los teldenses; mas viendo que no venían armados ni en son de saqueo, y, sabedores por los intérpretes indígenas de sus propositos, les dieron libertad para predicar la Religión cristiana. Después de los primeros éxitos de la evangelización y estudio de las posibilidades, la nave regresó a Mallorca con algunos de los Jefes a bordo, tal vez entre ellos el obispo Bernardo, ya que el año siguiente, a 8 de Marzo de 1.353 - diez meses después de la salida - le vemos en Aviñón concediendo indulgencias a la abadía de Melck. Tal vez habiá ido a dar cuenta del esta-

y de las esperanzas de su misión al Papa que allí residía. Por su parte, los otros, como relata el Cardenal de Aragón en el citado libro del canónigo zuriqués Hermelín, "después de un viaje de más de un mes de navegación, arribaron a su tierra e hicieron saber las cosas, que habían visto, al parlamento del Rey de Francia y a la Universidad de París, por mediación del Rey de Aragón". Y agrega el Cardenal: "Con el consejo de éstos volvieron a las dichas islas, sacerdotes de la orden de Menores y asimismo agricultores y artesanos de todas artes mecánicas. . . quienes han trabajado tan hábilmente, por la misericordia de Dios, que al presente, han sido atraídos a la vida pacífica . . . , a costumbres racionales y a la fé católica, y a sus jóvenes, instruido con éxito en el conocimiento de las letras." Los progresos de estas y ulteriores expediciones son las que crearon las condiciones para que el Papa pudiera asentar en Telde el Obispado de Canarias.

3.º.- Los obispos de Telde son auténticos obispos misioneros; únicamente dependen del Papa sin sujeción a metropolitanos. Ellos regían, los misioneros evangelizaban y los seglares cataquizaban y amaestraban a los nativos. El aparato militar ni los precede, ni los apoya, ni los defiende. Por ello, la misión se abre paso con ingenio y con maña, sorteando dificultades. A veces los obispos eluden su residencia gobernando la grey de lejos, y a veces de cerca: desde la metrópoli, como dice Romeu de Armas, abogando por los intereses de la misión, canalizando las limosnas, entregados a la recluta

de nuevos apóstoles; desde la catedral-la de Telde, un humilde "Almogaren o Casa de oración", como la llamaban los nativos-vigilando los progresos de la evangelización y aportando sus sabias enseñanzas".

4.º.- Los historiadores nos informan de datos, sin que sepamos qué expedición misionera los realizó. Probablemente unas empezaron las obras, otras las desarrollaron, otras restauraron las obras caídas y otras presenciaron su ruina.

Sedeño nos presenta a dos navios pilotados por mallorquines arriabando a estas islas hacia 1362, después de haber tenido anteriormente con ellas "paz y contratación, trocando mantenimientos por ropa" y algunas herramientas . . . ; y se fueron, dejando prometido a los canarios de volver y traerles muchas cosas de las que le faltaban". Efectivamente volvieron, les predicaron la religión y levantaron algunas iglesias de piedra seca. Desde luego, la *Casa de Oración*, la humilde catedral teldense: En el siglo XV Herrera pedirá al Guanarteme de Telde permiso para edificar allí una *Casa de Oración*" como la que habían tenido los mallorquines." Otra iglesia fué la de Santa Catalina de Alejandría, Virgen y mártir, y en ella, además de la imagen de la Virgen Alejandrina, las de San Juan Evangelista y Santa Magdalena, a las que Abreu y Galindo añade "un busto de Nuestra Señora con su Hijo en brazos": Las imágenes eran de talla de madera. Marin y Cubas-Edición de 1.694-nos informa de que "donde

hoy está una ermita de santa Catalina, mártir - entre Las Palmas y el Puerto - tuvieron los mallorquines "una fuerte casa de piedra sola, muy fuerte, que su pared tenía de ancho y de grandes piedras siete palmos de largo, y, según sus cimientos, una cuadra muy ancha y larga". También nos informa el mismo historiador que en lo que hoy es la Aldea de S. Nicolás de Tolentino, "muy cerca del mar, había una ermita, donde se decía misa, muy pequeña, mitad cueva y la otra mitad de piedra", con una imagen del santo, que todavía, dice Abreu Galindo, existía en su tiempo hacia 1.590. Las que ya no eran las mismas eran las otras, por haberlas mandado inhumar y retirar, por demasiadas toscas, y sustituido por otras el obispo Suárez de Figueroa.

Otros datos sorprendentes nos trae Marín y Cubas:

"En la parte sur, en el Ganeguín - Arguineguín - hay una *cueva*, donde se decía misa, que oían misa los cristianos que comerciaban, llamada de Santa Agueda, como la iglesia mayor de Sicilia, que así se llama.» Este detalle es, a la vez, curioso y verosímil. Sicilia pertenecía por aquella época a la corona de Aragón y vendrían a comerciar pacíficamente, como, acaso, algunos del próximo continente, -hoy Nápoles-, que formaban el reino de las dos Sicilias, feudatario del imperio mediterráneo de Aragón -en compañía de sus camaradas Mallorquines. El mismo autor confirma esta hipótesis, cuando nos da esta otra información: "En la playa de Agaete

(Gaeta), llamada así por los Sicilianos y es su casa, tenían como un presidio (o fortaleza) con una pared de piedra hasta la playa, con saeteras a modo de murallas.“ Es curioso notar que allí mismo, tal vez completando esta fortificación, puso un fuerte y centro de operaciones durante la conquista el General Pedro de Vera, confiando su defensa a Fernández de Lugo. A alguien extrañará este origen de nuestra actual ciudad de Agaete, creyéndola de origen guanche; pero hay que advertir que la inicial era un prefijo que los guanches añadían a los lugares. Así Gáldar, Terore-Teror-Taract. se llamaban Agáldar, Aterore, Atara etc. . . Es posible que se trate de una denominación híbrida: la Gaeta de las Dos Sicilias, a la que los Guanches en sus tratos comerciales con ellos le agregarían su característica. Es posible que estos lugares fueran a la vez centros de desarrollo religioso, cultural y comercial

4.º.- El desarrollo pacífico duró unos cuarenta años. De esto también nos informan los historiadores. Así Leonardo Torriani nos dice que “los mallorquines hallarou en los canarios humanidad y buena voluntad y se entendieron con ellos casi como si fueran naturales, . . . Tuvieron de ellos tierras, ganados y mujeres, con las que se casaron y tuvieron hijos“. Y de Abreu Galindo, que explica el hecho anterior, es este texto:

“Los mallorquines fueron solícitos, diligentes y astutos en complacer, agradar y servir a los canarios, que les tomaron mucha amistad y los trataban bien.“ Este buen entendimiento explica los ulteriores progresos, cuyas pinceladas nos trazan también los antiguos cronistas, algunos tan en contacto con los indígenas como Abreu Galindo. De él son éstas notas:

“Hicieron los mallorquines muchas casas pintándoles las maderas de muchos colores, que hacían de flores e hiervas; y labraron cuevas en riscos muy bien labradas, con pulideza-que hasta hoy duran en algunas partes-y dándoles orden y manera de regirse y gobernarse con mucho primor y policía“. Y en otro lugar agrega:

“Allende las casas en que vivían, los canarios tenían cuevass, las cuales aumentaron, y acrecentaron los mallorquines con aposentos de mucha industria y pulideza, que es contento mirarlos cuán bien obrados y pulidos están“. Marín y Cubas agrega:

“Los nuevos huéspedes les enseñaron a labrar maderas y casas con enmaderamientos y a pintarlas y enjalbegarlas de almagre y tierra blanca . . . En Galdar se hallaron casas muy grandes, con esquina de cante- rías labradas y maderamentos, que fué obra de mallor- quines“.

Según Viera y Clavijo, “solían edificar dos o tres casas contiguas, con una sóla palma por viga principal, pero daban siempre preferencia a las grutas, especial- mente cuando los mallorquines les enseñaron el modo de darles más capacidad, añadiéndoles aquellos ape- sentos que Abreu Galindo miraba con tanto placer“.

Sobre la promoción de la agricultura, los histori- adores indican que los mallorquines introdujeron o mejoraron la técnica y vulgarizaron algunos árboles frutales, y entre ellos, la higuera. Nos lo asegura el cro- nista franciscano, que suele estar bien informado:

“Había en la isla, escribe Abreu, gran abundan- cia de higuerales, los cuales habían puesto los mallor- quines, de los que habían traído para su mantenimien- to y provisión, que en poco años se dieron. Y como los canarios gustaron de lá fruta, se dieron a plantarlas por toda la isla y con el vicio del buen clima se multiplicó.“

Algunos investigadores modernos se inclinan a poner en duda esto de las higueras, fundados en que ya hablan de ellas algunos viajeros anteriores a los mallor- quines, como Nicolás de Reccó -r.34r- y Gómez Eannes

de Azurara-1.452-; pero, además de que Azurara es un siglo posterior a su arribada a Canarias, las alusiones se explican, porque efectivamente, había en Canarias una especie indígena, que los Botánicos llaman "berzagotes" y la gente de pueblo "brigazotes", que producen higos de piel dura y negruzca, muy rojo por dentro y de sabor bastante desagradable. No cabe duda que cuando los nativos probaron los azucarados higos mallorquines blancos o negros, los prefirieron al áspero y ruin brigazote y los plantaron a volco por toda la isla, que son los que han prevalecido.

Algo de este progreso religioso y social debieron intentar propagar los mallorquines por las demás islas del grupo occidental, pues las demás del grupo oriental -Lanzarote y Fuerteventura- las dejarían al margen, por considerarlas, a tenor de las categorías de la época, de esfera geróvesa. Según se desprende de la relación, del Cardenal D. Jaime de Aragón, Tenerife se les mostró adusta e inabordable por los medios pacíficos. Esta fue la razón porque se contentaron con arrimarse a las playas de Chimisay, y dejar allí una imagen de la Virgen con el Niño en los brazos y la vela en la mano, a fin de que se encargara Ella misma de ser la misionera del noble pueblo guanche, celoso de su independencia. Este es probablemente el origen de la providencial aparición de la sagrada imagen a los humildes pastores guanches hacia 1.390, últimos años de los mallorquines.

Y, por fin, la ruina.-

Así pasaron unos cuarentas años; mas la ambición del lucro lo echó todo a rodar.

Esto debió ocurrir a finales del siglo XIV, cuando en el 1393 llegaron en plan de piratería y saqueo aventureros vascos y andaluces, al mando de Gonzalo Pérez Martel, señor de Amonaster, recorriendo parte de las costas de Africa, Hierro, Tenerife, Gomera, Gran Canaria; Fuerteventura y Lanzarote. De esta se llevaron cautivo a rey Tinguafaya, a la reina, y a otros ciento setenta isleños que fueron vendidos por esclavos

(Abreu y Galindo, 40.)

La persecución.-

Viera y Clavijo y Abreu Galindo atribuyen el origen de la persecución a que los mallorquines se habían aumentado y se habían subido a mayores y maltrataban a los Canarios. Algo debe haber, pero de otro lado. Ciertamente que durante toda la segunda mitad del siglo XIV los misioneros seculares fueron aumentando y los cristianos y los propios religiosos. *En 1386 vemos a Pedro IV escribiendo a Urbano VI en favor de unos misioneros que iban a Canarias. Dos días después vuelve a la carga, (12, 11, 1386).* Pero lo que exasperó a los canarios no fué la predicación evangélica ni la acción

de los religiosos, a los que profesaban singular veneración, sino el saqueo y piratería de vascos, andaluces y normandos; y no pudiendo descargar su ira en éstos, que venían bien armados, se cobraron en los mallorquines, sus correligionarios, matando a unos y despeñando a otros.

Los despeñados fueron cinco franciscanos, que fueron arrojados a un precipicio, formado por una serie de cavernas, una debajo de otras, de suerte que unas piedras arrojadas en la boca de la primera se les oye rodar durante cinco minutos por aquellas profundidades, que están al término de Jinámar, a media legua de Telde. Al cabo de unos días, sus vestidos fueron vistos en la playa cercana. Cuando se formó la provincia franciscana de Canarias, hicieron su sello con las cinco cabezas de estos mártires en forma de cruz. Esta matanza debió de ocurrir en 1.393, época de las correrías de vascos y andaluces.

El testamento de los trece hermanos.-

No todos pudieron ser aprendidos por los enfurecidos teldenses. Al parecer, algunos lograron esconderse huyendo hacia el interior, llevándose consigo algunas de las imágenes que luego fueron apareciendo a raíz de la conquista. Tal parece ser el origen de la Virgen del Pino, escondida en el tupido bosque de Teror, la de Santiago en el Pinar del Pajonal, donde más tarde se edificó una ermita, que fué trasladada en el siglo pasado por orden del obispo Codina a la iglesia de

San Bartolomé de Tirajana. Antes de morirse los trece últimos, redactaron un testamento, que fué pasando de uno a otro, en que relatan su emocionante odisea. El último lo entregó a un canario con el ruego de entregarlo a los primeros cristianos que llegaron a las islas. Cuando unos años más tarde, träs una visita de cortesía de los soldados de Betancourt a Telde, capitaneados por Cadifer de la Salle, en 1.402, estos zarpan hacia Lanzarote, vióse llegar jadeante a la nave capitana a un canario con un zurrón al cuello, del que sacó unos papeles amarillentos y los entregó al capitán. Era el "testamento de los trece". El canario había cumplido su misión.

El apuesto y gallardo mozo, portador del mensaje, dijo llamarse Tafetán entre los que no eran cristianos, que, como tal, se llamaba Pedro, que era hijo de uno de los "Trece", casado con una del país, del cual había recibido el encargo, antes de morir, de entregar este testamento al primer cristiano que viese arribar a estas playas; por fin, que se les ofrecía para todo lo que no fuera en perjuicio de su patria o de sus habitantes. Invitado por Gadifer a irse con ellos a Lanzarote, contestó que él era ante todo de Tamaràn, que es como ellos llamaban a la isla, - "País de las palmas" - que de aquí era su madre, que le aguardaba en la costa, a donde regresó colmado de obsequios. Al parecer, en este testamento narraban su odisea, y aconsejaban que no se fiaran de los nativos, cosa que se explica por lo irritados

que estaban, por los recientes y repetidos saqueos. Algunos han creído que los "Trece" eran frailes, fiados, tal vez, en que el cronista del "Le Canarien", que es el primero en narrar el episodio, los llama "Freres", que en francés lo mismo significa fraile que hermano. Y esta es probablemente la traducción que le cuadra, por ser seculares los miembros de las Hermandades o Fraternidades misioneras, que se fundaron en Mallorca y Cataluña para venir a misionar a Canarias. Se confirma tal hipótesis, que concuerda con muchos de los antiguos cronistas, el hecho de que uno de ellos estaba casado con una nativa, y era padre del portador del testamento.

Con este episodio queda cerrada la época catalano-mallorquina y se termina la serie de los obispos de Felde, para dar paso a la época betancuriana y a la serie de los Obispos de S. Marcial del Rubicón en Lanzarote.

CAPITULO IV

Desarrollo de la evangelización de Canarias en el siglo XV

Durante la primera mitad del siglo XV, la evangelización fué impulsada desde S. Marcial del Rubicón desde el convento franciscano de Betancuria, y desde la misma cùria romana.

El Papa Eugenio IV (1.431-1.447) concedió a D. Fernando Calvetos, obispo del Rubicón 200 florines pertenecientes a las rentas de Castilla y Aragón, mil de la mesa arzobispal de Sevilla y las sumas, que quedaron del tiempo del antipapa Benedicto XIII, con el fin de que pudiera comprar y equipar un navío para las misiones de Grau Canaria, Palma, Gomera y Hierro. En las misiones de Fuerteventura y Lanzarote se distinguieron S. Diego de Alcalá y Fray Juan de San Torcaz, prior del convento franciscano de Betancuria. Las furiosas tempestades desbarataron las tentativas misioneras de S. Diego con relación a Gran Canaria; pero

en estas islas debieron quedar algunos restos de los antiguos misioneros, pues vemos a dos franciscanos indigenas de Gran Canaria moviéndose en años sucesivos por las cortes de Castilla, de Aviñon y de Roma, gestionando la creación de un obispado para gobernar la cristiandad de Canarias, que al ser creado, fué erigido con sede en S. Marcial del Rubicón, por estar Lanzarote en poder de cristianos, si bien no faltaron conatos de trasladarlo a Gran Canaria, aún antes de que fuera ganada por los españoles, a causa de los muchos cristianos que en ella había y de una mayor importancia y hegemonía sobre las otras. Los beneméritos franciscanos indigenas merecen pasar a la historia, a causa de su extraordinario trabajo misional. Uno *fray Juan de Baza*, fué nombrado Vicario de su orden en Canarias, y el otro, *Alonso de Indubarán*, simple hermano lego, obtuvo de Eugenio IV un Breve. en que prohibía bajo severas penas, que los indigenas fueran reducidos a esclavitud.

Los dos eximios franciscanos canarios expusieron a la Santa Sede su plan misionero en orden a la cristianización de las islas. El capítulo principal era que, siendo ellos canarios, conocían la lengua y costumbres de sus compatriotas, y que era su deseo y propósito recorrer todas las islas en plan de evangelización, tarea que ya habían empezado por Gran Canaria y la Gomera, donde aseguraban haber ya muchos cristia-

nos. Con ellos irían otros religiosos y fieles peritos, no sólo en el arte de la evangelización sino también en las artes agrícolas y mecánicas, para que los naturales aprendieran a vivir a la manera de los cristianos. Posiblemente estos dos religiosos indígenas fueron discípulos de los mallorquines en la cristiandad por ellos formada, de quienes los canarios aprendieron notables mejoras en las viviendas, ganadería y agricultura. También ellos habían comprado un barco misionero, y eran casi todos seglares y traían en su programa no sólo la promoción cristiana sino también una interesante promoción humana.

Teniendo el Papa Eugenio IV todo en cuenta, en varias bulas manda que se adquiriera un buque misionero, en donde hubieran de ser transportados de isla en isla no sólo los misioneros y sus colaboradores seglares, sino también los elementos de la doble promoción humana y cristiana, y lo sobrante de los fondos señalados debía de emplearse en vestidos y otros enseres útiles a los nuevos cristianos. Por último, para proteger a los canarios de la codicia de los traficantes cristianos, les señala como protectores a los arzobispos de Rimini, de Córdoba y de Badajoz, con poderes de comisarios apostólicos, autorizándoles para excomulgar públicamente a cualquiera que los privara de su libertad o, si habiéndoles ya privado de ella, no se la reintegrara en todos sus derechos.

El gran hispanista vienés e investigador Dr. Wolfel, que recogió todos estos datos en los archivos vaticanos, expresa su admiración ante estos métodos misionales que tiene los elementos de la más moderna misionología: misionerismo seglar, promoción humana y social, clero indígena y hasta la adquisición de un buque misionero. Se sabe de aviones misioneros en Austria y Alemania, y esto en tiempos muy nuevos; en el siglo XV España puso sus buques al servicio de las misiones, pero en el siglo XV los buques y las artes misioneras y los misioneros seglares fueron ideas isleñas, primodialmente mallorquinas, y luego canarias, sometidas a la aprobación pontificia e incorporadas oficialmente al derecho misionero mediante las bulas de Eugenio IV, expedidas en los años de 1433 - 1435.

CAPITULO V

Donde el sol nace por Lanzarote

Uno de los principales objetivos del normando Juan de Bethencourt y de su Lugarteniente Gaiferos o Gadifer de la Salle en la conquista de las islas canarias era la cristianización de sus naturales. Con este fin se trajeron como capellanes al franciscano Pedro Bontier y al sacerdote Juan de Leverrier, y en calidad de intérpretes, a los canarios Alfonso e Isabel, a los cuales los comerciantes de Dieppe en expediciones anteriores habían capturado, llevado a Francia, y desposado. Estos dos intérpretes jugaron un papel importante en la composición del primer catecismo canario, que hicieron los dos capellanes, y en la ulterior obra de catequización de sus paisanos. Este catecismo narraba en su primera parte *la historia de la salvación* desde la creación del mundo y del hombre hasta el nacimiento, vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo; función de la

Iglesia y el juicio universal; los mandamientos, el credo, los sacramentos y las principales oraciones y prácticas del cristianismo.“

Desde un principio, los naturales, incluso el rey Guadarfía, no sólo aceptaron la protección de los cristianos, sino también se avinieron a ser catequizados; pero esta obra estuvo a punto de fracasar. a causa de la traición de Vertín de Berneval, hombre sin escrúpulos, el cual aprovechó la ausencia de Bethencourt, de viaje a España, para caer sobre los naturales con ayuda de una facción de veinte compañeros, a quienes había corrompido; apresó a cuarenta de ellos, incluso al rey; pero éste que era de gran fuerza y corpulencia, deshizo las ataduras, mató a tres franceses y se escapó, reuniendo a los suyos, declarándose en rebeldía con gran parte de ellos, Decían entre sí:- “¿Qué fé y que religión es esa de los europeos, que al tiempo que nos hacen grandes elogios de su santidad, nos hacen traición y rompen su palabra y se pelean entre sí?. Nos dicen que tenemos un alma inmortal y que todos procedemos del mismo Padre; mas, al tiempo, nos desprecian, nos venden por esclavos, nos tratan de bárbaros e infieles, sin tener en cuenta cuánto les hemos honrado y que no les hemos faltado a la palabra dada?.

Pero, ¿a quién vender aquellos esclavos?. Por la isla de Lobos andaba por aquellos días en trabajos de

pesca la *Guinda*, nave española, a cargo del capitán Francisco Calvo, y a él se llegó Bertín de Berneval con tal propuesta, por medio del intérprete Jiménez, que enrojecía de vergüenza.

-¿Cómo es eso?, replicó el castellano; Bertín de Berneval se apropia de un derecho que no le pertenece. No se le den oídos, ni Dios permita que los mismos amigos de los generosos caballeros Juan de Bethencour y Gadifer de Lasalle cometan tal traición o la tiranía de despoblar a este país, que se ha puesto entre sus manos y bajo la fé de su protección.

Mas si la villanía de Berneval y los suyos no tuvo eco en la nobleza del capitán Calvo, sí lo encontró en el ruín corazón de Fernando Ordóñez, que andaba pilotando su *Tajamar* por aguas de la graciosa; mas la poesía de la Graciosa y del *Tajamar* quedaron oscurecidos con la colaboración en tal villanía y con la compañía de los villanos que, con su presa, tornaban rumbo a Cádiz, a donde no llegaron, porque el mar, avergonzado de acción tan villana, arrojó a oprimidos y opresores contra las costas africanas, donde naufragaron miserablemente. (1) *No obstante León y Castillo, afirma que el barco llegó a Cádiz, donde Berneval intentó vender su presa; pero denunciado, fué preso y encarcelado, dándose maña para escapar de la prisión, huir a Aragón y vender allí el fruto de su rapiña.*

Y, aunque en Petencostés de 1.403 hubieron de bautizarse ochenta nativos, fué menester el regreso y presencia de Juan de Bethencourt para que los entuertos empezaran a enderezarse.

Conversión de Guadarfia y de casi todo el pueblo

Fué a principios de 1.404 cuando Juan de Bethencour entró con grandes fuerzas en el Rubicón y fué grande el regocijo de todos y él suyo, cuando pudo abrazar a los suyos y ver a sus pies a muchos isleños, cristianos nuevos, y a otros que fueron llegando más tarde. Esta cortesía y buen trato del conquistador terminó por ganar también al activo y valiente Guadarfia que se rindió con diez y ocho Jefes más y solicitaron el bautismo, que les confirió Juan Leverrier el primer día de la cuaresma de 1.404, después de un periodo suficiente de instrucción catequística a base del catecismo en lengua guanche, compuesto con la ayuda de los intérpretes Juan e Isabel. Todo fué gozo y alegría por tales acontecimientos. Bethencourt, los franceses, los españoles y los isleños, se basaban y se abrazaban entre sí; que cuando la religión se entiende y se practica bien, desaparecen las diferencias nacionales y raciales, establecen lazos de hermandad entre los hijos del mismo Padre, que está en los cielos, y es fuente de gozo y de paz, de justicia, y de amor. Bethencour sacó

“de Pila“ al príncipe, que recibió el nombre de Luis, y como lote y repartimiento, las posesiones de su padre Guanemere y de su abuelo Zonsamas. El ejemplo del rey fué como una “enseña general“, que se levantò en la isla, que como dice Viera y Clavijo, “hizo alistar en el cristianismo a todos aquellos isleños, con tan vivas ansias, que corrían al bautismo aún sin ser llamados. Tal fué el primer triunfo de la Religión en el mar Atlántico

(Viera y Clavijo. Ediciones Goyea; Santa Cruz de Tenerife. 1.967, 1.315, 316.-)

CAPITULO V

Y sigue por Fuerteventura.-

Pacificada la isla de Lanzarote, Bethencour pensó en la anexión de la isla vecina de Fuerteventura, que desde un principio se rebeló, decidida a vender cara su independencia. Los reyes de Majorata y de Jandía, entre quienes la isla se dividía, se confederaron para la mutua defensa. Los majoreros que eran duros y agueridos y duchos en emboscadas, lograron atraerlos y derrotaron varias veces a los cristianos. Más cuando éstos los atraían a campo raso, los majoreros llevaban las de perder. Los prisioneros eran llevados a Lanzarote, se les predicaba el cristianismo y luego ardían en deseos de rescatar a sus paisanos de las sombras del paganismo. Igual deseo ardía en Luis Guadarfia y sus antiguos vasallos. Bethencourt nombró a su real ahijado intendente general de toda la isla e inspector de la agricultura y cría de ganados y la composición, arreglo y conservación de fuentes, aljibes y maretas, que se

habían cegado o destruido durante la conquista, y con los cristianos lanzaroteños y majoreros formó un cuerpo auxiliar, que debidamente instruido en el manejo de las armas, se revelaron extraordinariamente útiles y sensibles al honor en el resto de la campaña de Fuerteventura. Los majoreros insumisos hubieron de emplearse a fondo y llamaron a las armas a todos los hombres mayores de 18 años, y hubieran dado todavía mucho juego y se hubiera derramado inútilmente mucha sangre sin la intervención de la Virgen en la solución de la contienda, hecho que omite Viera y Clavijo, teñido de enciclopedismo, y que narra Abreu y Galindo, que pudo interrogar los documentos y las tradiciones locales a fines del siglo XVI.

Tribiabín y Tamonante

Había en la isla dos mujeres dedicadas al culto de Dios, y, al parecer, tenían cierto don de profecía, por lo que gozaban de fama y crédito ante los nativos. Les aconsejaban la paz y el buen entendimiento entre unos y otros, les decían que vendrían unos hombres que les dirían lo que tenían que hacer y que los acogieran y les hicieran caso.

Cuando llegaron los cristianos, redoblaron sus predicaciones y se les aparecía a ellas y, también muchos isleños “una mujer muy hermosa“, que les reme-

diaba en sus necesidades y les exhortaba a hacerse cristianos. Todo ésto y la fama y la bondad con que el Jefe y los cristianos trataban a todos, movió a los dos reyezuelos Ayotza y Guitza a remediarse y a recogerse uno después del otro a la clemencia de Bethencourt y pedir el Santo Bautismo, que recibieron, dice Abreu y Galindo, a fines de 1.405 con la mayor parte de sus súbditos, recibiendo Ayotza el nombre de Luis y Guitza el de Alfonso.

Santa María de Betancuria.-

En memoria de tan grande acotencimiento y en honor de "tan hermosa mujer", que tan destacadamente intervino en él, construyó Bethencourt una iglesia con el título de Santa María, por lo cual, al pueblo que se fué edificando en su torno, se le llamó Santa María de Betancuria. Más tarde logró el propio Bethencourt fuera erigida en sede episcopal sin suprimir la del Rubicón; pero ningún obispo se sentó en ella. En 1.969 el Vaticano la dió como título a un obispo in partibus. Años mas tarde el convento franciscano de S. Buena-ventura se convirtió en foco de radiación cristiana para estas y otras islas.

CAPITULO VI

Y continuó por la Gomera.-

Cuando en 1.405 arribó Juan de Bethencourt a la Gomera encontró en ella signos de amistad y cristianismo, cuyos primeros resplandores habían llegado algo así como treinta años atrás, según las noticias que pudo recoger Abreu y Galindo. Al parecer, se trata de cristianos portugueses al mando de un capitán, que todos coinciden en llamar Fernando, si bien unos le apedillaban de Castro, otros de Urmel y otros de Olín, portugués, gallego y alemán respectivamente, pero los tres al servicio de Portugal. Desembarcó en el puerto de Hispare, donde estaba un hermano del rey de La Gomera, llamado Almaluige, que con otros quisieron estorbar la entrada, muriendo en la demanda con algunos nativos, lo cual sabido por el rey, reunió mucha gente, acometió a los cristianos, acorrolándolos en la fortaleza de Argodey, toda ella cercada de roca muy fuerte con sólo una entrada, que Almaluige taponó con

grandes troncos de árboles y guareció con fuertes guardias de nativos. Y allí perecieron los cristianos de hambre y de sed, o despeñados riscos abajo, si se aventuraban a forzar la salida, a no haber pedido, con las señas que pudo, el capitán cristiano clemencia y cuartel, que el Gomero otorgó generoso y compasivo. Mandó quitar los palos y troncos que tenían puestos y los abrazó y regaló durante varios días, dándoles cuanto hubieron menester de mantenimientos que había en la isla, como si entre ellos no hubiera pesadumbre.“ Por su parte“ Don Fernando dió muchos vestidos y armas al rey, como espadas y broqueles, que estimaron en mucho.“ Y no paró aquí la cosa; el rey se tornó cristiano y tomó el nombre de Fernando, y muchos con él a cuyo ruego, el capitán cristiano les dejó un sacerdote que prosiguió su obra evangelizadora hasta que falleció, que fué pocos meses después de la partida de la expedición.

Bethencourt encontró ya muerto a Fernando Almaluge y la isla repartida en cuatro parcialidades, regidas por otros tantos Jefes, dos de ellos llamado Fernando, lo que indicaba su cristianismo, el nombre del capitán que lo introdujo y la descendencia común de D. Fernando Almaluige. Fernando de Aberbequeye gobernaba la comarca de Mulagua, Fernando de Alguabozeque, la de Agana, Pedro de Alhagual, la de Hipalán, y Masegue Conche, el Unihepe; de Torriani, o

el Meteguanchepe, de Viera y Clavijo, la de Orone. Es probable que la cristianización se intensificara en la primera mitad del siglo XV, aún antes de quedar del todo sometida a los señores de Lanzarote, por obra del canario Juan de Baeza.

Pedro Chimboyo, príncipe y apóstol de la Gomera.-

Y ello es tan así que en tiempos de Eugenio IV aparece un personaje a quién los documentos pontificios le dan el título de Duque de la Gomera. Que tal vez quisiera decir que era un Jefe o reyezuelo de la isla. Antes del bautismo se llamaba Chimboyo y al recibir las aguas regeneradoras recibió el nombre de Pedro. Y entonces el Jefe se sintió con arresto de apóstol y solicitó del Papa los poderes para evangelizar no sólo su isla sino las otra y aún las costas de Africa, o como se les llamaba, las partes cismarinas. Eugenio IV le otorga estos poderes de evangelización con la extensión pedida en un documento expedido en 1434. Estos documentos pontificio, aún dirigiéndose a quien acababa de salir de las sombras de la infidelidad, comienza por la concebida y hermosísima fórmula, llena de estima y respeto: "Dilecto filio nobili viro Petro Chimboyo, Duci in insula Gomera commoranti salutem." Por estas fechas, la Gomera no había sido conquista ni nunca lo fué propiamente, pero ni sujeta a Lanza-

rote. Poco a poco fué cristianizándose y en esa misma medida, civilizándose e hispanizándose. Durante este siglo XV tan sólo la Iglesia la defendía. A este "noble hijo" Pedro Chimboyo, el Papa lo toma bajo su protección como a hijo carísimo, facilitándole un salvaconducto para viajar por todas partes, sin que nadie pueda estorbaselo ni hacerle ningún daño bajo las gravísimas penas de excomunión y otros anatemas. El caso de Pedro Chimboyo no era único, sino también un caso típico de lo que ocurría en casi todas las islas. Y así el rey Guadarfía, de Lanzarote, Luis Ayotza y Alfonso Guitza. . . . fueron otros tantos apóstoles de sus propios paisanos y apóstoles seculares, movidos únicamente del noble deseo de hacerles partícipes del don y gracia del cristianismo, cuyo saludables efectos ellos experimentaban.

CAPITULO VII

Y al lado de Castilla, Canarias.-

Al lado de Castilla se puso Canarias para ayudarla a trazar en su suelo la cruz de la catolicidad; porque efectivamente junta a los misioneros españoles-obispos, sacerdotes, religiosos, conquistadores y pueblo que hay que colocar en la tarea evangelizadora e hispanizante, a numerosos e ilustre canarios: Fray Juan de Baeza, Fray Alfonso de Idubaren, las princesas Tene-saya, María Tazirga y Guayarmina. el príncipe Armide Tacocón, Francisca la Palmera, Antón el Guanche Pedro Chimboyo y sobre todos, Tenesor Semidán, Guanarteme de Gáldar, conocido por su nombre cristiau de Fernando Guanarteme el Bueno,

El núcleo Galdarino.-

Cuando los conquistadores desembarcaron en la bahía de las isletas, existía un grupo procristiano creado en torno a la simpática princesa Tenesoya, hija del

príncipe Yacocón y sobrina del Guanarteme del Telde, Bentagoye que, a su vez, era pariente del de Gáldar. Esta es acaso, la razón por la que es frecuente encontrar unos mismos personajes en ambas cortes.

La Princesa Tenesoya.

Aconteció que estando la princesa Tenesoya bañándose en el lugar que hoy llamamos Los Bañaderos, en compañía de dos jóvenes de la corte, subió de pronto por aquellas costas una nave de los cristianos de Lanzarote, cuyos tripulantes las capturaron y las llevaron a Lanzarote, en donde fueron confiadas a Juan Mayor y a Guillén Castellanos, para que fueran catequizadas e instruídas en la fé católica, recibiendo algo más tarde las tres, las aguas del bautismo. De dos de ellas conocemos los nombres de pila: A Tenesoya se la llamó Luisa y a Tazirga, María

Al parecer, las prendas de la princesa Tenesoya cautivaron el corazón de Maciot II de Bethencourt; mas el matrimonio no llegó a efectuarse, a causa de que las tres jóvenes fueron devueltas a la corte de Gáldar, a cambio de otros prisioneros. Pero el cristianismo venía con ellas y lo aprendieron casi en secreto los miembros de la corte, principalmente Tenedor Semidán, Armide Yacocón y su madre la archimariguada del Cenobio de Valerón. Sin embargo, el amor a Maciot también había prendido en la princesa, que se fugó a Lanzarote,

valiéndose acaso de algunos de los barcos, que merodeaban las costas, se casó con él y, terminada la conquista, se instaló de nuevo en Gáldar, donde tuvo primero, heredamiento y después sepultura, al fallecer en 1.531. El hecho de que fuera M.^a Tazirga y no Tene-soya, la que mediara ante el Guanarteme para que perdonara y diera libertad a Silva y a sus soldados, nos lleva a sospechar que para ésta fecha la princesa se había vuelto a Lanzarote; pero ni la misericordia del Guanarteme ni el empeño de Yacocón y su madre en libertar a los ochenta españoles prisioneros, condenados a la hoguera, se explican sin la semilla del cristianismo, sembrado en ellos por la gentil y noble princesa.

Las dos Tendencias.-

Pronto se notaron en Gáldar dos tendencias, una capitaneada por Tenesor Semidán y la otra por Doramas, "El de las auchas Narices"; la primera pro-hispánica, abierta a la civilización cristiana y a una alianza con los reyes de Castilla, y la otra, totalmente cerrada e independentista. Ello explica, a un tiempo, la rebelión de Doramas, su corrimiento hacia Telde, la usurpación del guanartemazgo, sustrayéndolo a la influencia del de Gáldar, tío del príncipe heredero, Bentejuí, la formación antihispánica de éste y el consiguiente endurecimiento de la facción teldense.

Tenesor Semidán en cambio, dentro de su culto a la independencia, por su ánimo abierto, más generoso y más inteligente, era más capaz de abrirse a la catolicidad y a un entendimiento con los españoles para, como hoy se diría, *promocionar a su pueblo* con las ventajas de una civilización superior.

Cierto que ante la invasión de Juan Rejón afloró rápido el instinto de independencia, que emancomunó a Teldense y Galdarianos, formando con ellos un frente común bajo la capitania de Doramas, sancionado en el Sabor General celebrado acaso en Tara de Telde, donde se reunieron los dos Guanartemes, los dos Faicanes y los Guaires, consejeros y capitanes naturales de las mesnadas canarias; mas ante las sucesivas y reiteradas derrotas de los más famoso y valientes capitanes, y sobre todo ante la acometida combinada de Pedro de Vera, por la parte de Arucas, y la de Fernández de Lugo y los gomeros de Hernán Peraza, por la parte de Artenara y Agaete, el avisgado Guanarteme de Gáldar comprendió que la suerte estaba echada y decidió descender de los altos y esperar en su cueva-palacio la llegada de los españoles, para entregarse a su generosidad y colaborar luego con ellos en la sumisión pacífica de sus súbditos, con el fin de ahorrarles los trabajos de la guerra y la humillación de la derrota que, según cos-

tumbre de la época, los hacía sujetos de esclavitud. “Con el Guanarreme habían bajado quince canarios y algunas mujeres y niños que estaban en su compañía que, como estaban atemorizados, estaban repartidos en cuadrillas por las cumbres y lugares ásperos. (A. y G. p. 223).

Los cristianos llegaron al amanecer y, sin que mediara resistencia, se hicieron cargo de los que allí se habían reunido así como de no poco ganado y otras numerosas presas que encontraron por aquellos parajes, con lo que se fueron gozosos al encuentro de Pedro de Vera, que ya venía por Los Bañaderos a la altura de Airaga o Lairaga. Hubo alegría por ambas partes, y hecho el reparte del botín y la entrega de los canarios amigos, tornóse cada cual a su punto de partida, trayéndose el capitán de la conquista al Guanarreme y a los Guaires “*con todo buen trato y regalo posible*”. Alegróse todo el Real de Las Palmas y se convino en enviar a Castilla a aquellos representantes de la isla, dándoseles por guía a Miguel de Mujica y por intérprete a Juan Mayor, conocedor de la lengua de los nativos que, además había sido uno de los generosamente libertados por el Guanarreme en el episodio de Silva.

Ante los Reyes Católicos

Tenesor Semidán y sus cuatro guaires con sus conductores atravesaron de sur a norte la Península, con grande alegría de los que los veían pasar, hasta que llegaron a Catalayud, donde a la sazón paraban D. Fernando y Doña Isabel, siendo recibidos por ellos con gracia y gentileza. Sus ojos estaban muy abiertos y todos lo observaban y, *“considerando el modo de vivir y conversación que tenían los españoles y la grandeza y majestad en las personas reales”*, se confirmó el guañar-teme en lo que ya tenía entrevisto sobre las ventajas que a él y a su pueblo las vendrían de incorporarse al cristianismo y a la corona de Castilla.

“Púsose pues de rodillas delante de Sus Altezas y les besó las manos y les pidió de merced fuesen sus padrinos, pues querían ser cristianos“. Era lo que más querían los católicos monarcas y se lo otorgaron gozosos, disponiendo que los vistieran espléndidamente y le dieran a él y a sus guaires lo que necesitaban y que se dispusieran para el bautismo que se verificaría en Toledo, donde tenía su sede el gran cardenal de España D. Pedro González de Mendoza. Bien merecía tan alta prosapia la nueva cristiandad canaria que nacía en Toledo, bajo el padrínazgo del más alto y sabio príncipe de la iglesia hispana.

Así fué cómo el ya casi cristiano Tenesor Semidán, “el monarca de la dulce mirada y de barba florida”, recibió del gran Cardenal de España la gracia de ser cristiano y con ella los derechos de la Hispanidad, saliendo de la pila toledana trocado el nombre de barbaras y mitológicas resonancias, por el nombre cristiano de D. Fernando, que le regaló su real padrino, al cual, a causa de su posterior actuación generosa y pacífica, la historia le añadiría el título de “Buëno”, con que le conoce la posteridad. Una de las calles de la Ciudad Imperial rotulada con el nombre de Guanarteme, recuerda esta gesta que fué la “Puerta Grande”, por donde Canarias se incorporó a la civilización cristiana y occidental.

El pacto hispano-guanche.-

Deseosos los Reyes Católicos de apresurar la incorporación de la Isla, dieron a D. Fernando y a los suyos la licencia para regresar a ella, encargándole que *“procurase cómo sus vasallos se tornasen cristianos. que todas las franquicias y libertades, que tenían, se les guardarian”*. Y el Guanarteme se lo prometió, y pidió le hiciesen merced de un valle, que le dicen *Guayedra*, de muchos higuerales y pasto de ganado, que es principal riqueza de Canarias. Los Reyes se lo concedieron, entendiéndo que le hacían mucha merced,

Las capitulaciones de Calatayud.-

Las palabras subrayadas indican las principales líneas del tratado hispano-guanche, verificado de potencia a potencia entre los Reyes Católicos y el Guanarteime Canario; quedó ratificado; registrado en el Consejo de Castilla y hecho público en Calatayud a 30 de Mayo de 1481, del que entregó una copia a los interesados y que es el tenor que sigue;

“Don Fernando y Doña Isabel, por la gracia de Dios, Rey y Reina de Castilla, de León . . . A los prelados, Duques, Marqueses, Maestros de las Ordenes Militares, Priores, Comendadores -(sigue una larga lista de autoridades subalternas, “omes buenos, de todas cibdades, et villas et lugares de nuestros reinos y señorios, pilotos, cómitres, marineros, navegantes et guardas de puertos y mares“, es decir, de toda la nación, pues toda ella se obligaba a guárdar el pacto)-: Sepades que al tiempo que los Guanartemes e Caballeros e otras personas del común e de la Gran Caballería, después de haberse por la Gracia de Dios, reducidos e convertidos a la nuestra Santa Fé Católica, nos enviaron a dar e prestar obediencia e fidelidad, e nos reconocieron por rey e reina e Señores naturales, e al príncipe D. Juan, nuestro amado y caro hijo, después de nuestros días, e a los otros reyes nuestros descendientes;

Fueron por su parte a Nos presentados ciertos capítulos por escrito . . . “.

Estas capitulaciones, de las cuales sólo nos quedan las referentes a las franquicias, que mencionaremos en otro lugar, indican que Tenesor Semidán y sus cuatro Guaires no fueron a Calatayud como prisioneros de guerra, sino como representantes de los otros Jefes y del común del pueblo canario, para tratar de igual a igual las condiciones de su incorporación a Castilla y por ella a España, que entonces empezaba su gran andadura de la “unidad” y que, por lo mismo, como se sospecha el insigne especialista en Estudios Canarios, Director del Museo de Viena, Dr. Don Domingo José Wolfell, la captura de los Guaires y del Guanarteme no fué tal captura ni prisión, sino entrega convenida y pactada de antemano y con ciertas condiciones aceptadas por Fernández de Lugo, haciendo tal vez de intérpretes e intermediarios - es sopecha mia - las princesas cristianas u otras personas amigas de ambos bandos. Lo prueba el hecho de haber descendido de las fortalezas naturales y haberse refugiado en territorio ya casi dominado por los Españoles, como si dijéramos en la “boca del lobo”, cosa incompresible en gente con un sentido estratégico tan desarrollado como los tenían los canarios, y además, la rapidez y seguridad, como a tiro hecho, con que el capitán español se dirige

al lugar y realiza el hecho, sin que antes ni durante ni después se registrara el menor conato de resistencia, defensa ni ataque ni de los supuestos capturados ni de los suyos. Desde Gáldar hasta Airaga Dn. Alonso no lleva, sino acompaña al Guanarteme y a los suyos, guardándoles todas consideraciones; y, cuando pasan a poder de Vera, éste les sigue honrado y agasajando, no como a quien ha rendido a unos enemigos, sino como a representantes de un pueblo, que dá esperanzas de poder ser incorporado, siguiendo el ejemplo de sus Jefes, a una civilización de la que él es portador, si bien no siempre digno representante. Al llegar al Real de Las Palmas, el Guanarteme es acogido con alegría por los españoles y los canarios, hechos ya cristianos, y acaso se tomó contacto con algunos Jefes, con Maninidra, Armide. Yacocón y otros príncipes y caballeros, los cuales redactaron en forma, valiéndose de algún escribano, las capitulaciones, que juzgaron oportunas someter a los Católicos Monarcas para estipular su incorporación a la Cristiandad y a España. Y estas fueron, a buen seguro, las que Tenesor Semidán y sus Guaires presentaron a los Reyes Católicos y ellos otorgaron en Calatayud el famoso día 30 de Mayo de 1481, que debe figurar con piedra blanca en la historia de Canarias.

De estas capitulaciones, la única que conocemos es lo que podríamos llamar "ESTATUTO de la LIBERTAD CRISTIANA", que salvó al pueblo canario

de la esclavitud, que el propio Guanarteme y los Prelados pudieron esgrimir contra los que a veces intentaron abusar de su poder. Los otros capítulos deben referirse a la incorporación de los Canarios a Castilla y de su colaboración en la pacificación de las islas, a cambio de las libertades y franquicias otorgadas.

Pacificador y Apóstol de su Pueblo

Quiso Don Fernando el "Bueno" regresar a su tierra para empezar y apresurar su generosa tarea. Consgo se trajo una copia del Pacto, ratificado y archivado en el Consejo Real de Castilla, y con él, por orden de sus Altezas, se vinieron Juan Mayor, con vara de Alguacil Mayor de la isla, y Miguel de Mujica con doscientos vizcaínos, reclutados en las montañas vascas, . . . para reforzar las armas de Pedro de Vera, y crear así una fuerza de doble vertiente, compuesta de la acción persuasoria y sentimental del Guanarteme sobre sus vasallos, y la supletoria de las armas en el posible caso de que sus súbditos se le declararan en rebeldía, como efectivamente ocurrió, ya porque los de Telde no eran súbditos suyos, ya también, porque aún no pocos de éstos, empujados, parte por el ejemplo de los teldenses y parte por las incompresiones y arbitrariedades de Pedro de Vera, se resistieron a seguirle.

De cómo ambas partes cumplieron el Pacto

Así podría titularse un bello capítulo de la historia de Canarias. Algo diremos en otra parte de cómo lo cumplió la Reina Católica; aquí nos limitaremos a apuntar la parte que cupo al Guanarteme en este torneo de caballeridad, porque, si antes en él había habido un *"caballero canario"*, ahora se había igertado y estaba allí, para trascenderlo y sublimarlo, *"un cristiano"* originándose el producto, no híbrido, sin completo y perfectivo, del Caballero Cristiano, con un cometido de doble título y partida, de canario, que *cumpla su palabra por encima de todo*, y por cristiano, que *impulsa a convertirse en Apóstol y salvador del Pueblo*, incorporándole a la Cristiandad.

La primera batalla pacífica del Guanarteme.-

Sin embargo, su acción pacificadora evitó no poco derramamiento de sangre en una partida que ya estaba perdida para los canarios. Cuando regresó de la Península, se encontró con que la mayoría habían huído de las costas y se habían refugiado en las sierras del interior, más fáciles a la defensa, y habían elegido por caudillo, a Tasarte, heredero del espíritu de Doramas, el cual se llevó consigo al heredero de Telde, príncipe Bentejuí, y a la princesa Guayarmina, heredera de Gáldar, con propósito de casarlos y unir las fuerzas de las dos pequeñas monarquías.

Pedro de Vera comprendió lo difícil de la situación y con los refuerzos llegados de la Península con Miguel de Mújica y sus doscientos viscaínos primero, y después con la compañía de ciento cincuenta balles-teros del valiente hidalgo Esteban de Junquera y de las de los jinetes, en dos grupos de treinta, mandados respectivamente por los capitanes Pedro Santistéban y Cristóbal de Mena, sacadas ambas de la Santa Hermandad de Andalucía al mando del mariscal Hernán Darías de Saavedra, y con los que él tenía, formó una fuerza respetable para terminar la conquista. Pero antes de usar la fuerza, quiso ensayar la persuasión y el predicamento de Don Fernando con sus antiguos súbditos. No pocos, al saber que este había llegado, descendieron de las sierras y “lo vinieron a ver y visitar, el cual contó grandes cosas de las mercedes que había recibido de Sus Altezas y las que a todos harían si se redujesen. Y para mejor tratarlo y efectuarlos con todos los canarios, se fué a la sierra de Gáldar, acompañado de Juan Mayor, bien quisto de los naturales y conocea de su lengua, donde todos los demás andaban alzados, recogidos y hechos fuertes. Púsoles delante todos los peligros y riesgos que todos corrían, si no quisiesen rendirse y obedecer, a causa del poder que los reyes Católicos tenían. Algunos se movieron con aquestas palabras y se vinieron a él; pero los más no quisieron . . .” y aún “reprendieron al Guanarteme, poniéndole delante el

cruel trato que Pedro de Vera había usado y tenido con los canarios, sus hermanos, que se habían tornados cristianos, que no sabían qué se hubiesen hecho; que lo haría con ellos, pues no le guardaba la palabra. Rogáronle y le persuadían se fuese con ellos, que no tratara de darse, que ellos le harían señor de la isla, que todos morirían en su defensa“ (A. G. Pag. 227).

La situación era dramática en ambos bandos; pero Don Fernando había dado su palabra, *doblemente sagrada por caballero y por cristiano*, y mientras los obstinados se internaban en montes más ásperos y se acogían al sagrado del Bentayga, él regresó con los canarios convencidos al Real de Las Palmas y dió cuenta a Pedro de Vera del resultado de sus gestiones.

Y al Bentayga se encaminó Pedro de Vera.

Es el Bentayga la culminación de la sierra que, arrancando del macizo basáltico que sirve de pedestal al Nublo, divide en dos sectores la inmensa caldera de Tejada; el gigante, todo él cortado a pico e inaccesible, se sienta sobre dos andenes con multitud de cuevas labradas y habitadas, separadas el superior del inferior por un farrallón rocoso de unos cincuenta o sesenta metros de altura, que sólo presenta una estrecha y dificultísima subida, que los canarios hicieron más difícil, por no decir imposible, con la construcción de una muralla de piedras secas, de cerca de dos metros de anchu-

ra, que corría de arriba abajo y casi en diagonal hasta cerrar el portillo. Allí habían acumulado mantenimientos abundantes y pertrechos de todas clases, desde los dardos arrojados hasta los gruesos troncos de árboles y peñascos, para hacerlos rodar y machacar con ellos a los asaltantes, si allí osaban ascender. Los guerreros estaban capitaneados por el valiente y astuto Benitagay, el de Arguineguín, que al parecer, dió su nombre al Roque en donde, además de los guerreros, había muchas mujeres y niños, allí refugiados, tal vez, 1.500 en total.

Por eso, cuando allí llegó Pedro de Vera, creyó que los podría rendir por hambre y así mantuvo el cerco durante quince días; pero los víveres amontonados les daba para varios meses, lo cual entendido por el capitán español, intentó el asalto y tomarlos por fuerza; pero en vano.

Los canarios se defendieron con valor y, por más que hicieron los españoles, no les pudieron ganar el paso, porque arrojaban sobre ellos "grandes galgas y piedras por los riscos y laderas abajo," con que les mataron ocho soldados e hirieron a otros muchos, descalabro que obligó a los asaltantes a desistir del empeño, a levantar el cerco y proseguir hasta Tirajana, dejándolos a retaguardia, hasta que, terminada la conquista, unos se rindieron y se hicieron cristianos, el valiente

te Bentagay entre ellos, el cual puso su brazo al servicio de la nueva causa, colaborando eficazmente en la conquista de La Palma y Tenerife, mientras que otros obstinados se "entaliscaron" en aquellos riscos y allí murieron acaso de hambre y acaso de "magua" o del "vacaré" de los palmeros.

ATISTIRMA

Dejado atrás el Bentaiga, Pedro de Vera se entró por las faldas del Nublo hasta tierras de Tirajana. Llegando hasta Tara, uno de los barrios de lo que hoy llamaríamos "El Gran Telde", derrotando allí a Tasarte y al Faicán Aitemi, de Gáldar, haciéndoles 300 prisioneros y tomándoles unas 1000 cabezas de ganado, además de algunos muertos que resultaron de la refriega. Vera no se detuvo a cantar victoria, los persiguió implacablemente, desalojándolos de las fortalezas naturales, en que pretendían hacerse fuertes, hasta llegar a Fataga, en donde a los guerreros se unieron muchas mujeres y niños. Ya el capitán español se disponía al asalto, cuando la oportuna intervención del Guanar-teme movió a los de Tasarte a seguir el consejo que hacía tiempo les venía predicando el Faicán, a saber, que se entregaran a la benevolencia de los cristianos, como así lo hicieron, tras las emocionadas palabras de Don Fernando, con grande alegría suya, la de sus canarios y

la de sus españoles, y gran pesar de Tasarte, que viendo fracasados sus intentos de resistencia y sus exhortaciones a morir peleando, se subió a lo más alto del risco y gritando ¡Atistirma! ¡Atistirma! que era invocar al Dios que tenía su altar en Tirma en presencia de todos, se dejó caer del risco abajo, haciéndose pedazos sin que nadie siguiera tan macabro ejemplo, si es que no fue aquí donde, al decir de Valera, se desriscó una mujer de su propia voluntad, y algunos añaden que fueron dos y que de aquí se llamó "Risco de las mujeres" al que está en frente de Tirma, sobre el barranco del Risco, entre Agaete y S. Nicolás, cosa harto improbable para el que conozca la geografía de la isla. Tales incoherencias nos mueve a tener por más verídica la versión de Abreu y Galindo, mejor informado de la geografía y de la historia de esta isla, el cual asegura que el nombre le viene al risco de que una joven, temerosa de caer en manos de unos soldados, por no ser violada, se tiró del risco, camino que siguió su madre, que había salido a defenderla,

Con el Faicán se entregaron cerca de un millar de hombres de pelea y otro millar de mujeres y niños, que más tarde y, recibida la debida instrucción catequística, recibieron las aguas bautismales, y al frente de ellos su antiguo Jefe religioso, el Faicán, que de su padrino -Agustín Delgado- recibió el apellido, llamándose Juan Delgado, inscribiéndose en el cuerpo expedi-

cionario de Don Fernando, que tan brillantemente contribuyó a la incorporación de Tenerife y La Palma a la civilización cristiana, muriendo en las costas de Africa por ensanchar las fronteras de la cristiandad, como en otra parte queda dicho.

La Ultima Victoria de Guanarteme.-

Quedaba por reducir la facción de Telde, capitaneada por Bentejuí y por el otro Faicán Gariragua "El Espaldudo", que traían consigo a las princesas Guayarmina y Masaquera. Se habían hecho fuertes en la roca de Ansite, que se alzaba en la Caldera de Tirajana, "con unos 600 hombres de pelea" y 1.500 mujeres y niños, con bastante víveres y ganados. Para acabar de una vez con ellos, reorganizó el Capitán español su gente, una vez curados los heridos de las acciones del Bentaiga, Aitona, Ajodar, Fataga y otros lugares, reforzándola con Compañías de lanzaroteños, gomeros y canarios, acaudillados estos por Don Fernando Guanarteme, el cual, antes de que se trabara el combate, deseoso de evitar a sus vasallos todo inútil derramamiento de sangre, pidió a Vera permiso para reducirlos de palabra. Y hasta ser visto y oído de ellos se acercó desarmado "El rey Bueno". Luego que le vieron venir, los canarios se volvieron hacia él, y, hecho el sosiego y silencio, Don Fernando, les habló con blandas y amoro-

sas palabras, rogándoles que mirasen por sí y tuviesen piedad de sí y de sus mujeres e hijos; que todos morirían, si no se daban y entregaban; que él les prometía serían bien tratados de los cristianos y honrados, guardándoles sus preeminencias y sustentándoles en sus haciendas, y que de ello les daba palabra, que sería mejor de lo que él prometía.

Tanto supo decirles y con lágrimas prometerles que acordaron rendirse y darse; y alzando grandes gritos y llanto y lanzando al suelo sus magazos, se pusieron en manos de Doñ Fernando de Guanarteme.‘ (A. y G. p. 233 - 234).

Otra vez el Atistirma.-

Visto lo cual y sin que sus esfuerzos pudieran impedirlo, el joven príncipe Bentejuí, que pretendía la mano de la princesa Guayarmína, heredera de Gáldar, y por medio de ella el señorío de toda la isla, empujado por el mismo viento de independéncia que Tasarte, se subió a lo más alto del risco, del brazo con el Faicán, y abrazándose fuertemente, se lanzaron al abismo gritando el Atistirma de rigor, cuyo sentido parece ser; “Por el altar de Tirma“.

Los únicos no bautizados

Entre los jefes canarios los únicos que no llegaron al bautismo fueron los tres desriscados, que en gesto de inútil suicidio, dejaron a la posteridad un acre

y doloroso regusto y un ejemplo negativo, muy distinto del que dió el gran Doramas, más valeroso, pues murió peleando, y más sabio, pues defendiendo a la patria de aquí abajo, supo ganar la que es de todos, por medio del bautismo, que hace hermanos a todos los pueblos.

El Tedeum de Ansiste

Al eco trágico y desgarrador del Atistirma-símbolo de la Religión imperfecta, que se retiraba, incapaz de salvar, sucedieron los ecos jubilosos del Tedeum de Acción de Gracias-símbolo de la Religión libertadora, fundidora de razas y engendradora de hermanos. El obispo, Don Juan de Frías, que allí había venido para humanizar la guerra, el capitán de la conquista, sus capitanes y soldados salieron cantando el Tedeum, entonado por el Obispo, al encuentro de Don Fernando el "vencedor sin sangre" y del pueblo que lo seguía, abrazándose unos y otros entre voces de júbilo y algazara, el jueves, 29 de Abril de 1.483, tercer aniversario de la entrega en Gáldar de Tenesor Semidán y sus Guaires.

En el Real de Las Palmas.-

Desde Ansiste todos: Jefes soldados y pueblo, se dirigieron al Real y se renovó el Tedeum de Ansiste en la Catedral de Santa Ana, y el Alférez Mayor, Alonso Jaimez Sotomayor, se subió a la torre "con el pendón

de tafetán blanco de rabo gallo, que traían los de a caballo, y lo tremoló tres veces gritando:

¡“*Canaria, Canaria, la Gran Canaria por los muy altos v poderos Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, Nuestros Senores, Rey y Reina de Castilla y de Leòn*“!

El “29 de Abril”

Desde entonces se acordò que “*en memoria de la gran merced que hizo Dios a los cristianos en darles victoria y descanso y a los infieles canarios haberlos traído al verdadero conocimiento de la fé católica*“, “se solemnizase este día-29 de Abril- perpetuamente con todo regocijo, haciendo procesión con el pendòn, con que se ganó, y que está depositado en la iglesia mayor de la Señora Santa Ana, Madre de Ntra. Sra. la Virgen M.^a Madre de Dios, patrona de esta isla de Gran Canaria”.

Desde esta fecha, todos los años, Autoridades eclesiásticas, civiles y militares- y pueblo se reúnen para recordar con acciones de gracias tan fausto acontecimiento en este mismo día, 29 de Abril, en que la Iglesia celebra la fiesta de este héroe de la fé católica, que fué San Pedro de Verona, que murió a manos de los herejes, recitando el *Credo por cuya fé le mataban*, dia muy a propósito para que el pueblo canario haga pública profesión de su fé y renueve las promesas de su catolicidad y de conservar íntegramente el tesoro, que a sus mayores tanto costó conquistar, defender y transmitir a través de más de cuatro siglos.

CAPITULO VIII

Bautismo y Arraigo

La firma de la sangre.-

Todos los pueblos cristianizados han tenido sobre su fé la rúbrica o la firma de la sangre; la fé canaria tuvo también su "Auténtica". El periodo de su evangelización se desarrolló entre un paréntesis de sangre apostólica. El paréntesis lo abrió la sangre de los cinco franciscanos despeñados en Jinámar y lo cierra la de los dos dominicos martirizados en el Lentiscal.

La rúbrica del Lentiscal.-

Ocurrió que, aún después de entonado el Tedeum en la catedral de Las Palmas por la rendición de los núcleos principales de la resistencia acaudillados por Tasarte y Bentejuí, quedaron por los altos algunas partidas sueltas que de vez en cuando hacían irrupción por tierra de cristianos, no sin grave daño de la cosa pública. "En estas circunstancias, -escribe Viera-, se determi-

naron dos religiosos de la Orden de Predicadores, Fray Diego de las Cañas y Fray Juan de Lebrija, a emprender la hazaña de reducirlos a la obediencia y a la fé sin más armas que su rosario, internándose en el Monte Lentiscal; pero los bárbaros, que no agradecieron aquella voluntad, los maniataron y los despeñaron de un risco. El sitio donde cayeron muertos se llama "La cueva de los Frailes (Viera y Clavijo p. 544).

Sin embargo, su sacrificio no resultó estéril; porque noticioso de ello el Guanarteme salió hacia ellos al frente de un pequeño cuerpo expedicionario de canarios y algunos castellanos y "consiguió reducirlos a razón y traerlos a vivir en sociedad.

De esta suerte al cabo de un año, quedó toda la isla pacificada y preparado su ingreso en la Iglesia Católica.

Un año de Catequesis Intensiva.

Efectivamente, terminada la acción de gracias en la iglesia de Santa Ana, que es hoy la de San Antón, los conquistadores se convirtieron en misioneros, repartiéndose todo el pueblo conquistado entre los conquistadores para su instrucción catequística y preparación al bautismo. Las princesas Guayarmina y Masequera fueron entregadas por Pedro de Vera y el obispo Juan de Frías al conquistador Juan de Mayorga y a su mujer Francisca de Bolaños.

Las dos autoridades, militar y eclesiásticas, pro-
siguieron el reparto: los matrimonios y las jóvenes, ni-
ños y niñas, a los conquistadores casados, y los jóvenes
a los conquistadores solteros, para que los tuviesen en
sus casas y los adoctrinasen en la fé católica. Era todo
un pueblo, desde su más altas autoridades hasta el últi-
mo de los ciudadanos transmitiendo el mensaje evan-
gélico a otro pueblo, que se entregó a la nueva doctri-
na con fervor y sencillez de corazón.

Las princesas se bautizan.-

Las dos princesas fueron las primeras en bauti-
zarse en solemne ceremonia, en que ofició el obispo e
hicieron de padrinos Pedro de Vera, Juan de Mayorga
y su esposa, Francisco Bolaños, posiblemente, estos, pa-
drinos de Catecismo, costumbre, que luego se genera-
lizó en los que procedían de la gentilidad. La princesa
Guayarmina, hija del anterior Guanarteme, recibió en
el bautismo el nombre de Margarita. "Era muy blanca
y rubia" y tenía a la sazón doce años. Más tarde se casó
con Miguel Trejo Carvajal, dándola en dote su padre
Don Fernando el valle de Guayedra que le habían dado
a él los Reyes Católicos. Su prima Masequera, hija de
un príncipe de Telde, recibió el nombre de Catalina, y
se casó con el noble Fernando de Guzmán, de donde
vienen en los Carvajales y Guzmanes de Gáldar, donde
vivieron las dos princesas, y su otra prima, la simpá-

tica Tenesoya, Luisa de Betancor, hasta el primer tercio del siglo XVI. De esta suerte, la nobleza canaria entroncaba en la Vida Divina de la Iglesia por el bautismo y con la nobleza española a través de los enlaces matrimoniales.

Siguieron los príncipes y Guayres Maninídra, Bentagay, Armide Yococón y colaboraron con los conquistadores y juntaron sus armas con las suyas y colaboraron en sus empresas en La Palma, Tenerife, Costa africana y América.

Y después todo el Pueblo

Todo el pueblo quedó instruído y bautizado en poco tiempo, aún los mismos del Lentiscal, que eran los únicos que quedaban al cabo de un año, después de la iniciación catequística, a partir del fin de la conquista. Una parte notable lo había sido con anterioridad, pues fueron no pocos los que se pasaron diciendo que querían ser cristianos y los mismos prisioneros no tardaban en pedir ser instruídos y bautizados, como Adargoma, que lo fué muy antes de acabada la guerra.

A punto del fracaso.-

En los primeros meses de la conquista fueron muchos los canarios que se llegaron al campamento y se incorporaron a los españoles para hacerse cristianos, cuyo contingente quedó notablemente aumentado con

los prisioneros que se hacían en las refriegas con los nativos, los cuales, al conocer la Religión Católica, la abrazaban gozosos. La cosa varió con la llegada de Pedro de Vera por Capitán de la conquista. Si este hubiera conocido a los canarios, esta se hubiera convertido en un poco más que un paseo militar. A Vera le sabía mal que esta gente le estuviera gastando las vituallas, lo que junto a la sospecha de que entra ella hubiera espías, que llevaran el soplo de los ardidés y planes que en el Real se urdían para someter a los alzados en armas, lo llevó a tomar una medida, que ha tizado su nombre de infamia, la deportación de los más animosos, valiéndose de una estratagema innoble.

Tenerife a la vista

Los canarios tenían Tenerife muy a la vista para que no cayeran en la tentación de meterse a conquistadores, a poco se les empujara a colaborar en la empresa, Y este fué el cebo que Vera les puso para poder embarcarlos a la península sin mayores complicaciones ni resistencias. Echó un pregón y se alistaron unos 200, los más belicosos, que eran precisamente los de que menos se fiaba y que quería ver más lejos. Les dió por jefe a Guillén Castellanos, dándole órdenes secretas, lo mismo que a los maestros del navío para que los llevaran a Andalucía. El jefe de los canarios era el esforzado y forzado Adargoma.

La leyenda de la hostia sin consagrar.

Y aquí es donde se ha metido la leyenda, que viene a recargar y ensombrecer más todavía la figura de Pedro de Vera. Por leyenda la tiene Viera y la moderna crítica. Abreu y Galindo, que es tal vez uno de los mejor informados de nuestros cronistas y de los más antiguos, la ignora en absoluto. Según los antiveristas, desconfiando los canarios de las intenciones del capitán español, le exigieron juramento de que no les tenía una celada, y él se convino con su capellán, para que le pusiera sobre el altar una hostia no consagrada, y sobre ella hizo el juramento de que el objeto de la expedición era Tenerife. La realidad es que tal objetivo no era más que aparente y bajo esa consigna se realizó el embarque; pero el perjurio, tal como se le describe, resulta inverosímil e inaceptable.

En Lanzarote.

Cuando ya muy metidos en el mar, empezaron a ver que, en vez de acercarse a Tenerife, se alejaban de ella, se dieron cuenta de la treta y juego, que con ellos se hacía, y se alzaron contra ellos (Castellanos y los maestros de los navío) con intención de matar a Guillén y desfondar las naves para que todos allí perecieran. Y como los vieran "rabiosamente determinados, los echaron en Lanzarote, donde fueron recibidos apaciblemente por Diego de Herrera; los naturales los aposentaron

allí y quedaron por vecinos, hasta que después pasaron en socorro del Cabo de Aguer, donde casi todos perecieron. Súpose este suceso en el Real de Las Palmas, y los canarios, que allí había, escandalizados del caso, se alzaron y metieron tierra a dentro, y juntos con los demás, comenzaron a hacer nueva guerra con mayor coraje y fervor“; (A. y G. Pag. 212)

Sin embargo no todos debieron morir en la acción de Aguer, en las costas africanas guerreando con los moros, porque vemos más tarde a Adargoma en Sevilla y otros en Portugal, donde al parecer, se fueron con Diego de Silva, que les dió tierras en la sierra Sagra, cerca del cabo de San Vicente.

Todavía después de la conquista.

Terminada la conquista, insistió Pedro de Vera en tal política, contraria a los pactos, deportando como esclavos a no pocos hombres de guerra y mujeres en calidad de prisioneros, a pesar de las reclamaciones de los obispos y del propio Guanarteme, cuyos trabajos por el rescate de estos infelices serán objetos de estudio en el libro que llevara por título: *“La Iglesia Madre, maestra y Libertadora del Pueblo Canario”*.

Dimes y diretes.

Todos estos incidentes, que terminaron con la residencia y deposición del Capitán Gobernador, dieron lugar a no pocos dimes y diretes entre Canarios

y Castellanos, que retardó, si bién por poco tiempo, el que fraguara la fusión de ambos pueblos. Como unos y otros tenían defectos, en sus refriegas verbales se los echaban mutuamente en cara, abultándolos y aún, a veces, inventándolos. Y así los Canarios decían a los españoles:

“Gente sin verda d, falsos, traidores, putos, quemados, que habeis muerto a Dios“ y otras afrentas. Los españoles, por su parte, no se mordían la lengua.

La extensión de la Evangelización.

Al terminar la conquista había en Gran Canaria las siguientes poblaciones, que nos trae en su crónica coetánea el famoso Cura de los Palacios: Telde, Gáldar, Araguacata (Ayacata?), Araguimey-Águimes-, Arecacasamuga-?- Temesay (Temisa?), Arahamca (¿), Atairia (Tara), Atagad (?), Adfatagad (Fataga), Arif (?), Arténaran (Artenara), Afaonigue (?), Atarsati (Tasarte), Areaganigue (Arguineguín), Areagraca (?), Arbganias (?), Arerevi (?), Ñatuna (?), Arauquense (Acusa), Atamaraseid (Tamaraceite), Arteguède (Tejeda), Artubuguais (?), Aregayeda (?), Aregaldan, Areagraxa, Areagramastén, Areauchu, Afurgad, (en Tenerife hay un Afur), Areucas (Arucas, Aterura (Terore, Terori, Teror), que significa “tierra amarilla“, Atenoya (Tenoya), Aterimagada (Timagada), Aterociti, y Auttiagaca (Utiaca.)

Por todos éstos pueblos se desparramaron los conquistadores y otros muchos pobladores, que fueron llegando a la Península especialmente del condado de Niebla, Jerez de la Frontera y Sevilla, con quienes fueron intercambiados no pocos canarios-varios centenares cogidos unos con las armas en la mano y otros sospechosos, para Pedro de Vera, de nuevas rebeldías. Entre estos, le tocó la suerte a Adargoma. Tanto estos como los que se quedaron en la isla fueron repartidos en familias cristianas para su catequización y formación en las costumbres del nuevo pueblo que pretendían crear, lo que no les fué muy costoso, por no ser muy opuestas, antes muy parecidas a las que ellos habían tenido.

Profundización.

Así es como a los pocos años, los dos pueblos quedaron fundidos en la misma Religión, en la misma sangre, hasta quedar integrados en la misma empresa civilizadora de la Cristiandad hispánica.

La Iglesia fué jalonando toda la geografía isleña de ermitas, parroquias y conventos, que fueron focos de profundización evangélica y de arraigo de la Religión en el pueblo canario, hasta sentirse orgullosos en ser contados entre los "cristianos viejos", de los que no cabía sospecha en la pureza de la fé.

Dos años mas tarde.

Sólo habian pasado dos años del Tedeum y del

acto triunfal de tremolar el estandarte de la conquista, cuando ya la Iglesia pudo implantarse de lleno en la isla. El obispo, Juan de Frias, provistó de una Bula de Inocencio VIII y previa la organización del Cabildo, hecha en Sevilla por una Comisión de aquel Cabildo Metropolitano y del de San Marcial del Rubicón, a base de 18 canónigos, 12 racioneros y 8 dignidades, trasladó la Sede episcopal y el Cabildo desde la catedral rubicense a la de Santa Ana en el Real de Las Palmas.

El conde de Tendilla, embajador de los Reyes Católicos ante el Papa, manifestó a S. S. "cuánto con- vendría que las iglesias, catedralés, monasterios y conventos, que se fundasen en dichas islas . . . se proveyesen siempre de personas dotadas de diligencia y virtud eclesiásticas, celosas de pureza de la fé, limpieza de sangre y buenas costumbres, prácticas en las cosas espirituales y circunpectas en las temporales . . . para que con su buena vida y loable conducta, devota y continua celebracion de todos los oficios divinos, ejemplos y exhortaciones, se abstuvieran los fieles de los vicios, se aplicasen a las virtudes y evitasen toda especie de rebelion contra su legítimos príncipes". La dedicacion de la nueva catedral se hizo a "10 de Noviembre de 1.485, que 85 años después quedó magníficamente ampliada y engrandecida con sus bellas naves góticas, sostenidas por un bosque de columnas que estallan en elegantes palmeras, que en el siglo XVIII quedan a cubierto de su fachada neoclásica.

CAPITULO IX

Francisca la palmera y los cinco caudillos.

El remoquete le venía de que era natural de la isla de La Palma y estaba de ama de casa de Don Diego Zurita, Regidor de Gran Canaria. Debía ser lista y tener relaciones y aún conocimiento del estado sicológico de sus compatriotas, a los cuales desea sacar del paganismo, y se ofreció a ir allá y hablar con los principales de ellos. Don Pedro Valdés, Prior y canònigo del cabildo catedralicio, se entiende con el gobernador Maldonado y el propio Regidor Zurita y ofrece seis mil maravedíes de la mesa del Cabildo y del Obispado para fletar una carabela, en que la dicha Francisca se pudiera trasladar a su isla para proponer el Evangelio a los Caudillos y pueblos de ella. El resultado fué que cinco de los caudillos se declararon por la fé católica y se vinieron con ella a Las Palmas, donde acabaron su instrucción y se bautizaron, regresando a su isla con el

ánimo de incorporarlas a la Cristiandad. Cuando cinco meses después desembarcó allí Fernandez de Lugo, le fué facil la tarea de someter a toda la isla e incorporarla a la Cristiandad. Desembarcó en Tazacorte el 29 de Septiembre de 1490 en el día de San Miguel, subió al valle de Aridane, donde sometió sin resistencia al manco elegante y valiente Mayantingo, "Pedazo de Cielo", y tras él, a sus amigos: Ahedey, Tamanca, Ehentire y Azuquaje "el moreno", señores de Aridane, Tiulla, Guehebey y Ahenguareme, que comprende todo el territorio, que se extiende desde Tazacorte hasta Mazo, en aquel entonces señorío de Tigalate.

Bastó que Don Alonso les leyera, por medio del adalid y "lengua" Juan de La Palma, su acostumbrado pregón de cristianismo y alianza con los Reyes Católicos, para que ellos y sus súbditos dieran su consentimiento. Estos eran los cinco príncipes convertidos por Francisca La Palmera y bautizados en Las Palmas, quienes, al regresar a sus tierras se apresuraron a hacer paces y alianza con los cristianos del Hierro, sus vecinos. Los jefes Juquiro y Guarehagua, que eran muy guerreros y señores de Tigalate, hoy Mazo, fueron los primeros que ofrecieron resistencia y desoyeron el pregón; pero los españoles y palmeros, amigos los derrotaron con facilidad y los empujaron hacia Tedote y Tinibucar, tierras de Las Breñas y Santa Cruz. Desde

aquí casi fué un paseo la pacificación en torno de la isla hasta mordirse la cola en valle de Aridane. Ayudaron a este pacífico resultado los palmeros cristianizados, que precedían a los españoles, pregonando a sus compatriotas el buen trato que los cristianos les hacían, con lo que sólo quedaron algunos restos que amparados en la aspereza de las cumbres y riscos, trataban, como francotiradores, de hostilizarlos, rodando troncos y piedras desde las alturas. Poco a poco estos mismos restos fueron sumándose al concierto, reduciéndose a la cristiandad, al enterarsr, del buen trato que los españoles seguían dispensando a los naturales. Sólo Tanausú el jefe de Aceró, amparado de su fortaleza casi inexpugnable, que era la caldera de Taburiente, puso terca resistencia. Los españoles hubieron de emplearse a fondo y el Adelantado hubo de ser llevado a hombros por los palmeros amigos, pués no estaba acostumbrado a tales parajes, y, ya cercano a Tanausú, destacó a Juan de Palma, cristianos desde hacía seis meses y pariente del caudillo palmero, para que le leyese en su propia lengua el pregón y tratase de la paz. Avínose el palmero, más a condición de que todos los españoles salieran de sus dominios y que el tratado de paz se hiciera en el lugar que hoy se llama El Pino de la Virgen. Accedió a alló Don Alonso, y a la mañana siguiente se encontraron allí los dos caudillos frente a frente, rodeados de

sendas escoltas, confiado el palmero y más precavido el español, que temeroso de que no llegando a un acuerdo, los nativos se escaparan y se volvieran a internar en la inaccesible madriguera de Aceró, había enviado secretamente un destacamento por la espalda para cortarle la retirada. Ungrafir, su pariente, había advertido a Tanausú que tomara sus precauciones; más él respondía que estaban demás, pues tenía palabra de seguridad del capitán español, el cual lejos de respetársela, viéndole caído en la trampa, no quiso aventurarse, y prefirió tenerle seguro, atrapándole en un golpe de sorpresa, atacándole de frente y por la espalda. Tanausú quedó preso y el Adelantado lo envió con otros palmeros a los Reyes Católicos, como prueba de sumisión a Sus Altezas; pero Sus Altezas no le pudieron ver, porque el palmero, airado y humillado por la traición y prisión subsiguiente, invocó el "Vacaguare", "me quiero morir" de su tierra, se declaró en huelga de hambre, y murió antes de llegar.

CRITICA.

Es menester poner aquí de relieve las virtudes humanas de Tanausú: su valentía, su amor a la independencia, su amor al respeto y dignidad humana, que exigió como condición de paz, su fé en la palabra dada; pero tantas virtudes quedaron empañadas por la desesperación y lento suicidio a que se entregó, que, de

haber sido cristiano, el ejemplo de Cristo le hubiera ayudado a superar.

En Lugo en cambio, hay que censurar el haber faltado a su palabra de caballero, cosa fea y villana, indigna de un hombre y, más todavía de un cristiano. Puede, sin embargo, atenuarse la falta, puesto en circunstancias tan propicias a turbar la serenidad de la razón y a supervalorar la prudencia hasta hacerle caer en el exceso. Tal vez pueda aclarar un tanto su conducta, estas palabras de Abreu y Galindo:

“Aquella noche, la anterior a la entrevista, llamó Don Alonso a Juana de Palma y preguntóle por la condición y calidad de Tanausú y si era hombre que lo que prometía cumplía. Y, *como no le respondiera muy a gusto*, presurrió que en la promesa de Tanansú había alguna falacia o engaño, por ser toda, gente muy suelta. Temiendo no le diesen vista en el llano y se tornasen a retirar . . . mandó con adalides la gente que le pareció, para que se emboscasen junto a Adamascasis, etc, “

El sello de la cristiandad.

El día de la rendición de Tanausú fué el último de la resistencia de la isla, que quedó proclamada por los Reyes Don Fernando y Doña Isabel. Era el tres de Mayo de 1.491, festividad de la Santa Cruz, lo, que

hizo, que el conquistador bautizara con éste nombre la ciudad, que luego fundó junto al mar en los términos de Tinibucar, para que fuera la capital de la nueva conquista, y por haber sido iniciada ésta, siete meses antes con su desembarco en la playa de Tzacorte, el 29 de Septiembre de 1.490, bautizó a la isla con el nombre de *San Miguel de la Palma*. Así eran de cristianos nuestros conquistadores, cuyo nomenclator geográfico era como el sello de cristiandad, que imprimían en los países conquistados, e indicaban el fin y motivo que inspiraba su acción civilizadora.

CAPITULO X

En Tenerife se encendió la luz. Evangelización Prehispánica

Cuando Fernández de Lugo arribó a las playas de Añaza en plan de conquista, se encontró con que gran parte del sur de Tenerife tenían un cierto tinte de cristianismo, cuyo sector aceptó inmediatamente su alianza y le prestó en todo momento su colaboración en la pacificación y cristianización del resto de la isla. Este sector comprendía todo el Menceyato de Güimar. Al parecer los hechos son así:

La Virgen, primera misionera.

Hacia fines del siglo XIV - 1390- según la tradición recogida de los guanches por nuestros primeros cronistas, o algo más de medio siglo más tarde, según los estudios arqueológicos de Bonet, que da como fecha de su talle y factura una muy próxima a 1450, apareció en las playas de Chimisay, jurisdicción de Acaimo,

mencey de Guimar, una imagen de la Virgen María, con los atributos del misterio de la Purificación o Candelaria. Su divino Hijo era el "*Lumen ad revelationem gentium*," Luz para iluminar a los gentiles", y fué Ella misma la que quiso iluminar a estos gentiles, encendiendo entre ellos la de la Fé, que Ella se encargó de fomentar y hacer crecer y mantener encendida con multitud de prodigios y acontecimientos providenciales, cuyo completo desarrollo es mi propósito exponer y comentar en otro libro de esta colección. El Mencey a alojò en su cueva de Chinguaro, y bastantes años más tarde, quedó aposentada en la de Achbinico, que fué el primer santuario dedicado en Canarias a la Madre de Dios; pero ya en esta fecha los guanches estaban más instruídos de quién era aquella celestial Señora y el Hijo que lleva en sus manos.

Antón el guanche.

El instrumento de que se sirvió Dios para esta misión fué un joven güimarés, a quien los españoles de Diego de Herrera, acaudillados por su hijo Sancho, en una entrada que hicieron por el menceyato de Guimar, lo capturaron y llevaron a Lanzarote, donde fué instruído y bautizado y, además, hecho un buen cristiano, por lo que en otra entrada, sea que los españoles le dejaran a propósito, como quieren algunos, o que él se les ocultara y escapara, lo cierto es que se quedó con

sus paisanos y los aleccionó sobre la vida, la doctrina y las costumbres de los cristianos, empezando esta catequesis por el mismo Mencey y sus *Sigoñes* o consejo de nobles, que en Tenerife formaban el Tagaror,

Cuando llegó al misterio de la Encarnación, les mostró a la Virgen y al Hijo, a quienes ellos ya veneraban, y le fué fácil hacerles ver que aquella Señora era la *Achmayex Guayaxera Achoron Achaman*, o lo que es lo mismo, la *Madre del que sostiene el cielo y la tierra*, que era uno de los títulos que daban ellos a Dios, y por tanto, que el Niño que llevaba élla y tenía en sus brazos, era Dios, que había querido hacerse hombre para enseñarnos la Verdad representada en la luz de la antorcha, que Ella traía en su mano, y para redimirnos de nuestros pecados. Desde entonces los guanches la veneraron con más ardor, cada vez mejor instruidos por su compatriota, veneración que todavía creció, cuando la firma del pacto de Herrera con los Menceyes de Tenerife le permitió construir una torre y una iglesia para la pequeña guarnición, y unos frailes para su servicio, varios de los cuales mandados por el P. Macedo, se establecieron, por indicación tal vez de Antón en las inmediaciones de la Cueva de la Virgen, que es la misma que hoy está dedicada a S. Blás, no lejos del actual santuario, a la vera del mar.

Desde que la Virgen fué llevada a S. Blás, los guanches empezaron a celebrar en su honor dos fiestas:

una en Febrero y otra en Agosto, que coincidían respectivamente con la siembra y recogida de las cosechas, que ponían bajo su protección. El P. Macedo las debió de unir a las dos grandes festividades cristianas de la Purificación o Candelaria y la Asunción, según se desprende de la información de Perez de Cabitos (pgs. 175-205), y del testimonio de los hermanos Pedro y Diego Fernandez y Alonso de Morales, de Fuerteventura, Gonzalo Méndez del Castillo, Pedro Maninidra y Juan Mayor, de Gran Canaria, y Pedro de Hervás e Ibone de Armas, vecinos de la misma, conquistadores de Tenerife, los cuales, al año siguiente de terminada la conquista, - 1.497- previo juramento, aseguraron ante el Notario Apostólico Hernán Dálvarez, que desde cuatro años a esta parte ellos habían visto por sus propios ojos lo que desde veinte años habían oído en sus islas, referir a los que costeaban por estas partes, a saber que dos o tres días antes de la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora o Candelaria llegaban a la misma orilla de la cueva, en que se iba a celebrar la fiesta, unos torales de cera, con que se hacía la procesión de las Candelas, lo cual, según los cronistas, siguió ocurriendo hasta que, años después de terminada la conquista, se plantaron las colmenas en las islas. Acaso, por esta fiesta de la luz y de las Candelas, los Guanches la llamaron también "Madre del Sol", si hemos de creer

al P. Juan González de Mendoza, el cual en su Itinerario del Nuevo Mundo añade que estos guanches, cada año y en el día de Candelaria, "la hacen gran fiesta, en la cual cantan y bailan y hacen otras cosas de gran regocijo y fiesta".

Misterios de gozo.

Así fué como en Tenerife se rezó el rosario de la Cristiandad nueva, empezándolo en las playas de Chimisay con los misterios de gozo y de aurora, se prosiguió en sus misterios de dolor y alumbramiento desde las playas de Añaza hasta el Valle de la Arautápala, y se terminó con los de gloria, cantados en los Realejos, donde un pueblo muerto nace y resucita en las fuentes bautismales.

Misterios de dolor y alumbramiento.

Fué el primero, cuando Fernández de Lugo, el primero de Mayo de 1493 *sale del mar con la cruz sobre los hombros*, al frente de su pueblo, la planta sobre el solar de la futura Santa Cruz de Tenerife, y el día 3, fiesta de la Invención del Sagrado Signo, dice ante ella la Santa Misa el canónigo Sanmarinas y todo el ejército recibe el "pan de los Valientes", en cuya gloria y honor pretende realizar la empresa, a fin de que aquellas sus "otras ovejas", que todavía no eran de su "Redil", pudieran venir a su conocimiento y amor, que es lo que les dijo el caudillo español al gran Bencomo y a los

Menceyes confederados, cuando, en donde hoy se alza el santuario de Santa María de Gracia, les leyò, por medio de su heraldo Guillén Castellano y dos intérpretes, el pregón de la conquista, invitàndoles al pacto de amistad y sumisión a los Reyes Católicos y a abrazar el Cristianismo, previa su predicación, prometiéndoles, en cambio, la protección de los poderosos príncipes contra todos sus enemigos. No fué aceptado el pregón y quedaron rotas las hostilidades. En el campo de los cristianos, como un angel confortador durante toda la lucha, sólo quedó el mencey de Güimar, Añaterve, llamado "el Bueno" por los españoles, con sus güimareses, que con su rey fueron en la conquista de Tenerife algo así como D. Fernando Guanarteme "el Bueno" con sus galdarianos en la de Gran Canaria.

Segundo misterio

Ambos ejércitos estuvieron tanteándose las fuerzas casi un año, sin más acciones de guerra que algunas escaramusas, hasta que en la primavera siguiente el Capitán español mandó mover su tropa hacia la Orotava, donde el Queheví tenía su trono. Pero éste, que tenía sus espías, advirtió a tiempo los movimientos del adversario, y había destacado a su hermano, el príncipe Tinguaro, a ocupar los altos del barranco de Acentejo, paraje recubierto de pinos y otros árboles de grande y tupido ramaje, propicios a la emboscada.

Los españoles, al no encontrar oposición ni presencia de tropas enemigas, iban un tanto descuidados y afanados en atrapar las cabezas del ganado, abandonadas por aquellos contornos por los guanches, para que sirviera de cebo e impedimenta a los conquistadores. Cuando así andaban, llegó hasta ellos la infernal algarabía de silbos y gritos, que sobre ellos lanzaban a un tiempo los 300 soldados de Tinguaro, y la aún más infernal y temerosa que formaban al chocar contra los peñascales y acantilados los troncos y piedras enormes que, a manera de preparación artillera, empezaron a lanzar sobre ellos los de Tinguaro, que prevalecidos de la impunidad que les ofrecían los árboles y las alturas, proseguían con feroces alaridos su obra mortífera y destructora. Los troncos y los peñascos a unos mataban, a otros herían y a los más dispersaban. El ganado, alocado y en desorden, y las desigualdades que el terreno tenía, les impedían la formación del cuadro y metían la confusión y hasta el miedo. Este aumentó, cuando descolgándose los guanches de "su entaliscamiento", amenazaban con un cuerpo a cuerpo a poder de mazas, lanzas, dardos y tabonas. En no pocos apuntaba la idea del "sálvese quién pueda"; incluso al valiente Maninidra le empezaron a temblar las carnes y dar diente con diente.

-¿Qué es eso Maninidra?, le gritó Don Alonso; tiemblos de miedo?- es ahora tiempo de acobardarse?

Este, Señor, no es miedo; jamás le he dado entrada en mi pecho; tiemblan las carnes, atendiendo el peligro en que el corazón las vá a poner.

Y Maninidra y los suyos siguieron peleando como buenos, sobre todo, cuando oyeron gritar al Adelantado:

Ea, amigos, aquí del valor castellano. Ninguno desfallezca ni tema hecer cara a ese corto número de infieles desarmados. Defendámonos con el fervor de Dios y adquiriremos una victoria digna de nuestro nombre.

Pero al capitán Nuez se le subió a mayores “la mucha cuenta que, por su raro valor, tenía en el ejército”, y, fuera de sí gritó esta locura:

-Voto a Dios, que sin necesitar de su auxilio, pienso salir vencedor de tan vil canalla.

No bien hubo pronunciado tan “loca marcialidad”, como la llama el P. Espinosa- (c. V del L. III, pag. 75)-, el jefe de la “vil canalla” le atravesó el cuerpo con un dardo de tea, le derribó del caballo y, hundiéndole la cabeza con la maza, le partió la lengua entre los dientes. La lucha quedó generalizada y la muerte con ella. Las laderas y escarpes se teñían de sangre y se cubrían de miembros esparcidos o de cuerpos que se desangraban. El objeto preferido, a donde apuntaban los dardos de tea y las pedradas, era el propio Adelantado, que, por ir vestido de rojo, era un blanco bien

visible. Advirtiólo el canario Pedro Mayor, que le propuso hacer un cambio, convirtiéndose desde entonces en blanco principal, cayendo mortalmente herido en manos de diez guanches, de los que se llevó por delante a cuatro; y aunque le dieron por muerto, quiso Dios que soldado tan generoso escapara, pues le vemos recompensado por el mismo Lugo en Julio de 1.500 con unas tierras en Icod el Alto y con otras datas en Abona en 1.501, 1.508 y 1.513. A las tres horas de empeñada la batalla, sobrevino desde La Orotava Bencomó con tropas de refresco, que Viera hace ascender a tres mil hombres. Lugo provoca un cuerpo a cuerpo con el de Taoro, le hiere en el pecho e intenta rematarle, cuando el capitán guanche, Sigoñé, le arrojó una piedra, que le tocó de soslayo, rozándole la mejilla y llevándose por delante algunos dientes. Apenas vuelto en sí, Lugo se vió rodeado de cincuenta guanches, con un caballo muerto debajo de él, sin más defensores que su sobrino Pedro de Lugo, apodado "El Tuerto". Entonces fué cuando invocó a San Miguel e hizo voto al Salvador de edificarle allí una iglesia, si le salvaba la vida. Sobrevino de repente un nublado tempestuoso que sobrecogió de terror a los guanches, mientras que unos treinta güimareses lograban rescatarle de sus manos y sacarle en uno de sus caballos hacia Santa Cruz, como lo hacían otros muchos fugitivos, mientras que otros treinta, refugiados en una cueva, se defendieron hasta

la noche, salvándoles de una muerte segura la generosidad de Bencomo, que compadecido de su suerte, les envió a Sigoñé, prometiéndoles devolverlos a la playa de Añaza, si se rendían, lo que cumplió, escoltándolos el propio Sigoñé con diez taorinos, Allí, en lo que luego fué Santa Cruz, estaba el resto del ejército, triturado y deshecho, Unos noventa canarios y cuatro portugueses se salvaron barranco abajo hasta el mar, que atravesaron a nado hasta un islote vecino, que les sirvió de refugio, hasta que Lugo, sabedor de la peripecia, les envió un navío, que los rescató.

Tercer misterio.

El desastre fué total y, de no haber acudido el de Güimar con trescientos güimareses cargados de víveres para ayudarles, el hambre hubiera acabado con el resto. Lugo, sin embargo, era hombre animoso y, en vez de abandonarse al desaliento, decidió volver a empezar, reembarcando toda su tropa a Las Palmas, para reclutar nueva gente y nuevos pertrechos y víveres de guerra, que logró de unos comerciantes genoveses, que se habían establecido en Gran Canaria, y del tercer duque de Medina Sidonia, Don Juan Pérez de Guzmán, con cuya ayuda logró Gonzalo Suárez de Maqueda, enviado de Lugo, reclutar a 600 infantes y 45 jinetes andaluces, que embarcaron en seis bajeles en el puerto de San Lúcar de Barrameda, arribando al Puerto de La Luz a fines de Octubre. Entre tanto el propio Lugo

se había preocupado de la recuperación de los heridos y de hacer nuevos reclutas entre canarios, gomeros y lanzaroteños, De esta manera entre veteranos y bisoños puso en pié un ejército de mil cien soldados de apié y setenta y cinco de a caballo, surgiendo con ellos en las playas de Añaza el 2 de Noviembre de 1.494. Fueron aquellos cinco meses horas de preocupación, de angustia, de trabajos y zozobras, pero de firme propósito de proseguir la empresa hasta darla fin. Por eso, no bien hubo desembarcado toda la tropa, el primer cuidado del Caudillo fué postrarse con ella ante la cruz, que, plantada el 3 de Mayo del año anterior, se mantenía erguida cerca de la playa, a pesar de que la torre había sido abatida por los anagueses. Después de éste homenaje al signo de la Redención, cuya fé quería implantar entre los naturales, Lugo procedió a reconstruir el campamento y la torre, disponiendo todo para la futura campaña, cuyo principio no se hizo esperar.

Batalla de Aguer

Este es el cuarto misterio. Entendida por encomo la nueva arribada de los cristianos, convocò a los confederados a la gran llanura de Aguer, hoy La Laguna, acudiendo él mismo con 5.000 taorinos, a los que se fueron uniendo los 2.000 de Tacoronte, los 1.200 de Tegueste y los 2.600 anagueses, que por incapacitación accidental de Benhear, capitaneaba Tinguaro, y, por

fin, los 250 de Zebensuí, el Hidalho Pobre. De estas cifras habrá que rebajar varios millares, si hemos de creer a Cadamosto, quien atribuye al Tenerife de aquella época unos 15.000 habitantes. Lugo se enteró por unos espías de Bencomo, que se habían deslizado sigilosamente, barranco abajo de Tahodio, y que descubiertos por sus propios espías, habían caído en su poder, de las intenciones de los confederados. El Consejo de oficiales opinó que se había de "desacampar a media noche y subir sigilosamente la áspera y empinada rampa, que los separa de la Vega de Agüere, a fin de evitar los ataques en los desniveles del terreno, en que los guanches eran temibles, y desplegar la teoría de la batalla en el llano. Hiciéronle así, dejando de reserva en el campamento a Don Fernando Guanarteme con los 40 parientes, que componían su destacamento y que era tropa muy de fiar y escogida. Una hora antes de rayar el alba ya habían rebasado la cuesta de Arguijón y, al despuntar el día, ya estaban desplegando banderas en el sitio que hoy es ermita y barrio de San Cristóbal. Sabedor de lo que ocurría, Bencomo envió a Sigóñe con un destacamento de 400 hombres a ocupar la confluencia de los dos barrancos laguneros en las estribaciones del cerro de San Roque, para cortar la retirada de los cristianos y aplastarlos de una vez para siempre. Estando ya los dos bandos frente frente, Lugo despachó de nuevo al heraldo Guillén Castellanos, a

leer el pregón de alianza y de paz al Qeheví o jefe supremo de los confederados, que como era de esperar, fué rechazado. Descargada así su conciencia, el jefe español invocando a San Miguel y gritando el "Santiago y cierra España", dió orden de ataque, cuya primera descarga de ballestas hizo gran mortandad en las vanguardias guanchinas. Irritados así los guanches, irrumpieron con gran ruido de gritos y silbos estridente y temeroros, "oscureciendo el cielo con piedras, dardos de tea, rajas de pedernal y demás armas arrojadizas, de que usaban con maravillosa dextreza". (Viera y C. p. 642)

Los bandos llegaron a las manos y, durante dos horas, que la batalla permaneció indecisa, el campo fué cubriéndose de cadáveres, hasta que los guanches, moviéndose rápidamente hacia todas partes y formando mil remolinos y avenidas, estuvieron a punto de tener la victoria en sus manos, cosa que hubiera ocurrido, si el Guanárteme, venteando el peligro de los cristianos, no hubiera movido a sus canarios desde el campamento y hubiera acudido con rapidez en su socorro, con sus tropas de fresco, inclinando definitivamente de esta parte la balanza de la batalla. Bencomo con los suyos buscó momentáneo refugio en las espesuras del próximo bosque, que espejeaba su verdes ramás en las aguas de la laguna, que dió su nombre a la ciudad levantada a sus orillas tres años más tarde, y luego. en

la fuga hacia su escondido y lejano valle, mientras que Fernando de Trujillo, lleno de alborozo, ondeaba al viento la bandera española arrebatada al guanche Tiguaiga, traída por éste a la batalla, como trofeo de la de Acentejo, y todo el campo gritaba a todos los vientos la victoria de los cristianos.

Mientras esto ocurría en el llano de Aguere, el Achimencey Tinguaro, que en la jornada había hecho gala y derroche de valor y heroísmo, buscaba su salvación en la huída, ladera arriba del cerro de San Roque, tenazmente perseguido por siete jinetes cristianos, de los que trataba defenderse con una alabarda cogida en la batalla de Acentejo, hasta que fué alcanzado por la pica del canario Pedro Martín Buendía. Derribado en tierra y malherido, el héroe taorino se puso de rodillas y cruzando los brazos, le rogó triste y suplicante:

-Chucar guayoc Achimencey reste Benchom sanec vander relac mazet zahañe, aporía que en castellano quiere decir: No des muerte al Hidalgo, que es hermano del rey Bencomo y se te rinde como esclavo". Pero sea que Buendía en el fragor de la pelea no oyese que sus compañeros le gritaban que le perdonara la vida, sea que, recordara las muchas muertes que Tinguaro y sus soldados habían causado a los cristianos en Acentejo, lo cierto es que, descargándole un segundo golpe, le le atravesó el pecho.

Entre tanto los cristianos, en vez de seguir en

persecución de los derrotados, se replegaron hacia el lugar de Ntra. Sra. de Gracia, donde entonaron un *Te-deum*, oficiado por el canónigo Sanmarinas y demás religiosos y sacerdotes que llevaban la parte espiritual de la conquista, formulando a continuación el voto de edificar allí mismo un santuario en honor de la Virgen con dicho título.

Todavía queda el epílogo emocionante de esta batalla a cargo del capitán Sigoñé. Había éste descendido por el barranco abajo con el propósito de coger de revés y por la espalda a los españoles fugitivos de la batalla, y cuando, ajeno al descalabro de los guanaches, daba la vuelta para iniciar la maniobra envolvente, un poco antes de llegar a Gracia, donde ya se había atrincherado el ejército vencedor, oyeron los pasos y los quejidos de los heridos, que Lugo había enviado con una escolta de seis infantes y seis de a caballo, para que fueran mejor atendidos en el campamento de Añaza, la futura Santa Cruz. Eran veintinueve. Los guanaches los tomaron por los restos del ejército cristiano, que creyeron derrotado y se retiraba a su campo, por lo que decidieron acabar con ellos. Sin embargo, los heridos y la escolta se defendieron bravamente; pero lo áspero del lugar, lo oscuro de la noche, su propia debilidad y la superioridad numérica de los enemigos les obligó a rendirse, siendo internados por Sigoñé, atados de pies y manos, en una cueva del próximo barranco.

Sigoñé, dejando allí una guardia de cien hombres, prosiguió con los restantes hacia la Vega de Aguere, tropezando en Gracia con el ejército vencedor, que él tenía por derrotado; más no bien empezó a darse cuenta de la verdadera situación, ya los suyos estaban dispersos y no pocos en manos de los vencedores, por lo que hubo de batirse en retirada,

Quinto misterio.

La fama de la batalla de Aguere voló por todas las islas y tuvo la virtud de atraer a muchos a incorporarse a las banderas del vencedor; pero ello, más que adelantar, atrasó la empresa; porque los varios miles, que de momento llegaron, dieron pronto cuenta de la mayor parte de los víveres, que si no fuera por las mil cabezas de ganado que les envió Añaterve de Guimar y por las frecuentes correrías de los de Lugo por tierras de Aguere y de Tegueste en busca de presas ganaderas, todos perecieran de hambre, Les valió que a los guanches les sobrevino la "modorra", que acabó con muchos, y a los demás dejó sin ánimos ni alientos para atacar y mover guerra, manteniéndose a la defensiva, casi todos ellos metidos en la lejana Orotava, y algún que otro grupo de teguesteros y anagueeses, que a veces se oponían y hacían frente a sus racias. En esta indecisión se pasó casi un año no sin algunas defecciones del campamento y no poco descontento en la tropa, hasta

que la heróica decisión de Lope Hernández de la Guerra vino a salvar la situación. Lugo había ya gastado todos sus bienes en la empresa y vió los cielos abiertos cuando oyó al valeroso capitán de la guerra que le decía:

-Yo quisiera, señor Don Alonso, ser la persona más poderosa de éste mundo, para tener la dicha de poner todo mi caudal en tan buenas manos. Los dos ingenios de azúcar, que poseo en Gran Canaria, son vuestros, y podéis emplear su producto en proseguir la conquista.

Ante tal generosidad, Lugo no pudo menos de emocionarse, y, arrasados los ojos en lágrimas, le dió un abrazo e hizo voto a la Virgen de levantar allí una iglesia en su honor con el título de la Consolación, por la que él había recibido allí de la generosidad de aquel Hidalgo español.

Terminada la conquista, cumplió su promesa; en 1.506 la trasladó al convento de Dominicos, que se estaba construyendo, para dar lugar a la construcción del castillo de San Cristóbal, por ser éste un sitio muy aparente y estratégico.

Con las *dos mil doblas de oro* que sacó Hernández de la Guerra de la venta de sus dos ingenios, de las casas, que le servían de habitación, de sus esclavos y de sus ganados, compró armas, harina, bizcocho, cebada y otras provisiones de guerra y boca, aportando con una carabela bien cargada a Añaza el 1.º de Diciembre de

1.495, Así pertrechada la tropa, mandó Lugo avanzar con las debidas cautelas hacia el reducto del enemigo.

La Victoria.

El 24 del mismo mes las tropas cristianas habían acampado algo más allá del lugar de la derrota de Acentejo, al otro lado del barranco, mientras que el valeroso Hernández de la Guerra avanzaba en plan de descubierta más allá de Santa Ursula, regresando con la noticia de que el Queheví de la Arautapala se dirigía al encuentro de los españoles. Era la víspera de Noche Buena, y *“por todo el campamento cristiano se derramó tan extraordinaria alegría y confianza en el patrocinio de la Madre de Dios y del arcángel San Miguel, que en honor suyo se encendieron muchas hogueras. A media noche se celebraron las tres misas por uno de los religiosos, que seguían nuestro ejército, en que confesaron y comulgaron la mayor parte de los oficiales y soldados; y, echándole una elocuente plática, los animó a la batalla”*. (Viera y Clavijo, Pag. 657). Todavía existe, dando sombra a la iglesia, el viejo pino, de cuyo ramaje colgaron los españoles la campana, con que tocaron para convocar a misa a toda la tropa, que la oyó, y fué dicha bajo su amplio ramaje, en el mismo sitio en que el mismo Lugo mandó levantar la iglesia, que es la misma que hoy sirve de parroquia al pueblo, que surgió en torno suyo con el título de la Victoria, en recuerdo

de la memorable, que el ejército español consiguió en este día de la Natividad del Señor. De esta suerte, fortificados con "el pan de los valientes", al rayar la aurora, los españoles hubieron de aceptar la batalla, que los guanches les impusieron aquel día de paz. Durante cinco horas se peleó por ambas partes con gran denuedo y heroísmo,, hasta que, heridos Bencomo en un brazo y Acaimo, de Tacoronte, en un muslo y hecha una gran mortandad en las filas de los guanches, estos optaron por recluirse en su hermoso valle, sin que su retaguardia se sintiera molestada por los cristianos, los cuales prefirieron hincarse todos de rodillas en el mismo campo de batalla y entonar allí el Tedeum de Acción de Gracias. Y como en la boca de los cristianos no resonaba otra cosa que *Victoria, Victoria*, ofreció el piadoso Don Alonso de Lugo, erigir en aquel feliz sitio una iglesia, dedicada a Dios, bajo la advocación de la Reina de los Angeles, con el título de *Victoria*", como trofeo de la allí conseguida, como presagio de la Paz, que los ángeles habían pregonado en este misterio de la Virgen Madre.

Y si es verdad que allí murió el pueblo guanche, allí amanecía la aurora de "La Paz Nueva" y la Luz de una Resurrección", en que Cristo les incorporó a la "Vida del Pueblo de Dios".

Los Misterios de Gloria.

Estos misterios empezaron a cantarse siete meses

más tarde cuando, curados los heridos, reparadas las vituallas y reorganizado el ejército, empezó éste a moverse a primeros de Julio hacia el reino de Taoro, faldeando los montes de la Esperanza, sin más tropiezo que los cadáveres de los guanches, que morían a causa de la "modorra", a caso de la "morríña". magua o nostalgia de la perdida independencia, y de las heridas en los diversos combates. En todo el inmenso valle reinaba un silencio sepulcral. Ello era debido a que el Queheví, sus Menceyes y sus mesnadas se habían retirado y pretendían hacerse fuertes en las alturas del farallón de Tigaiga. Hasta muy cerca llegaron los españoles y sentaron sus "Reales" en las "faldas del gran cerro de Taoro".

El primer Misterio.

Así estuvieron observándose mutuamente hasta el 24 de Julio, víspera de Ntro. Señor Santiago, en que los guanches se atrevieron a descender de sus guaridas y fueron a acampar a dos tiros de arcabuz más abajo del Real de los Cristianos, que desde entonces hasta hoy, y el pueblo que allí surgió, se llamó Realejo Alto, o de Arriba, mientras que el que de los guanches se llamó y se llama Realejo Bajo Aquella noche los españoles redoblaron las guardias y rodearon al Real de

de hogueras, costumbre, que se ha perpetuado después, el menos, hasta fines del siglo XVIII.

Al día siguiente, Santiago nos ganó una batalla incruenta, porque inspiró a los Menceyes, reunidos en Tagoror, enviar al campamento cristiano una delegación solicitando la paz, comprometiéndose ellos a cumplir las cláusulas del Pregón de la Alianza con los Reyes católicos. El júbilo de todos no es para descrito, que aumentó cuando vieron llegar a ser recibidos por el general español y todos sus capitanes y caballeros al Queheví Bencomo y a los menceyes confederados que se llamaban Acaimo, de Tacoronte, Tegueste, de Tegueste, Bencharo, de Anaga, y al Achimencey Zebensuí, de la Punta de Hidalgo, junto con todos los Sigofñés y capitanes del ejército guanche. Fueron recibidos con grandes muestras de alegría y cordialidad y con el abrazo, que Lugo dió al jefe guanche, en que ambos pueblos empezaban su reconciliación. Por todos los suyos habló el Queheví:

-“Hombre valeroso, dijo; Pésanos de habernos visto en la necesidad de trataros a vos y a vuestros compañeros como mortales enemigos; pero, dando ya oídos a cuanto nos propusisteis desde el principio de esta guerra, queremos ser vasallos de los señores reyes de España, a quienes desde hoy obedeceremos gustosos; queremos que ellos sucedan al gran Tinerfe, nuestro abuelo, en el imperio de nuestra isla; queremos que nos juréis, por

lo más santo que tengáis, que ni nosotros ni nuestros hijos seremos esclavos ni quedaremos despojados de nuestra libertad. Por fin queremos, ser cristianos y profesar vuestra Religión.

Don Alonso lo abrazó segunda vez, lleno de emoción; y requiriendo que sus capellanes le diesen un misal, puso su derecha sobre el Evangelio y juró cumplirles todas las franquicias que a él y a los isleños se prometía en el pregón. Las fiestas duraron muchos días, durante las cuales los españoles no omitieron nada de lo que a los nativos pudiera agradar, para agasajarlos: convites, regalos, prendas de vestir y toda clase de juegos, en que ambos pueblos eran muy diestros y aficionados. La alegría se aumentó cuando, al cabo de unos días, llegó Añaterve, de Guimar, con una delegación de güimareses, para renovar su sumisión a los católicos monarcas de España.

Segundo misterio.

Sin embargo, todavía el gozo no podía ser completo, pues, además de algunas partidas rebeldes por los montes de Anaga y Achimenceyato de la Punta de Hidalgo, que daban por rendirse los de Icod, Daute, Adeje y Abona, aunque no habían declarado la guerra a los españoles, sometiéndose sin pelear los de Anaga, persuadidos por su antiguo señor. Lugo envió contra unos y otros varios destacamentos mixtos de guanches

y españoles. Los de Zebensui, tras unas escaramuzas quedaron sometidos, y los otros, tras unos cuantos combates, hubieron de reunirse en Tagoror en Icod, de cuya deliberación salió la resolución de pedir la paz, como efectivamente lo hicieron, encaminándose a Realejo, con sus sigonés y capitanes, los menceyes Pelicar, de Icod, Romen, de Daute, Pelinor, de Adeje y Adxoña de Abona. Lugo y los demás españoles los recibieron con iguales demostraciones de júbilo y cordialidad que a los confederados y se les otorgó la paz con las mismas cláusulas y franquicias de pueblo libre, con iguales obligaciones y derechos que los demás españoles, con quienes ya en adelante no formarían más que un sólo y único pueblo.

Tercer misterio.

Quedaba todavía el acontecimiento cumbre de la conquista, que era como un sello y remate: EL BAPTISMO DEL NUEVO PUEBLO y su incorporación a España, y a través de ella, a la Cristiandad.

Después de la conveniente catequización de todo el pueblo, erigida una pila bautismal en la primitiva iglesia, levantada allí mismo en honor de Santiago, fueron todos ellos regenerados en el Espíritu Santo en unión con los sigonés, capitanes de guerra y pueblo, en una función memorable oficiada por el canónigo Sanmarinas, asistido por los sacerdotes y religiosos,

que llevaban la parte espiritual de la conquista, recibiendo el nombre de Cristóbal el de Taoro, de Pedro de los Santos el de Anaga, de Juan de Candelaria el de Guimar, de Fernando el de Tacoronte, de Diego el de Adeje, de Antonio el de Tegueste, de Gonzalo el de Daute, de Gaspar el de Abona, de Blás Martín el de Icod, de Francisco Bueno el príncipe Guetón, de Guimar, que prisionero del de Taoro, había recuperado la libertad, de Ana la princesa Guacimira, prometida de Tinguaro, y de Mencía la princesa Dácil, casada luego con Gonzalo Garcia del Castillo. En éste día descendió el Espíritu Santo, que dió vida nueva a este pueblo ayer pagano, y lo capacitó para ser incorporado a la civilización cristiana.

Cuarto misterio:

Concluida así la conquista de todas las islas, el gozo fué incontenible y la acción de gracias brotó del corazón de todos y subió al cielo por medio de la misa, que celebró el canónigo Sanmarinas y, los sacerdotes Lds. Pedro de París, el primer capellán de Candelaria y Juan Yáñez, con la asistencia del Dr. Francisco Herrera, canónigo de Las Palmas, los religiosos Pedro Gea y Andrés De Goles, agustinos, y Juan Campuzano, Juan de Soria, Francisco Pérez y Juan de Villadiego, franciscanos.

Luego, entonando y cantando el Tedeum, Don

Alonso Fernández de Lugo levantó el estandarte de la conquista y, tremolándolo, gritó las palabras de rigor: “¡TENERIFE, POR LOS REYES DE CASTILLA Y DE LEON!”

Quinto misterio.

Era de justicia que el nuevo pueblo, alumbrado en los dolores de la guerra y renacido en la gloria del bautismo, fuera presentado por su nueva madre, España, a quién de derecho pertenecía, a la Virgen Santa María, ya que ella antes que nadie había tomado posesión de él y le había iniciado en los misterios de gozo, con las luces de la aurora, precursoras del Sol. Subieron, pues, guanches y españoles, unidos en un sólo haz, las cumbres de Taoro y se descolgaron por los riscos y valles de Guimar hasta las palyas de Chimisay, a donde llegaron a últimos de Enero, y presenciaron varios de ellos la llegada maravillosa por el mar de los famosos torales de cera que era menester para celebrar la fiesta de la Candelaria. Cinco de ellos comparecieron como testigos de la información canónica, que se hizo meses después, en Junio de 1.497, ante el tribunal, que se formó bajo la presidencia del Protonotario Apostólico Fernán Dálvarez, estando presente el conquistador Fernández de Lugo, a requerimiento de Antonio de Arévalo, servidor de los Reyes Católicos.

De estos testigos dos aseguran, que saben y han

visto de esta cera desde hace veinte años, y cinco que la han visto estos últimos cuatro años venir unos días antes de la Purificación en cantidad de doce kilos y veinte kilos respectivamente, y que este año ha sido de veinte, con lo que todos pudieron llevar velas encendidas en la procesión de las Candelas. Este milagro se siguió repitiendo hasta que en Tenerife se instalaron las colmenas.

Los españoles cedieron a los reyes guanches el honor de llevar en sus andas la sagrada imagen, cargándola en nombre de los demás, los de Guimar, Taoro, Anaga y Tacoronte.

Las Letanias.

Las letanias de este rosario de la incorporación de Tenerife a Castilla y al Cristianismo han sido las alabanzas a la Madre de Dios de todo el pueblo a lo largo de cinco siglos, cuyo punto de cita anual está en Candelaria en las grandes festividades de la Purificación y Asunción, siguiendo la tradición, ya iniciada por los guanches, de festejar a la Señora en esta dos fechas, para consagrarle la sementera y la cosecha. Desde entonces Ella, desde allí, ha vigilado el crecimiento de su pueblo y *le ha animado a seguir vinculada a la Fé Católica que recibió de Ella a través de sus mayores.*

CAPITULO XI

Siempre buenos cristianos.

Desde entonces ya no hay canarios y españoles; todos son españoles y cristianos, de igual categoría. Nunca pasaron por la línea discriminatoria de “Nuevos y Viejos”; su ortodoxia estuvo desde el primer momento por encima de toda sospecha, pues su anterior religión ni fué idolátrica ni sectaria, por lo que no les fué difícil asimilar los dogmas cristianos e incorporarse con plenitud a la Religión Católica. Se gloriaban de su catolicismo y trataban de practicarlo.

Por eso, cuando Abreu y Galindo les decía que sus antepasados habían venido de Africa, se ponían muy tristes, pues creían que les llamaba descendientes de moros, seguidores de Mahoma. Y para que la lectura de la historia, añade el fraile cronista, “no resultara *desabrida a los naturales de estas islas* ni concibiesen aborrecimiento contra ella y su autor, *como los he visto*

yo desabrirse, tratando de su origen, teniendo para sí que los queríamos hacer de la descendencia de los secuaces de Mahoma, al decirles que proceden de los africanos, será bien desengañarlos, por que no se vayan *trás la sonada de africanos*, que no quiere decir paganos, sino simplemente tierra de origen, lo mismo que *moro* no quiere decir *secuaz de Mahoma*, sino de Mauritania, de donde el apelativo de moro, de color obscuro, o tez morena, o simplemente moreno“. Y que los canarios nunca fueron secuaces de Mahoma se lo prueba a ellos el historiador colocando a los primeros habitantes entre Plinio el Viejo -mitad del siglo I- y el siglo VI, cálculo en que el fraile historiador se acerca a las mediciones cronològicas del carbono 14 hechas en las cuevas de la Caldera de Tejada, que nos los manifiestan viviendo en aquellos roquedales hacia el siglo III, donde no llegarían sino algunos años más tardé de su arribo a la zona costera, Y aunque otras mediciones en las costas de Galdar y Telde hacen sospechar imigraciones más recientes, todas ellas dan fechas anteriores al siglo VIII, época de las invasiones árabes, lo que dá pié a la hipótesis formulada por algunos, de ser restos del naufragio de las iglesias cristianas del noroeste de Africa, incluso con algunos obispos, lo que ha dado origen a curiosas leyendas. Así mismo apunta el cronista franciscano la posibilidad de algunas oleadas de elementos saharianos, todavía no islamizados, pero sí empujados

por la marea invasora, partiendo de la rampa costera de Africa, que se enfrenta con las islas, desde el sur del Atlas y Aguera hasta cabo Bojador. En los fervores de su fé no les caía bien a los canarios el que sus antepasados hubieran sido sectarios de Mahoma y podían estar seguros de que no lo fueron.

Siempre fueron buenos cristianos.

Esto de ser los canarios buenos cristianos lo confirma el canónigo Cervantes en su introducción a la crónica de Sedeño, escrita en 1.620:
“Había en ellos una simple gentilidad, sin ningún vicio ni ceremonia; y así ellos, como sus descendientes, *son muy católicos y cristianos desde que se convirtieron, sin haber hallado un tropiezo*, y es tal esta gente de Gran Canaria, que no se sostienen por cristianos nuevos, sino *por muy católicos y de gran devoción*” . . . Y tratando de sus cualidades y costumbres sólo diré que el tiene parte de canario, sea de alto o bajo linaje, se tiene en mucho y se alaba de ello, *a causa de la bondad de los antiguos, así en mantener justicia y verdad y fidelidad*, como en otras obras y virtudes, que de eso se hanpreciado *y de sus descendientes se conocen*”. Y añade que él lo sabe, “porque ha hecho investigaciones y tomado informaciones de personas antiguas,” y “se puede afirmar por cosa muy cierta ser gente que vivía bien y sólo le faltaba la lumbré de la fé”.

“No negaré ni dejaré de decir que tenían algunos vicios de mujeres, que a éstos la falta de fé y la libertad de costumbres les hacía errar, de lo cual *después de convertidos no ha habido sino toda constancia y virtud*” . . .

“De otras cosas que han escrito personas chufadoras y componedoras *de mentiras, bien se deja entender la verdad por la experiencia, que han dado y dan los naturales de esta isla así en sus cosas cristianas como en sus tratos y conversaciones*“. (Sedeño B. Pag. 6)

Y por eso, porque fueron buenos cristianos, difundieron el espíritu del Cristianismo en las costumbres populares y en toda la vida social, logrando, por ello mismo, la incorporación a la Cristiandad de todos los que a las islas llegaban, tanto a los negros de Africa como a los moros, seguidores de Mahoma, y aún protestantes, que por razones de guerra, de trabajo o de comercio se acercaban en aquella sociedad creyente y fervorosa. (1) ¿No será que le falta *la sencillez, el fervor y la veracidad disciplinada del de nuestros padres?*

(1) *Así el 10 de Diciembre de 1.779 falleció en La Laguna el cònsul de las Provincias Unidas (Holanda) Arnaldo Van Stanfor, de 85 años, arribado a éstas islas a los 22. “En todo este tiempo, escribe en sus memorias D. Lope (C. III pag. 62) conservó su secta no obstante haber tenido amistad con varios Religiosos doctos y tener instrucción en cosas de creencias. Estando ya en grave pe-*

lioso de su vida, el Beneficiado y otros le exhortaron a recibir la Religión Católica; pero siempre estaba terco, hasta que en la mañana de su muerte llamó al Beneficiado y a otros y abjuró de sus errores. No se le administró el bautismo porque consta, que estaba legitimamente bautizado; confesó y murió dando muestras de haber admitido verdadera y fiermente la fé católica, y según dispuso, fué enterrado en el convento de S. Francisco. Su librería, que era buena, se vendió por remate, a excepción de los libros prohibidos.“ En su número de Junio de 1.780 en la sección de Canarias, la Gaceta de Madrid recogió el hecho, diciendo que “abjuró el protestantismo que profesaba y abrazó con general edificación la Religión Católica“.

El 18 de Octubre de 1.781 recibió las aguas del bautismo en la parroquia de S. Marcos de Teguisse, Lanzarote, el inglés Ricardo Jonson, capitán de una balandra, inglesa, que habiendo ido con otros a tierra en la isla de la Madera, al regreso, se encontró sin ella, porque 18 marinos se habian sublevado y hecho con ella, y habian zarpado para rendirla a los españoles en Tenerife. El capitán inglés, llegado a Fuerteventura, se puso en contacto con la sociedad católica de Teguisse, especialmente con D. Salvador Antonio Morera, que le hizo de padrino. Y que su conversión no fué mero trámite o conveniencia, lo prueba lo que añade el memorialista: “Hado muestras este inglés de su aplicación a la fé cató-

*lica, que también dice profesar su mujer“ (C. IV. p. 66)
Estas conversiones, que pudieran multiplicarse, ocurrieron en la época de nuestro catolicismo decadente y tolerante; incluso no faltaron ingleses conversos incorporados a los cargos del gobierno de la Iglesia y de la Sociedad, como los Wading, Hanty, Hamilton, Collogam, Graham Toller etc. que han honrado a nuestra Sociedad y a nuestro Catolicismo.*

CAPITULO XII

La cruz signo y sello de la Canariedad hispánica

No cabe duda que el principal objeto de los conquistadores, fué implantar el cristianismo en las islas, que por otro lado ofrecían muy escasas posibilidades económicas para despertar en grande escala su codicia. De ellos en conjunto ha escrito en sus *Noticias Históricas*, el Dr. Chil y Naranjo, poco sospechoso en la materia. “Más que como conquistadores debe considerárseles como misioneros, porque la Religión les había animado en la gesta que supuso la conquista total de nuestras islas. Roma les había dado el Derecho y el Cristianismo era la condición con que admitían a los pueblos vencidos al vasallaje. *Las almas se buscaban con preferencia a los haberes*; los sacerdotes marchaban a la cabeza y a la par de los caudillos, y el templo era el *primer trofeo*, que procuraban *erigir a la victoria*, y el culto católico, el único triunfo que ostentaban. *Se diría*

que los Reyes de Castilla sólo buscaban súbditos para dar hijos a la Iglesia“.

Viera y Clavijo nos presenta a Don Alonso Fernández de Lugo sacando de sus naves la Cruz, y, cargado con ella, se mete en el agua y sale a la playa de Añaza, la planta cerca de la orilla y ante Ella dice la primera misa en Tenerife el canónigo Sanmarinas, en la que, como era corriente en semejantes casos, comulga toda la tropa, para dar así comienzo a la campaña más civilizadora que conquistadora.

El Itinerario espiritual de la conquista.

De tal puede calificarse el “rosario“ de monumentos levantados en honor de Dios, y de la Virgen o de los Santos en los sitios y fechas cruciales de la gesta conquistadora. Así *S. Marcial del Rubicón*, primera sede canariense, para conmemorar la conquista de Lanzarote, *Santa María de Betancuria*, para la de Fuerteventura, *Santa Ana de Las Palmas*, segunda sede episcopal, y *Santiago de los Caballeros* de Gáldar, en memoria de la de Gran Canaria, *Santa María de Gracia* en memoria del primer encuentro entre Cristianos, y Guanches en los términos de Argujón, la *Cruz de Piedra*, a la entrada de La Laguna, en memoria de la batalla de Aguera. la *ermita de San Roque*, sitio, donde cayó el caudillo guanche Tinguaro, la Iglesia del Salvador, de la Matanza, el lugar en que el Adelantado fué salva-

do de la muerte a manos de los guanches en la gran derrota de Acentejo, la de *Nuestra Sra. de la Encarnación* de la Victoria, en el sitio donde, después de dicha la Misa de Navidad y comulgada toda la tropa, fueron derrotados por los guanches, y la Iglesia de *Santiago de los Realejos*, donde terminará la guerra y se firmó la paz. Otro tanto puede decirse de *San Miguel de Tazacorte* y del *Salvador de la Santa Cruz* de la Palma. y la "Cruz de Tercero" ante la cual se dijo la primera misa, terminada la conquista.

Sacratoponimia.

Tenerife se enriqueze con los nombres de Santa Cruz, puesto por el mismo Adelantado, al trazar sus calles, en memoria de haber desembarcado allí el 3 de Mayo de 1.493: San Cristobal de La Laguna, fue fundada a raíz del término de la Conquista, que se remató el día de San Cristóbal, Cruz Santa, Puerto de la Cruz, Candelaria, San Juan y San José de la Rambla, Santiago del Teide y otros lugares menores, como San Miguel y San Bartolomé de Geneto, El Rosario, San Isidro etc; todos ellos de los tiempos fundacionales, van consagrando la toponimia de las islas.

En las otras islas están San Bartolomé de Lanzarote, San Miguel de La Palma. nombre dado a Isla por Fernández de Lugo, al desembarcar el 29 de Septiembre de 1.490, Santa Cruz de La Palma, nombre de

la capital que le fué dado por haberse terminado la Conquista el 3 de Mayo, más los pueblos de San Andrés y Saucés, San Pedro y San José de las Breñas, estos en la isla de La Palma, San Sebastián y Playa de Santiago en la Gomera. San Andrés de Azofa, en el Hierro, sin contar con los de otros lugares. En Las Palmas los barrios fuudacionales se llaman: San Juan, San José, San Cristóbal, San Roque, San Nicolás, San Francisco, San Antonio, de la Luz, (Virgen) Sta. Catalina, más los pueblos de San Mateo, Sta. Brigida, Milagrosa, Santa Lucía, San Nicolás, San Bartolomé . . .

La Multitud de cruces sembradas a lo largo y a lo ancho de la geografía isleña es otro de los argumentos más visibles de lo hondo que metió Castilla el misterio de la Cruz en las entrañas del pueblo Canario. Ella corona las crestas de los montes y las cimas de los roquedales, se levanta a la vera de los caminos y en las encrucijadas, señala nuestras calles y aún, en otro tiempo presidía los portones de nuestras casas, de que todavía quedan restos en ciertos pueblos. La Cruz de Tejeda, la Cruz del Carpio, la Cruz grande de Tirajana señalaban los importantes desfiladeros. Hasta en lo alto del Bentaiga había una que ha desaparecido. Y no hay ciudad y pueblo de Gran Canaria, que no tenga su grupo de cruces, todas ellas cargadas con su grande o pequeña historia, y que el día 3 de Mayo se ven engalanadas con las más bellas flores de aquel lugar. Los colores, la

materia de que están hechas, los lugares que presiden y otros accidentes, les prestan sus nombres: La Cruz blanca, la Cruz del Manco, la Cruz Verde, la Cruz de Piedra, la Cruz de Pineda, la Cruz del Monte, la del Sau-cillo, que por cierto fué derribada por un temporal y restaurada con una gran fiesta que hizo el pueblo de San Mateo en 1.900 (15 del IX), a raíz de una misión dada allí por los P P. Paúles. Tenerife en el país clásico de las cruces, empezando por su Capital que recibió de ella su nombre. A su salida hacia La Laguna estaba la Cruz del Señor, hoy convertida en iglesia parroquial; su camino y carretera se termina con la Cruz de piedra, y, ya en la propia Laguna, se entra por la Cruz Verde y se sale por las de las estaciones del Viacrucis, empo-tradas en la calle del Marqués de Celada y coronadas por las tres del Calvario, que se alzan a la izquierda de la carretera de la Orotava. Y luego la Cruz Chiquita y otras. En otra dirección y en tierras laguneras, encuentra el viajero la Cruz del Rallo, la del Carmen, la de Afur, la de Taganana . . .

¿Se podrán contar las cruces que hay en el valle de la Orotava? La Cruz Verde, la del Calvario, la del Durazno, la del Teide y mil más. Durante el mes de Mayo -no sé si todavía ocurrirá lo mismo- todos los días del mes, gran número de voladores y tracas atronaban el valle y numerosos predicadores cantaban las excelencias de la Cruz en alguna encrucijada, junto a

un árbol, una erminencia o pared, en que la enseña de la Redención extendía sus brazos.

Para todas estas cruces tenía siempre el caminante una oración, una ofrenda, unas monedas . . . hasta que llegado el mes de Mayo, las convertía en capillas o altares radiantes de luz, donde se rezaba, se cantaba, se oían sermones, atronaban los cohetes y se hacían y cumplían promesas.

Historia y Misión.

Cada una de estas cruces tenía su clientela, su carácter, su espíritu, su historia o su leyenda y hasta su misión providencial en el camino: brindar, por ejemplo, descanso al caminante o amparo al perseguido, "como esa cruz de piedra exhudando humedad por sus muros, rodeada de cardos y ortigas, punto de reunión para los seminaristas en sus paseos dominicales, de sello inconfundible y grave prestancia bajo los álamos que la circundaban; brazos cubiertos de polvo y de la pátina de los siglos, amparados y confidentes de lágrimas y arrepentimientos". "Otras cruces de más humilde y plebeyo linaje, destinadas a ahuyentar las sombras del pecado de aquellos lugares, sin puertas ni vistas al campo", que fueron en su día albergue de impúdico comercio. "Por lo que mandamos, ordenaba el Ilustrísimo Cabildo, que todas las industrias de esta laya y todas las mujeres solteras y casadas de este jaez, que venían contribuyendo con el arbitrio de media dobla, en

24 horas, sean desalojadas de sus sitios, suprimidos estos impuestos y demolidas estas viviendas, y que *en su lugar, se erija una ermita, consagrada a la Santa Cruz*“, capaz de recordar a los adoradores de la carne *que la habian de crucificar con sus vicios y concupiscencias alli donde el Señor y Dios fué crucificado*“. Estampas tinerfeñas, de Leoncio Rodríguez, pag. 91)

En la latelogia popular.

A veces el folklore y la leyenda se enredan en ellas, de que trae Leoncio Rodríguez algunas muestras en sus *Estampas tinerfeñas* (páginas 130-136). Así en la estampa de la “Señal Isabel Alberto“, pone en la boca de la protagonista esta cuarteta, cargada de una bellísima simbología teológica:

una manzana me dieron,
bonita, pero prestada:
cinco me dieron con ella,
y diez para guardarlas;

en donde la “manzana“, que en la Cruz se nos dá, es Cristo; el segundo verso indica la gratuidad y belleza del don: las cinco, las llagas de Cristo; y las otras diez, los diez mandamientos, cuya observancia es necesaria para guardar en nosotros la manzana cristológica, *que nos trajo la vida, como la de Adán nos trajo la muerte.*

“La estampa de nuestro Padre Adán“ tampoco tiene desperdicio y es una reminiscencia de la cateque-

sis escenificada con que los primitivos misioneros trataron de explicar e imprimir en los nativos el misterio de la Cruz, el “árbol misterioso” aquel, entrevisto en sueños por Adán, al que todos los poderes antidivinos desencadenados por los poderosos de la tierra, figurados en los cuatro hombres-herejías, persecuciones, ignorancia y pecados- que tiraban de él, eran incapaces de derribar. Los elementos de los símbolos acaso están mutilados y tal vez algo trastocados; pero el símbolo y las alusiones a la Caída y a la Redención son claros. Lo contaba una vieja ya casi centenaria e iletrada, que hablaba de oídas y tradiciones.

“Estando una vez en sus soledades nuestro padre Adán, vino a pedirle cuentas Nuestro Señor y le dijo:

-Adán, qué has visto?

-Señor, una mujer apañando fruto en la higuera negra,

-Pos calla, que esa es la muerte.

-Volvió otro día y lo encontró cavilando y . . .

-Adán, que has visto?

-Cuatro hombres con cuatro sogas que tiraban de un árbol y no lo arrancaban.

-Pos calla, que esa es la rosa de los tiempos, que yo he plantado para que tengan vida.

Volvió más tarde y lo encontró triste.

-Adán, que te aflige?

-Señor la soledad.

-Pos calla, que yo te alegraré, Y le dió una compañera.

Después que tuvo su mujer, le mandó el Señor a sorribar la tierra; pero la tierra no le obedecía y se le engrifaba y vino a decírselo a Nuestro Señor.

-Señor, que la tierra no me obedece, que la tierra se me engrifa.

-Pos vete y dile que se deje labrar; que lo que ella diera a élla volverà.

Esto dijo Dios a nuestro Padre Adán“.

En las etapas de la escena van desfilando los símbolos de la tragedia del paraíso y de su remedio. La “higuera negra“ es un símbolo del pecado, cuyos frutos cosecha siempre la muerte.

Su remedio es la cruz, *“árbol plantado por Dios en el mundo, para que tenga vida“*. Es el misterio de la Caridad de Dios para con los hombres, y por ello es llamado, “rosa de los tiempos“, porque a todos los siglos alcanza, sin que jamás pueda ser derribado por ningún poder, ni perecer, ya que la caridad de Dios crucificado por los hombres es eterna. No está fuera de lo posible que, en vez de leer “rosa de los tiempos“, hayamos de leer “rosa de los vientos“, ya porque, por esta misma razón, la metáfora sigue siendo rica en significado, pues con ella se alude a la universidad del mis-

terio de la Cruz, que abarca a todos los confines de la tierra y a los hombres todos que la habitan.

Dios cura la soledad de Adán dándole a la mujer por compañera; y para que no estuviera ocioso, le mandó “labrar y custodiar el Paraíso”; más, a causa del pecado cometido, la tierra se le rebela y se le engrifa“.

Pedagogia de transmisión.

De esta suerte todo contribuía a meter el misterio de Cristo en el alma de los nativos y a desarrollar el sentido cristiano de la vida: las cruces, las ermitas, los templos, las sagradas imágenes, los retablos vivientes de Navidad, de los que todavía quedan restos en la Concepción de La Laguna y en el cristianísimo pueblo de Tejina, los autos sacramentales que se representaban en el atrio de la Catedral de Las Palmas, el catecismo escenificado, unas veces, y puesto en verso otras, al igual que la Historia Sagrada, que se sabían nuestros abuelos de memoria, a pesar de no saber leer ni escribir en su inmensa mayoría. En mis correrías por los pueblos de Tenerife oí de los labios de los abuelitos y abuelitas muchos de estos versos, que contenían unos la bella “teología de la Contrición“, otros, episodios de la vida de Cristo, incluyendo leyendas de los Apócrifos vg. la de los “Chochos“, y otros trozos largos de la Historia Sagrada etc . . Recuerdo que, yendo una vez, con Don José Reyes, desde el caserío de Afur, que está junto al

mar, hasta Taganana, por el sendero de cabras que bordea las escarpaduras y arrecifes norteños, al subir la cuesta de Roque Negro y en el punto en que la senda da la vuelta a la otra vertiente, que da a Taganana, había un cabrero muy anciano, que nos entretuvo más de media hora contándonos en verso la vida, pasión y muerte de Jesucristo, diciéndonos que se la había enseñado su abuela, siendo él muchachito. La abuela aquella entrocaba con aquellos frailes que se desparramaban por toda la geografía isleña, enseñando en las cátedras o evangelizando en los campos. En conjunto todos estos elementos constituían un sello y signo y una pedagogía de un cristianismo que se transmitía y mantenía vivo a través de muchas generaciones, y que, para que quedara desmedulado, empobrecido y reducido a “correas de San Agustín“, “Cordones de San Francisco“, “hopas blancas o rojas de las Cofradías“, “martes de San Antonio“, “velorios de difuntos“, promesas interesadas a los Santos, docenas de voladores disparados junto a una Cruz, procesiones y fuegos artificiales etc. todo ello reducido a signos vacíos de significado, fué preciso que pasara por las islas el siglo que va desde la revolución ideológica volteriana y liberal hasta la *Cruzada del rescate del alma nacional*, en el cual la Iglesia fué despojada de su categoría de Madre y Maestra, al robarles sus Universidades y Escuelas; de la posibilidad de atender a las clases humildes, al despojarlas de

sus bienes; y del derecho de santificar a sus fieles, al expulsar por tres veces en ese tiempo a los religiosos, sin perdonar al clero, que quedá disminuído, sin medios de cultura y formación, y desacreditado y escarnecido con campañas orquestadas por masones, libre-pensadores de toda laya y periodistas a sueldo de las fuerzas anticristianas. Y aunque hubo minorías heróicas, que se esforzaron en contrarrestar y remediar el mal, no les fué posible llegar a todas partes ni estar de asiento a donde llegaban, al no serles posible la defensa y promoción del pueblo cristiano con la intensidad y eficacia que fuera de desear.

La catedral profanada.

Así es como nuestros padres con su "mentalidad sacralizadora", quisieron hacer de estas islas una "gran Catedral en honor de Dios", teniendo por cúpula al Teide, por naves las siete islas, con sus cresterías y roquedales por adornos y columnas, y por solar, su "sagrada y consagrada toponimia".

Más tarde, durante el predominio masónico y antirreligioso, especialmente desde 1.830 a 1.936, sacados los años de Primo de Rivera y algún otro corto respiro, se quiso, sino derribar la catedral, que no era cosa fácil, sí desacralizarla o al menos adosarla elementos enemigos de lo sacro. Así mientras en ese tiempo la ciudad fué creciendo hacia el Puerto, fueron rotulándose calles con nombres que nada tenían que ver

con Canarias, ni con la Historia de España, aunque alguno sí con su literatura. si bien de las más sucias, como un Blásco Ibáñez; pero todos ellos tenían que ver con la Logias y con las corrientes anticristianas. Así las Calles de D Alembert, Diderot, Zola, Víctor Hugo, Aristides Briand, todos franceses y masones; Blásco Ibáñez, Luis Morote, un oscuro periodista de Madrid. cuyo mérito principal fué haber renegado de su catolicismo y dado su nombre a la masonería . . . Todavía parece que hay razón para el rótulo de Franchy Roca, por Canario, aunque masón; y de Pérez Galdòs, también Canario y gran literato, aunque parece excesivo dedicar todo un barrio -el de Schamann- a recordar y glorificar sus obras en los rótulos de sus calles, algunas de las cuales, cuando se representaron en Madrid, a principios de este siglo. pusieron teas en las manos de las turbas, saliendo del teatro con ellas encendidas a quemar iglesias y conventos, que si no ardieron, fué porque se estorbó su intento.

Si registráis el nomenclator callejero, no encontraréis ninguna calle rotulada con los nombres de Donoso Cortés, Vázquez de Mella, Ferrán, aunque puede hombrearse con Ramón y Cajal, y me sospecho, al menos yo no he tenido esa fortuna, que tampoco os tropezaréis con los nombres de Jaime Balmes y Menéndez y Pelayo, que creo, al menos esa es mi opinión, tienen más derecho a ello que un D Alembert o un Morote, pongo por caso.

Después del Movimiento.

Después del Movimiento, el viejo espíritu quedó recuperado y encarnado en la vida pública con estilo nuevo: pero desde hace unos años se le quiere arrinconar y dar sepultura por un "laicismo de nuevo cuño", a caso más peligroso que el otro, porque viene esgrimido en nombre del Concilio Vaticano II, aunque no se me alcanza en qué decreto o doctrina se apoya tal pretensión, cuando a mi modo de ver, sus trabajos y orientaciones tienden más bien a una profunda y más extensa cristianización del pueblo de Dios y a dar más vigor y no a borrar la religiosidad, ni siquiera la exterior, de los pueblos cristianos.

CAPITULO XIII

Costumbres cristianas.

Las costumbres populares pertenecen a la entraña de la biografía de los pueblos. Ellas, más que ningún otro dato, nos descubren su alma y el espíritu que las anima. Ellas, en el hecho concreto de Canarias, nos revelan que los forjadores de nuestro pueblo lo marcaron con la impronta de su cristianismo, y lo fueron configurando con el estilo católico de la época. De este conjunto de rasgos típicos que brotan de la entraña cristiana, quedan todavía ciertos vestigios, muy en peligro de desaparecer, a causa del rulo desnivelador de la invasión masiva del concepto hedonista de la vida, que nos viene del exterior. Consignamos algunas de estas facetas que han enriquecido al alma canaria, para que no perezcan y puedan de algún modo ser revalorizadas al revalorizarse su espíritu cristiano de donde brotaron.

La Pila Madre.

Es frecuente oír a nuestros viejos campesinos, cuando se les pregunta que de dónde son, responder:

-Yo soy de la pila de Tejeda, o de San Mateo etc.

La frase es una clara alusión a la "pila bautismal", de donde recibieron *la vida y el ser de hijos de Dios*. Para ellos la naturaleza y la vida cristianas eran mucho más importantes que la vida civil.

Nuestro Padre Dios.

Es esta una expresión muy arraigada en nuestro pueblo para nombrar a Dios. Los mismos sacerdotes, que no han aprendido la lección en los manuales de Teología ni en los de la Ascética, sino en la intimidad del hogar, la repiten en sus exhortaciones pastorales a los fieles. El pueblo canario mira a Dios más como Padre que como Juez, y así se lo enseña a sus hijos, porque así se lo enseñaron a él sus evangelizadores. Esta expresión, que vive en la entraña del pueblo, es un monumento vivo que refuta la aserción categórica de que el pueblo es cristiano más por temor que por amor.

La Divina Realidad.

Antiguamente en los pueblos de Tenerife, cuando el sacerdote iba por los campos a llevar el Santo Viático, al verlo llegar, la gente decía:

-Arrodíllate, niño que viene *la divina Realidad*.

La expresión es una confesión de Fé muy gráfica y muy teológica en la presencia “real” y verdadera de Jesucristo en la Hostia consagrada. El es “TODA la REALIDAD”; la nuestra es una participación de la suya. El tiene la “divina REALIDAD”; como si se dijera, el que tiene la razón de ser en SI MISMO. A caso fuera una expresión catequística, con que los evangelizadores quisieran grabar bien en el alma del pueblo la “real presencia de Cristo en la sagrada Hostia”, contra los protestantes que, o la negaban abiertamente o la camuflaban en fórmulas ambiguas o incompletas, como los anglicanos, de que no faltaban ejemplares por estas tierras, atraídas por el clima o por el comercio, o simplemente en calidad de emisarios de alguna sociedad bíblica que nos quería evangelizar.

El Bendito.

Es una alabanza al Santísimo y a la Inmaculada, las dos devociones más arraigadas de nuestro pueblo, recibida de los conquistadores, trasladada más tarde por ellos a Hispanoamérica. La alabanza se formula así;

“Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Pura y limpia concepción de María Santísima, concebida sin pecado original desde el primer instante de su ser natural. Amén”.

Era lo primero que en Tenerife enseñaba una madre a su hijo, de suerte que si, al tropezarse uno con

un muchacho, resultaba que no sabía “El Bendito“, se podía estar casi seguro de que no sabía nada de catecismo

La señal de la Cruz.

Es costumbre muy generalizada hacerla al pasar por delante del cementerio, de una cruz, de la puerta de la iglesia . . . o cuando se oye algo que asombra o pone admiración.

La Bendición.

El Vaticano II estuvo a punto de elevar a categoría de “Sacramental“, la bendición que los padres, padrinos, sacerdotes y aún algunos ancianos y ancianas suelen dar a los hijos, ahijados, niños y personas jóvenes, a propuesta de algunos obispos hispanoamericanos, que de esta suerte quisieron revalorizar la dignidad de los padres, dándoles una mayor participación del sacerdocio común, al dar a esta bendición un carácter oficial inherente a la paternidad.

Esta es otra de las costumbres que los españoles instauraron primero aquí en nuestras islas y, luego, en la América Hispánica. El rito o manera común de darla es que el chico cruce los brazos sobre el pecho y diga: “La bendición Padrino“. Y el Padrino o el Padre diga: “Dios te bendiga y te haga un santo“. Mientras se dicen estas palabras, el que bendice traza con la derecha la señal de la cruz, o bien la alarga para que el niño la bese. Si el bendecido es un sacerdote o persona

de mucho respeto, el que bendice adopta una fórmula más respetuosa, "Dios me lo bendiga y me lo haga un santo".

Los Padrinos.

En las playas de San Andrés de Tenerife acompañaba yo al obispo Fray Albino en su Visita Pastoral. Terminada la primera tanda de confirmaciones, pregunté a un grandullón si él no se confirmaba.

-No, porque no tengo padrino, respondió

-Ya te lo buscaré yo, le dije. Y después de cerciorarme que sabía lo suficiente para recibir el sacramento, le busqué a un muchacho de 16 años, que le hiciera el menester. Se confesó, se confirmó y, no bien hubo llegado a casa y declarado allí el nombre del padrino, salió de ella su madre hecha una fiera y se dirigió a la iglesia, topándose conmigo.

?Qué le ocurre, señora? le pregunté, al verla tan demudada.

-Vengo, dijo, a que me "desaborren a mi chico del Obispado".

-Eso va a ser bastante difícil, señora, porque la confirmación no se puede anular.

-Entonces,? cómo va Ud. a pretender que yo llame compadre a ese mocoso?

Era yo entonces bastante joven, y, separado de la tierra natal por los años de la carrera, había olvidado que en Canarias los padrinos comparten un puesto muy

destacado en la familia del ahijado y que la palabra "compadré" compromete a mucho e implica una participación en la paternidad en su función espiritual y vicaria, que sólo cede al padre; a quien, en faltando, sustituye, y que entre ahijado y padrino hay una relación análoga a la del hijo con su padre. Es posible que en algunos ambientes descristianizados el padrino y el compadrazgo se hayan viciado y vaciado del contenido teológico en la misma o mayor proporción que el concepto y función de la paternidad.

Otras Costumbres.

Existen otras muchas costumbres de signo cristiano incrustadas por los españoles en el alma del pueblo canario, como estas:

Llamar a su interlocutor "cristiano" y hermano", signo de la hermandad en la misma fé y de su pertenencia al mismo pueblo cristiano. Así era usual oír al pueblo llano frase como esta: "Cristiano, no hable mal del cura: una sotana vale más que todo Teje-da . . . »

b) El repique y volteo jabiloso de las campanas las vísperas de los días festivos, con que el pueblo cristiano pregustaba la alegría del gozoso acontecimiento:

c) Las Semanas Santas con sus procesiones, sus monumentos, sus cofradías, sus confesiones y todo aquel ambiente de silenciosa penitencia y dolor, signo

de la plena incorporación del pueblo cristiano a la muerte y Pasión del Hijo de Dios.

d) Las plazas y plazoletas delante de las iglesias y ermitas de los campos, con sus poyos y sitios donde sentarse antes y después de la Misa para hablar de sus negocios, de sus familias, recibir y dar noticias, charlar un rato con su cura, como un diálogo general de todo el pueblo de Dios, que tenía por centro el diálogo que todos habían tenido en la Misa con el Padre común. De esta suerte el Domingo era día de Dios y de sus hijos, en sociedad, en familia y en alegría popular.

e) Las Hermandades del Rosario, la del Santísimo, con sus hopas blancas o rojas, con sus cultos mensuales y procesiones de la Minerva, y otras cofradías de carácter a un tiempo religioso y social, como la de los Pescadores con sus Pósitos; de cuyo florecimiento y piedad nos quedan hoy, como insignes monumentos las iglesias de San Telmo de Las Palmas, de Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de La Palma, ese Santo castellano, que pasando por las rías gallegas, ha quedado convertido y proclamado patrón de la marinería hispana.

f) Las Ordenes Terceras de Sto. Domingo, San Francisco y San Agustín, mantenidas y dirigidas por las Primeras Ordenes, la Escuela de Cristo, de S. Felipe Neri, compuesta de caballeros cristianos, que aspiraban a la perfección en el mundo, de que había una

muy floreciente en el Hospital de Dolores de La Laguna, y otras instituciones piadosas, eran otros tantos elementos que contribuían a mantener viva y actuante la piedad del pueblo canario.

Cierto es que al sobrevenir la devaluación del espíritu cristiano como consecuencia de las propagandas antirreligiosas de masones, liberales y otras sectas anticristianas o de signo ateo o indiferentista, muchas de estas costumbres empezaron a vaciarse de contenido, al quedarse al aire, sin quien las explicara al pueblo y quedar éste privado de sus valedores, cuando en 1834 fueron echados de sus conventos los religiosos. Pero aún así, desvaídas y con no pocas hojarascas, han servido para que a muchos les quede todavía el suficiente cristianismo para reintegrarse a Dios y a las prácticas religiosas, al llegar un momento oportuno, ¿No podrían estas costumbres, debidamente purificadas de las hojarascas y adherencias peyorativas, rejuvenecidas con una savia nueva de auténtica espiritualidad, tener un puesto de honor en el encuadre de una pastoral popular, acomodada a la psicología de nuestro pueblo?

Un abanico.

Restan todavía por apuntar una riquísima gama del folklore religioso, cuyo abanico puede componerse de peregrinaciones, romerías, alfombras en las fiestas del Corpus, devoción a los difuntos, en que las ideas ultraterrenas llenan el ambiente y la Iglesia de la tierra se

pone en comunión con la del Purgatorio a través de la Misa, en que todos comulgan, las Misas de Luz al rayar el alba en los días anteriores de Navidad, a partir de las antifonas de la O, el canto de "Lo Divino" de los coros y rondallas, al anochecer, de esos mismos días, preludiando el misterio navideño, etc. etc. cargado todo ello de un rico mensaje de vida cristiana y de una alta espiritualidad, que se transmite de generación en generación.

Las canciones y los bailes típicos.

¿Qué más? si hasta las canciones populares y bailes típicos, cuando se los ejecuta como son, sin mixtificaciones ni concesiones a las categorías mundanizantes, traen consigo una carga de cortesía, de caballerosidad e, incluso, de pureza, que no es posible manchar, porque, si los que bailan se entretuvieron en algo indigno, no acertarían con el ritmo y equivocarían la figura?

El Rosario.

De propósito, he dejado fuera de la serie la costumbre más cristiana y más popular de nuestro pueblo, que es el rezo del santo rosario en familia. Hasta hay cierto tipo de cristianos que no van a misa y siguen rezando el rosario en su casa. Antiguamente era rarísima la familia que no lo rezaba. Recuerdo haber pasado por las calles de bastantes pueblos de Tenerife al atardecer y era de ver cómo todas las ventanas de sus

casas salía el murmullo de los padrenuestros y avemarias del rosario, en que se combinaban las voces graves de los hombres con las más suaves de los niños y mujeres. Para mí los recuerdos más hermosos de mi niñez son los que se tejían en torno del hogar, cuando reunidos mis padres y mis numerosos hermanos rezábamos aquel rosario, seguido de aquella letanía de padrenuestros por los difuntos en general y los de la familia, por la paz entre los príncipes cristianos, por los viandantes y mareantes, por el triunfo y exaltación de la Fé Católica y extirpación de las herejías, expresiones éstas que tanto irrita y exacerba a tantos modernos catacumbistas e irénicos, como si fuera un gran pecado el pedir que la iglesia triunfe y que las herejías sean extirpadas. Y cuando en verano todos los vecinos se reunían en turno por las casas de cada uno, para partir las almendras o para descamisar las panochas del maíz, era de ver la devoción y el orden con que todos, incluso los chicos y mozos, contestaban colocados en torno a la gran parva, al que, sentado en la cúspide de la inmensa pirámide, dirigía la bella y popular plegaria, que todos los días les recordaba los grandes misterios de la revelación. Y era entonces, antes o después del Rosario, cuando la madre- la que atizaba y mantenía siempre vivo el fuego en el hogar- la que se encargaba de mantener y alimeutar la fé en sus hijos, enseñándoles la doctrina, contándoles la vida de los santos, o los relatos edificantes de

la Historia Sagrada.

El testimonio de un misionero.

El P. Antonio Illera, misionero paúl de principios de siglo escribía en los Anales (t. III pg. 173):

“Entre las muchas cualidades buenas que adornan a los hijos de Canarias es la tierna devoción que profesan a la Stma. Virgen; apenas se encontrará familia que no rece todos los días el Stmo. Rosario, lo mismo los que habitan en humilde tugurio que los que habitan en magnífico palacio; y *a Ella deben, a mi humilde juicio, el que la Religión santa, que con celo tan infatigable supieron plantar nuestros antepasados en esta porción de la grey del Señor, tenga todavía tan profundas raíces, no obstante los constantes esfuerzos de la impiedad para descatolizar a este país.* Maria le dispensa una protección especial. . . y ellos la profesan mucha devoción, especialmente bajo la advocaciones de Ntra. Sra. del Pino en Gran Canaria, y de Candelaria en Tenerife, santuarios muy concurridos por todos los fieles hijos de las islas, aún antes de su incorporación definitiva a Castilla.”

La “Traditio Fidei”

Con todos estos elementos la familia y la sociedad, partes integrantes de la Iglesia, colaboraban con la sagrada Jerarquía, como órganos vivos que cumplían su misión, en la transmisión y entrega de la fé a las ge-

neraciones sucesivas. *¿No es esta una manera de cumplir la familia y la sociedad cristiana la función teológica de su sacerdocio y de miembros vivos operantes de la Iglesia?* A la luz de este hecho no se comprende la sinrazón con que muchos católicos, que presumen de intelectuales, y aún no pocos teólogos, que presumen de progresistas, ridiculizan a los cristianos del pueblo sencillo y humilde, el que son cristianos por tradición.

¿No entra este hecho en el orden querido por la Providencia, para que la inmensa mayoría de las masas populares conozcan a Dios y las cosas de Dios y se salven? ¿Cuál es la principal función de la Iglesia sino la fiel "traditio" o "entrega" de la doctrina de Cristo y de los medios de santificación a todos los hombres del presente y del futuro? Y la Iglesia ¿no se compone también de la familia y el pueblo? Y cuándo esta familia y este pueblo viven unas costumbres cristianas, ¿no están viviendo su fé y dando testimonio de ella? Y si es cierto que esto no es todo, ¿no constituyen una plataforma para que, desde allí se les complete lo que les falte? ¿A qué ese empeño de destruir lo que ya se tiene, siendo así que es válido, si bien con algún retoque, con la agravante de que, a cambio, luego no se les da nada que lo sustituya, mejorándolo?

¿No sería preferible revalorizarlo y animar al pueblo a sentirse solidario en la misma fé y en las mismas costumbres dimanantes de la fé que profesa?

CAPITULO XIV

La alegría del pueblo canario en el contexto litúrgico del cristianismo.

El Cristianismo es la Religión de la "Alegría y de la Cruz"; pero las aristas duras e inherentes a esta nuestra época se suavizarían, si se las aceptara con amor, y se quitarán, cuando el amor sea perfecto, que es cuando el mal se haya sometido en las personas y en la comunidad mundial al Reino de Dios, que es el momento de la glorificación de cada cual, y en la final de todo el mundo, arrojado y encadenado todo el mal en el infierno. Por eso en aquel día aparecerá la Cruz "vestida de Gloria", anunciando el "gozo pleno", tantas veces prometido por Cristo en el Evangelio, porque la grande y alegre noticia, que éste traía, la de Redención, con la terminación de la peregrinación terrestre del pueblo de Dios, que es el Cristo Total, con la cruz sobre sus hombros, ha llegado a su meta y logrado su plenitud.

que no exige ya derramamiento de sangre, sino plenitud de gozo, porque el pecado, que lo estorbaba y que era menester contrarrestar con el sufrimiento de la Cruz, ya no existe. Pero en este mundo, al pecado ha de seguir la penitencia para restablecer el orden roto; y al orden restablecido sigue la "caridad, la paz y el gozo" que era el "pregón de los Angeles" en aquella memorable noche, en que Nuestro Dios, con entrañas de misericordia, naciendo desde lo Alto, nos visitó con el fin de iluminar a todos los que están de asientos en las nieblas del pecado y de la muerte eterna, enseñarles la ciencia y el método de recibir el perdón de sus pecados y salvarse, y por fin, dirigir sus pasos por "El Camino de la Paz", que lleva consigo la plenitud del gozo, que nadie podrá arrebatarse ni menoscabar, una vez que haya sido sellado y firmado por el triunfo definitivo o escatológico de Cristo sobre el mal,

Desde esta perspectiva hay que mirar la Religión Católica, para entenderla, animarse a seguirla alegre y esperanzadamente, que es la misma perspectiva en que el mismo Dios la inició cuando, terminada su obra creadora, la contempló y se gozó en ella y mandó que el hombre hiciera lo mismo, trabajando seis días y descansando el séptimo, que había de dedicar al descanso gozoso, a la contemplación de las cosas de Dios y a darle culto, porque El quería ser el Padre de la gran familia que acababa de fundar. Y, aún después de la

culpa, dejó abierta al hombre esta puerta de la "Esperanza", manteniendo el sábado, si bien mezclada su alegría con el dolor, porque la hiriente y desgarradora astilla del pecado se había clavado en las entrañas de la Humanidad. Hasta las mismas criaturas entraron con el hombre, como dice San Pablo, "en los dolores de parto", de ese parto que culminó en la Virgen María, que dió al mundo al Salvador, que lo inundó de gozo, porque alumbraba el alba de la Redención. En este contexto está el Sábado, día de la liberación del trabajo, de la conversación con Dios y sus hijos y de la remisión de las penas de la semana. Un sábado más grande que duraba un año, se celebraba cada seis semanas de años, llamado año sabático, en el que se ampliaban las grandes alegrías del sábado, quedaban libres los siervos, perdonadas las deudas, las tierras confiscadas volvían a sus primeros dueños y todo se ponía en paz. Por el gozo que este acontecimiento producía se llamó a estos años sabáticos de "júbilo", o simplemente jubileos. Pero el más grande de todos los sábados fue aquel en que Cristo, terminada en su gran Obra de la Redención; descansó en el sepulcro y resucitó de entre los muertos. Este GRAN SABADO ocurrió al término de la otra GRAN SEMANA de años jubilaires predicha por el profeta Daniel al cabo de la cual, todo el mundo quedó libre de los pecados y abiertas las puertas de su incorporación a la gloria y al Reino de Dios, por medio de

la muerte del Gran Ungido Cristo, que abrió con ella y su resurrección la Era de la justicia y de la paz eterna.

Y éste fué el gran día del Señor.

Este fué el gran día del Señor, el Nuevo Sábado, con un contenido nuevo y un GOZO NUEVO del que el antiguo sólo era pálida figura. Por eso, los Apóstoles ya no le llamaron "sábado", sino DIA del SEÑOR, -que esto es lo que quiere decir la DOMINICA DIES de la liturgia latina, el KIRIAKE de la griega y el Domingo u otras palabras parecidas de las lenguas modernas. Por eso todos los domingos son una conmemoración de la Resurrección del Señor o del Misterio Pascual, que es de liberación y de vida nueva y sublimación y de camino a la Gloria, todo lo cual es motivo de júbilo y alegría.

Según una oración de los primeros cristianos

El Sábado en la Antigua Ley y el Domingo en la Nueva encierran una riquísima teología y una vitalidad vigorosa, capaz de santificar y orientar la vida cristiana por los caminos de la paz y de la alegría.

Según ella el Domingo nos recuerda la Creación, la Resurrección y la Consumación, o Glorificación, a la que San Pablo llama "Sábado o *"Descanso Eterno"*, Estos son los tres grandes hitos de la humanidad y de cada individuo de ella, en que se encierra toda su metafísica y toda su teología, que iluminan sus grandes y

eternos destinos, y por tanto, son fuentes de gozo y de hondas e inenarrables alegrías.

Y para que tenga tiempo de recordar todas estas grandezas y los caminos para lograrlas, el hombre y el cristiano deben descansar y verse libres de todo trabajo, empleando horas en el culto de Dios, en recordar su ley, en meditar sus beneficios y en las relaciones de amistad y caridad con los hijos de Dios y en recuperar sus fuerzas con honestas recreaciones.

-“Tú, dice la oración, que es de tradición apostólica, *instituístes los días de fiesta para regocijar nuestros corazones y recordarnos la sabiduría que viene de Ti.* El Domingo, que es el día del Señor, celebramos su Resurrección, y *nos regocijamos*, porque con ella venció a la muerte y nos trajo la luz de la vida y de la inmortalidad.

“*Instituístes el día del Descanso*, para que fuera estímulo de la piedad, *para impedirles hacer el mal durante la sagrada semana, instruyéndolos en los caminos del bien y preparándoles la alegría para toda la semana*, y no para que fuera ocasión de holganza“.

Esta es la razón de ser de la semana, de las siete semanas, de los siete meses, de los siete años y de las siete semanas de años al cabo de los cuales se celebraba el Año Jubilar en que se perdonaban todas las deudas y los pecados quedaban perdonados y venía la reconciliación general y de aquí la alegría y el júbilo de

todos.

En este contexto se integra y se supera toda la teología del Sábado en el Domingo, la de las indulgencias y la de los jubileos, que tantas resonancias tuvieron en la cristiandad medieval y que es menester volver a su contexto y sentido primitivos de arrepentimiento, renovación espiritual y la alegría consecuente, de poder sentirse dignos de sentarse en torno a la mesa del pueblo de Dios.

La teología del Domingo en nuestro pueblo.

Este era el contexto teológico en que el pueblo español celebraba sus Domingos y días festivos. Esta manera -culto divino, instrucción doctrinal y sana alegría- fué transmitida por los conquistadores y misioneros al pueblo de Canarias. Cierto que desde el siglo XVIII este espíritu ha tenido que irse refugiando en la gente campesina, que hasta su lenguaje supo plasmarlo, de lo que hoy nos restan algunas muestras. Para mí lo más típico y revelador es el gozo y la alegría que ellos tenían de las cosas de Dios.

Y en efecto.

No podían ellos concebir una fiesta, en cuyo centro no estuviera un acontecimiento religioso. Y esto, precisamente, los llenaba de gozo, que a mi modo de ver, es el auténtico fruto del Espíritu Santo, que es alegría espiritual, que brota de la paz, que tiene su origen.

en la caridad y la gracia de Dios.

Todo en la fiesta era gozo y alegría: “Me gocé la misa“, “me gocé el sermón“, “me gocé la Semana Santa“, me gocé la fiesta tal o cual“ . . . Esto decían y así expresaban la alegría que estas acciones y contactos con Dios les producía en lo íntimo de su ser. (1)

(1) De lo que aquí decimos encontramos numerosos testimonios en D. Lope de la Guerra. Así en la página 58 del cuaderno I de sus Memorias escribía.“

“El 17 de Septiembre (de 1.763) me fui a Tacoronte a gozar de la función del Señor de los Dolores con mis primas D.^a Juana Casabuena y D.^a María de las Nieves Machado“ . . . Desde la casa de D. Juan de Ozaba . . . vimos los fuegos artificiales que hubo aquella noche; y al día siguiente, *habiendo gozado de la función del Señor*, nos volvimos por la tarde con felicidad a nuestra casa.“

Días más tarde describe una excursión que hizo con la tertulia del Marqués de Vellanueva a Valle Guerra y a la Caldera de Tegueste, donde dice que hubo convite, paseo, bailes, y hasta “Conclusiones“ “que defendió con energía un Lector franciscano obsequio de los que nos habían convidado“ (M. p.59) En estas excursiones no dice que “gozó“ “sino“ *tuvimos un día divertido, por haberlo ocupado con bailes etc.“*

Era algo espiritual, que los disponia para la buena conversación familiar y social que en estos días florecía. Y para "gozarse" estos regalos de Dios, hacían largas caminatas, que yo me sé, porque muchas veces las hice y porque muchas las ví hacer; y se "embobaban" con las misas y predicaciones de sacerdotes y misioneros. Para ello, se ponían de fiesta: las mujeres con sus trajes muy limpios y bien planchados; los hombres con su camisa blanquísima y terno nuevo o casi nuevo, porque sólo se sacaban para tales casos; los mozos, con sus zapatos al hombro, que, para que no se mancharan y les durara más, se los ponían sólo al entrar a la iglesia, y se los quitaban, al salir de ella; y las muchachas, con sus blancas mantillas, reveladoras de su pureza y limpieza de costumbres.

Todo en su persona, en su casa, en sus esparcimientos, respiraba en Domingo y tenía sabor a Dios. Hasta sus bailes -los propios de canarias- estaban hechos y concebidos de suerte que pudieran bailarse ante todo el pueblo, sin que de suyo hubiera lugar a malos pensamientos, y aún no pocos se bailaban en las procesiones delante de las imágenes de los santos, Todo estaba dispuesto de modo que Dios pudiera estar en todo y en todos: por lo que la alegría desbordaba serena y acogedora, en el interior de la casa, en los poyos de los patios, en los caminos y en las plazas de la iglesia, a través de las conversaciones con los familiares, los com-

padres, los vecinos, los conocidos de otros barrios, los visitantes y los simples concurrentes a las fiestas. La comida era la mejor de la semana, con pan blanco y sabroso, amasado por la madre y cocido por el padre en el horno casero. El Domingo era, pues, *la fiesta de la alegría*, en que se pensaba en Dios, en la familia, en los amigos y en todo el pueblo, que se congregaba en torno de la iglesia, aún los que vivían a más de una hora de camino.

Y si alguien se divertía al margen de este contexto socialcristiano, nunca decía: "Yo me gocé tal baile, tal juerga . . .", porque la palabra "gozar" "gozo" y "goce" las reservaban para las alegrías del espíritu, que así, quedaba rehecho para toda la semana, que para esto hizo Dios al Domingo y días festivos. Con la otra, con la alegría mala y pecaminosa, con la del diablo, el hombre, en lugar de "rehecho", queda "deshecho."

CAPITULO XV

Un extraordinario fenómeno de cristianización: la de los moros.

Unicamente en este contexto de una sociedad totalmente cristianizada puede encontrar explicación este fenómeno tan raro en la historia de las Misiones.

La evangelización de los moros ha sido siempre un problema difícil, casi siempre de resultados negativos. Unicamente en Canarias esta tarea ha dado frutos positivos en tal cuantía que en la práctica hoy no existe diferencia entre los cristianos de origen español, guanche o moro. La cristianización canaria los asimiló en religión, en lengua y cultura. Durante un siglo hubo una casi ininterrumpida serie de incursiones de los canarios a las costas fronterizas de Africa y, como consecuencia, un notable trasiego de moros hacia Canarias, unas veces a título de botín esclavista, y otras, a título

de mano de obra. Ocurrió ello singularmente en las islas más occidentales, algo por el sur de Tenerife y un bastante por la Gomera.

A pesar de las diferencias raciales, la Religión Católica, que fueron abrazando, llegó a borrar todas las fronteras sociales, las de raza y de costumbres. Las únicas, que no fué fácil borrar, fueron las de carácter morfológico, cuyos rasgos todavía se acusan en mayor o menor cuantía. Los esclavos fueron tratados con relativa humanidad, casi al nivel de la sociedad heril de la época, sobre todor al recibir el bautismo, hecho que les daba derecho a declararse libres y recibir el trato de trabajadores, dueños de sus manos.

Los así libertados y los que venían en plan de trabajo, aportaron su esfuerzo a la construcción de la sociedad y a la lengua en los nombres de los oficios. Así "alguacil" viene de "awazir" « lugarteniente de la autoridad; "albañil", de "al-banni", del verbo "banna" « edificar; "alfaquih" « sabio, maestro etc.

En la iglesia de San Juan de Telde dejaron la huella de su talento y de su talante. Por ejemplo, en las dovelas con que cerraban los arcos, en la capilla de San Ignacio, con su cubierta de alfarje y otros elementos morunos. Su número e influencia creció tanto que engendraron serios temores en la Inquisición, la cual, para prevenir el peligro del contagio doctrinal, mandó que se hiciera un padrón y que se separaran de los cris-

ñaños viejos y se los concentrara en un barrio aparte. Todavía en Telde queda una calle, mal llamada de Barbería, antiguamente Berbería, que era el nombre que se dió al barrio, en que se concentraron estos moriscos o bereberes, no lejos del actual barrio de San Gregorio, como puede apreciarse en lo que arrojan los datos de las partidas de bautismo de los siglos XVI y XVII.

Cuando se bautizaban, además del padrino de bautismo, se les daba otro "*padrino de catecismo*", que era un cristiano "perito en Doctrina", para perfeccionar y garantizar su instrucción en la Fé Católica.

Su densidad coincidía con las necesidades laborales; así si en Las Palmas eran unos 30, en Telde se aproximaban al centenar, mientras que en Lanzarote y Fuerteventura y aún, en la Gomera las islas de Señorío constituían tres cuartas partes de la población. En las invasiones bereberes hubos moros que se entendieron con los piratas; pero los señores y los "padrinos de Doctrina" se dieron tal arte y pusieron tal celo e instruirlos que, al parecer, el cristianismo les penetró, y de tal suerte se integraron que, al ser expulsados los moriscos en tiempo de Felipe III, únicamente los canarios quedaron exep tuados, por considerarlos totalmente hispanizados, por estar totalmente cristianizados. Efectivamente los Señores territoriales, los Gobernadores de armas, los Cabildos y los Vecinos elevaron a Felipe III una exposición en que se decía:

“Que los moriscos establecidos en Canarias eran unos bárbaros procedentes de las faldas del monte Atlas, que no tenían ningún común interés, inteligencia, ni relación con los de España ni Marruecos;

“*Que siendo, a lo que parece, buenos cristianos,* no sólo se ocupaban ventajosamente en el cultivo de la tierra, sino que de ellos se habían levantado dos Compañías de Milicias, que siempre habían hecho el servicio con tal fidelidad, que los Marqueses les confiaban las más arduas empresas y la guardia de sus mismas personas“. En efecto, los moriscos no salieron de Canarias. (Memorial de las islas de Lanzarote y Fuerteventura a S. M.,) (cfr. Viera y Clavijo, t. II. Pg. 367 Madrid, 1.773).

En los padrones de Cofradías aparecen inscritos Hermanos que eran esclavos, moriscos, negros, etc., a la par de los cristianos viejos, aristócratas y toda clase de categorías sociales. (*Telde*, Hernández Benítez, Pg. 204). En la Cofradía del Stmo. Sacramento aparece un negro inscrito con el sugestivo nombre de “*Flor de la mar*“.

No pocos de estos negros procedían de Guinea, cuando los llevaban rumbo a América, pero enfermos, y eran desembarcados aquí, siendo curados y adscritos a algún señor, empleándose en los trabajos de los ingenios de la caña de azúcar y otros parecidos. No tardaron en asimilar la doctrina cristiana y sus prácticas, siendo notable su influencia en lo que hoy pudiéramos lla-

mar "liturgia popular", que tanta raigambre ha hechado en nuestro pueblo. Así, por ejemplo, ellos eran los que solían traer los cardones secos y otros combustibles del campo para las hogueras que se encendían las vísperas de las fiestas patronales, así como los enrames de Mayo, de la Cruz y otras festividades, costumbres que hasta hoy perduran. También amenizaban la fiesta y procesión con sus danzas rítmicas, al son de cascabeles, que llenaban los pies y las manos y tocaban el tamborino. Asimismo, en la noche de Animas, mientras las campanas doblaban, ellos corrían las calles tocando acompasadamente la "esquila de ánimas", invitando a los vecinos a orar por los difuntos ante aquellas sus lamparitas, testigos de su fé y de su caridad para con aquellos parientes y seres queridos que podían necesitar de ayuda . . .

De esta suerte nuestro pueblo fué incorporando a todos los que arribaban a estas playas a su catolicismo, sin excluir a los mismos protestantes, que los hubo ingleses, holandeses y franceses, que aquí abandonaron sus errores y *regresaron a la Casa del Padre de todos*. Únicamente en los dos últimos siglos la unidad católica de nuestro pueblo, enfriada por las ideas de la Enciclopedia volteriana, quedó anquilosada y sin el suficiente vigor para asimilar a los nuevos elementos que iban llegando, y se vió resquebrajada por la inscrutación en sus puntos claves de masones, protestantes y personas

descreídas y sin ninguna vinculación religiosa, no sin notable disminución de nuestro espíritu y un aumento no menos notable de extranjerismo con cierta carga de anglofilia en algunos sectores, que aún perdura. La apertura a todo lo bueno, aunque venga de fuera, es cosa laudable; pero el recibirlo todo, sin discernimiento, con peligro de contaminación, es cosa que empobrece a los pueblos y de la que preservaba aquella fé viva y operante, a pesar de sus defectos, de los siglos grandes de nuestra historia.

CAPITULO XVI

San Sebastián de la Gomera 1570: Cristianismo con sombras.

No ha sido la Gomera muy afortunada en buenos gobernantes. Varios de sus Condes se mancharon con las feas notas de crueldad, de lujuria y cobardía, que tantos males acarrearón al noble pueblo, que hubiera sido muy otro, de haber tenido mejores Caudillos y Señores.

Lo que ocurrió en 1.570 fué una mezcla de cobardías, traiciones, reacciones sanas y heroicas del alto y bajo pueblo, y grandes problemas solucionados a la luz de la caridad.

FUE PUES EL 18 DE JULIO DE 1.570 cuando se presentaron cinco naves de guerra en la bocana del puerto de San Sebastián, donde permanecieron barloventeando durante cinco días, a causa del viento y fuerte oleaje, que las impedían aproximarse. La primera

impresión fué de miedo, sospechando si serían de piratas. Para salir de dudas, el conde Don Diego de Ayala despachó al gobernador Juan de Ocampo para explorar sus intenciones. Y las intenciones declaradas fué que se les diera agua para la flota y 30 botas de vino; y que sí no se las daban, ellos eran quiénes paaa tomárselas, que fuerzas les sobran. El jefe de la armadilla no era otro que el célebre pirata Jacques de Sores, que los cronistas llaman Jacque de Soria; todavía traía, como su tripulación, sus manos tintas en la sangre de los mártires de Tzacorte. Mas el taimado ocultó su verdadera personalidad, arropándose con el nombre de "Monsieur de Xixeles". A pesar de que unas semanas antes el rochelés Bontemps- el Buentiempo de nuestros cronistas- había avisado al Conde de las malas intenciones y proximidad de su paisano, al Conde se le abrieron las espaldas de la avaricia, y prefirió traficar con el enemigo de su fé y de su patria, manejando, para que entrara en sus miras, las armas de Venus y de Baco, de quienes era más devoto que de Cristo y de la Virgen. Y mientras los importantes de la Armada pirata y los del pueblo bailaban y se banquetaban en grande en la casa del Conde, los menos importantes lo hacían en las casas y tabernas de Silvestre de Valladolid, del zapatero Manuel Coello, del alguacil Gómez, de Juan López, Bartolomé y Francisco Vargas, Esteban Bello y, sobre todo, en la casa de D.^a Leonor Peraza de Ayala, -ella y sus

hijos ausentes en Hermigua en donde sus esclavas se convirtieron en anfitrionae y prostitutas de los piratas, a quienes consentían, reían y aplaudían las blasfemias, los dichos heréticos, los furores iconoclastas, los ataques más soeces al clero y a la doctrina católica, las burlas más desmedidas y hasta las bofetadas a las sagradas imàgenes.

Decían ellos lindezas a este tenor: “Dios sólo está en el cielo. No se han de confesar los pecados a otro hombre. Las cruces sólo son buenas para el fuego si son de madera; y para la bolsa, si son de plata. No hay que hacer caso de curas ni frailes ni abades; su lugar es la horca, y el de las imàgenes, la hoguera, etc.

la reacción del pueblo.

A pesar de todo, el alma del pueblo era católica y empezó a comprender y a reaccionar, no de arriba abajo, como era lo lógico, sino de abajo arriba. Un calvinista escupió un crucifijo; algunos vecinos se lo afearon, y él contestó que ellos andaban errados y que idolatraban. Otro cogió un catecismo y lo arrojó al suelo para pisotearlo; pero un hombre se le adelantó y lo recogió del suelo y salió con él corriendo; pues los contrarios eran muchos y se lo podrían arrebatarse de nuevo. Varios grupos fuéronse en dirección de la iglesia y se toparon con la procesión que llevaba el Viático a un enfermo; los *vecinos se arrodillaban al paso del Señor* y

hacían señales a los franceses que hicieran ellos lo mismo; mas, en vez de hacerlo así, ellos escupían contra el Santísimo con insolente reverencia. Al entrar en la iglesia vieron a un sacerdote y uno dijo:

-¡Quién pudiera tirarle un arcabuzazo!

-No diga eso, le rogó un vecino, que es hombre de misa.

-Tanto se me dá por esas misas como por el rabo de aquel perro.

A esto tocaron las campanas del Angelus y los vecinos se ponían de rodillas aún por las calles, para rezarlo; y al preguntarle ellos porqué lo hacían y al responderles que lo hacían en honor de la Madre de Dios y de los hombres, por haberse prestado al misterio de la Encarnación, hubo uno que dijo que, si era Madre de todos los hombres, era la peor de todas las mujeres, porque entre todas era la más . . .

Todo esto empezó a enfurecer a los habitantes, a lo que se añadieron las profanaciones de la fiesta de Santiago, y las noticias que, empujados por el vino, empezaron a escapárseles sobre la matanzas horrendas de Tzacorte, sobre todo cuando el gobernador Ocampo, tomando aparte a uno más locuaz, le hizo cantar de plano y contar toda la tragedia. Ocampo se lo refirió al Conde y se percataron de la catadura moral de los comensales, sobre todo del Monsieur de Xixeles, que no resultó ser otro que Jacques de Sores, que se quitó la

careta en un banquete, que ofreció al Conde y a sus mejores consejeros en la casa de las "Frágosas", que se mostraron muy ufanas de que un personaje "tan en-copetado" se dignara sentarse entre las dos. El Conde creyó que debía darle otro banquete para corresponderle. En los postres salió de nuevo a relucir la tragedia de Tzacorte, cosa que el Conde se atrevió a reprender, reproche que el pirata acogió con una indulgente sonrisa y que su lugarteniente Herr disculpó con la calumnia bien probada de que los Jesuitas habían muerto peleando. También se vistió con piel de cordero, cuando al tocar al angelus, las gentes se arrodillaban para rezarlo e invitaba a los franceses a hacerlo. El pastelero de Miguel Monteverde, que hacía de intérprete, les dijo que tal gesto era inoportuno y que no era tiempo de ello, originándose con este motivo una disputa entre él y los vecinos. Uno de estos le contestó: "*Nunca es tiempo para dejar de servir a Dios; mas, antes bien, ahora es más cómodo y deber*". Preguntado el de Sores de qué se trataba y enterado del caso, se quitó el sombrero y así permaneció hasta que terminaron de rezar, temeroso de que estallara la indignación popular. Esta se agravó, cuando estando varios luteranos en casa de unas mujeres, al ver allí unas imágenes, dijeron que no valían para nada; uno de ellos tomó pan y, enseñándolo a un crucifijo, dijo:

-Si Tú eres, Dios, cómelo, como yo lo como.

No contento con tal grosería, asió un gran palo y lo enarboló para golpear la sagrada imagen; mas no tuvo tiempo para hacerlo, porque una de aquellas mujeres, con increíble rapidez, descargó sobre su brazo un tal fiero golpe con un garrote, que en prevención traía en la mano, que el palo del hereje saltó y rodó por los suelos. Ella hubo de salir corriendo y refugiarse en un palacio, donde la ampararon, no sin que el perseguidor lanzara fieros y amenazas de muerte, como varias veces lo intentó ejecutar, que hiciera si no se lo estorbaran. Estos y otros muchos incidentes hicieron que los más valerosos empezaran a armarse y a maquinarse planes de defensa y castigo para tales desalmados, al frente de los cuales se puso el propio gobernador de la plaza, Juan de Ocampo, quién llegó a proponer a los principales el plan de una matanza de los invasores en aquella noche. El Conde se inhibía del asunto y se iría al campo con su mujer y sus hijos. Monteverde, el Vicario Delgado y algún otro opusieron lo temerario e ineficaz del plan. Uno de los marineros trajo las reliquias que Sixto V había regalado al P. Acevedo, y se las dió a la hija de Juan de Ocampo, lo que encendió en él el más vivo deseo de vengar la sangre de los mártires, y se dedicó todo aquel día a reclutar, armar y encender el valor de los Gómeros para la empresa que meditaba. Con estos nuevos datos volvió a replantear el asunto ante los del Consejo. Monteverde y el párroco cambiaron de baterías

diciendo que era más caritativo pedir y obtener el rescate de los 28 cristianos portugueses, que el Sores había dejado entrever estaba dispuesto a negociar. El Conde apoyó de nuevo este parecer, temeroso, como estaba, de que se malograra el negocio de las 30 botas de vino a 17 ducados pieza, más una gabarra que el pirata prometía por otras cuatro botas más.

De esta suerte Jacques de Sores pudo reembarcar con los suyos y ya a bordo, dió órdenes de devolver a los 28 portugueses, entre los que venía el Maestrescuelas de la Catedral de Funchal y otro clérigo, a los que había amenazado vender como esclavos a los moros de Berbería, si no se acedía a su demanda de agua y vino.

Juan de Ruán.

Entre la marinería venía un jovea llamado Juan de Ruán, probablemente porque era natural de esta ciudad, capital de la Normandía, llamado por los testigos "un Francesito". Debió de ser católico en su infancia, o si lo era actualmente, en compañía de los Hugonotes se le había adormecido la fé. Lo cierto es que, debido, tal vez, al heroísmo que vió en los mártires de Tazacorte, o al fervor con que vió a los gomeros rezar el Angelus, aún en plena calle, adorar al Santísimo y salir por los fueros de su fé, no vaciló en declararse

católico y pedir lo que hoy se llama asilo político, pero que entonces era asilo religioso. Entró en la casa de Juan Sánchez Moreno, se declaró calólico, rezó las oraciones de la santa Iglesia, y rogó se le escondiese allí por cristiano y querer desertar de los Hugonotes. Su nombre fué pregonado por los franceses por calles y plazas, siendo, por fin, delatado por el mulato López. El Conde se vió en un aprieto y esta vez le vino a sacar de apuros el Regidor Alonso Ramos, que le dijo que por salvar a uno, no se debía exponer al pueblo. Sólo que con el interés del pueblo se mezclaba también el del Conde. El "francesito" fué entregado a los sicarios, que llegando al barco le "estropearon" y dieron muerte. Esta es la única sangre que se vertió en esta ocasión; pero no habían de pasar muchos meses sin que estas indecisiones y cobardías costaran la destrucción de toda la ciudad y la sangre de no pocos de sus hijos, envalentonados, como quedaron los herejes con la conducta vacilante de un jefe y de un pueblo mal conducido.

Crítica.

Através del episodio se transparentaba que toda la vida del pueblo estaba animada de la idea cristiana y que la fé se vivía por calles y plazas; sin respeto humano. Y que la caridad no estaba ausente de la fé, lo prueba el hecho de que el pueblo renuncia a su venganza por salvar la vida de los 28 cristianos amenazada, o,

al menos, su libertad, por los herejes. Lo que no encajaba en el contexto de las Canarias y de la España de aquella época es la conducta del Conde, más amigo de doblones y ducados, de banquetes y saraos, de mujeres y descansos, que de Dios y de su pueblo, al que tenía indefenso, siendo así que no le faltaban ni los estímulos de la corona ni los corazones de vasallos valerosos, dispuestos a jugárselo todo, de haber estado bien dirigido.

Su obligación era alinearse codo a codo con las demás islas para defenderse de los piratas y proteger a los misioneros y colonizadores, que iban al Nuevo Mundo, y el comercio, que los herejes pretendían desarticular. Su escasa fé -no iba casi a misa, y cuando iba, llegaba tarde o se ponía a hablar, faltaba a vísperas y trabajaba y hacía trabajar a sus criados los domingos- le incapacitaba para solidarizarse con las islas hermanas y con la gran empresa nacional y católica en que estaba entonces implicada toda la región, solo atento a sus negocios o entregado al “dolce farniente“ de una vida de placeres, enemiga de todo lo que implica sacrificio.

La Inquisición, a quién fué denunciada esta conducta por los palmeros, hizo poco después acto de presencia en San Sebastián, de cuyo proceso y de la relación que el Padre Pedro Díaz hizo, informado por los 28 prisioneros libertados, sabemos todos estos curiosos

detalles. Las sentencias fueron benignísimas, atendidas las difíciles circunstancias.

Este capítulo ha querido ser como una cala vertical en el catolicismo de nuestras islas, en que se ve a aun pueblo fundamentalmente cristiano, que si en una situación crítica está algo desorientado y mal conducido por sus dirigentes, termina por encontrar su ruta de nuevo en la fé, que un año más tarde sabrá sellar con su sangre.

Visión horinzotal de nuestro Catolicismo en los siglos XVI y XVII.

No es posible seguir paso a paso el desarrollo del Cristianismo en nuestras islas; pero la cala vertical, que acabamos de hacer de él a través del episodio de S. Sebastián, da una idea de cómo fué penetrando las estructuras de nuestro pueblo y de su caracter militante, que lo podemos extender al primer tercio del XVIII. Por esta época Gran Canaria tenía unos 40.000 habitantes, Tenerife, unos 66.000, y el resto hasta unos 160.000. las demás islas, todos ellos cristianos, no sólo practicantes, sino en gran parte fervoroso. De lo que significaba la Religión en nuestras islas por estas calendas y del grado de su cultura religiosa nos pueden dar idea las parroquias y su numeroso clero adjunto, el número fabuloso de ermitas, una casi en cada caserío, y el medio centenar de conventos, desparramados por todas las islas

y casi todos ellos pobladísimos, A fines del siglo XVIII un viajero francés, que recorrió las islas en plan de explorador, hacía subir uno y otro clero a la fabulosa cifra de 3000, en su inmensa mayoría nativos, dedicados unos a apacentar el rebaño, otros a enseñar en las catedras, y otros a misionar dentro y aún fuera de las islas. Fué menester que pasaran como una apisonadora sobre nuestro Catolicismo los siglos XVIII y XIX-1736-1936- para que sus grados y quilates quedaran rebajados por el agua de la indiferencia o de la incredulidad religiosas, que es lo que lo vamos a estudiar en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVII

El Siglo XVIII

Entre todos los siglos este es el más nefasto para el cristianismo y todo el orden sobrenatural

En él queda vertebrada la más destructora y larga, de todas las persecuciones, casi siempre incruenta, porque, más que mártires, quiso apóstatas. Astuta y solapada, se viste de arreos literarios y se enmascara con una filosofía y atuendo científico, que, sin profundizar nada, lo abarca todo, y que, por lo mismo, tiene más capacidad de invadir y ser captada por la masa y de que en ella se dé al plueblo gato por liebre, bajo la fácil y brillante superficialidad y del airón de la burla, del chiste fino de mal gusto, de la adulación que incensaba al tirano de turno, llamárase "Monarca Absoluto" ó "Pueblo Soberano", y otras armas no menos eficaces: calumnias, falsificaciones históricas, sofismas de una filosofía barata y todo el arsenal recogido y catapultado

en la Enciclopedia contra todo lo divino, que se pretendía desbancar, para erigir y entronizar en su lugar a la diosa RAZON, que quedó erigida en *suprema lex credendi et agendi*. Fué en este siglo cuando la Masonería quedó vertebrada y asumió la tarea de sustituir lo sobrenatural por lo natural y “apagar las luces del cielo“, como más tarde diría Bibiani, uno de sus más calificados corifeos, levantando como bandera el triple lema: *Libertad, Igualdad y Fraternidad*“, desvinculado y vaciado, por supuesto, de sus raíces evangélicas, que es como la “trinidad“ de la nueva religión. Su biblia fué la Enciclopedia, sus santos padres, Voltaire, D'Alembert, Diderot, Volney, Holbach y sus epígonos de cimonónicos. Reconoce como hijo legítimo y predilecto al liberalismo y sus secuelas desintegradoras, que se llaman “democracia parlamentaria“, y “capitalismo burgués“, y, por bastardos, por reacción, al “socialismo“, con sus epígonos de “democracias populares“ de todas clases y el “capitalismo comunista“, cuyos frutos agraces, de una y otra progenie estamos disfrutando, apresionados en los dos brazos de esa gran tenaza -capitalismo y comunismo- que trata de cascar “la nuez“ de las creencias y estructuras cristianas.

Su influencia en Canarias.

Empezó por salpicar a la clerecía; luego se corrió a las tertulias y grupos intelectuales, desde donde saltó

a las capas inferiores, si bien la fé de los influenciados aminorò su eficacia y le quitò el descaro en la mayoría de los casos. Tipo de este enciclopedismo fué nuestro Viera y Clavijo, de quién cantò el poeta Verdugo que "a Voltaire traduce y a Cristo reza". Como consecuencia de ello, la fé quedò un tanto desmedulada, la ignorancia religiosa más extendida y la incredulidad incrustada en grupos activos, encabezados por la Masonería y, más tarde, por la acción de estos activistas, en extensas capas sociales de nuestras ciudades. Los hechos en resumen fueron estos:

a) EL JANSENISMO.

Esta insidiosa herejía se infiltrò de fronteras acá por medio de los abates franceses y se instalò en algunos españoles, que siempre los hay más atentos a las novedades, sobre todo, si vienen de fuera, que a la sana teología, preparando con ello la invasión enciclopédica, que completó su obra destructora.

La herejía llegó a Canarias en la persona del Dr. Antonio de Torres, Secretario del obispo Joaquín de Herrera, quién le confiò la organización de los estudios del Seminario, que fundò e instalò en la Casa de los recién expulsados Padres de la Compañía de Jesús. Taimado y astuto, al esliilo de los de su secta, pudo sorprender la buena fé del prelado, que se abandonò en su saber teológico, mientras él se inhibió de su gobierno,

excesivamente atareado con los múltiples problemas de la diócesis, dejando en el Santuario de Teror, en la S. I. C. y en hospital de San Martín insignes muestras de su piedad y de su munificencia, impulsando su construcción a expensas de su propio peculio y recursos.

Entretanto su secretario, durante cuatro años -1779-1.783- pudo hacer y deshacer a su talante en el Seminario, introduciendo, con gran desprecio de la Teología tomista, las "*Instituciones teológicas*" del Arzobispo de Lión y otros autores inficionados, como él, del virus de la secta. Y, si bien el Dr. Martínez de la Plaza, sucesor del obispo Herrera, cisterciense él y santanderino, descubrió las artimañas de Torres y desterró la falsa doctrina, esta volvió a levantar cabeza y a entronizarse en el tiempo de su sucesor, Antonio Tavira, afrancesado, admirador de las Instituciones y fautor de la secta. De él dice Menéndez y Pelayo:

"Era tenido por el corifeo del partido jansenista en España, de ingenio ameno, predicador elocuente, académico, sacerdote ilustrado y filósofo, como entonces se decía, amigo de Meléndez y de todo los poetas de la escuela de Salamanca y muy amigo también de los franceses durante la guerra de la Independencia, logrando así que el General Tibault, gobernador y tirano de Salamanca, le llamara el Fanelón español",

Desgraciadamente, cuando en 1.796 fué trasladado de Canarias a Osma y luego a Salamanca, ni Ver-

dugo en su largo y fecundo episcopado, ni sus tres sucesores, de corto pontificado, -Cano y Almirante, Bernardo Martínez y Judas Tadeo Romo- tuvieron el temple de Martínez de la Plaza para barrer las heladoras doctrinas del jansenismo. Fué menester que empuñara el báculo de la sede canariense el gran obispo Codina, hombre docto, de la fé íntegra, hijo espiritual de San Vicente de Paúl, que fué el más eficaz debelador de la secta en sus orígenes, para que esta doctrina quedara definitivamente expulsada de las aulas del Seminario y volviera a instalarse en ellas la doctrina católica. Se comprende que en este medio siglo largo de vigencia jansenista en el corazón de la piedad canaria -que era el Seminario, donde no sólo se formaba el clero, sino lo más selecto de la intelectualidad- dejara la secta su huella nefasta en la religiosidad del pueblo y clero, que tan mala impresión causó en aquellos dos ilustres y apostólicos varones, que fueron el obispo Codina y San Antonio M.^a Claret, que echaron los fundamentos de la renovación de la iglesia canaria, este con sus misiones de resonancia apostólica y popular, y aquel con la organización del Seminario, del Clero parroquial y catedralicio y con la entrega extraordinaria de su heroica y renovadora caridad. Sabido es que el principal hincapié en el campo de la piedad lo ponía la secta en el excesivo respeto al Santísimo Sacramento y al apartamiento de los fieles de la comunión frecuente. No es de

extrañar que los sagrarios sólo se abrieran en tiempo de la Pascua y que muchos se negaron a recibir el Viático, a causa del excesivo aparato de que se le rodeaba. Más tarde los Masones llegarían a juramentarse para no llamar al sacerdote ni en la última hora. Y, si en la diócesis canariense el mal empezó a remediarse con la nueva generación sacerdotal iniciada por el P. Codina, no así en la de Tenerife, donde todavía hasta bastante entrado este siglo, eran muy pocos los hombres que, fuera de la Pascua, se acercaban a comu'gar. Representante de esta tendencia fué el cura Díaz, gran filántropo, gran mason y gran santón de la secta liberal jansenizante, quien, debido a estos méritos, se ganó el que sus amigos le levantarán un monumento en lo más visible de la ciudad, delante de la iglesia del Salvador, de la que fué párroco durante muchos años. Fué menester para que variara el clima religioso y de la diócesis nivariense, y despegara del indiferentismo la llegada de obispos de la talla de un Rey y Redondo y de un González-Menéndez Reigada con las nuevas comunidades religiosas de uno y otro sexo y los movimientos de asociaciones, centros de Adoración Nocturna, Juventudes de A. C. y demás ramas de la A. C. por ellos implantadas y promovidas.

b) El Enciclopedismo.

Otro impacto funesto en nuestro calolicismo fué

la huella que el Enciclopedismo dejó en nuestro pueblo. Durante el siglo XVIII todo lo que venía de Francia era bien recibido. París se había erigido en capital del saber y del buen gusto, que se imponía a la sazón en Europa. Lo mismo para los intelectuales de la Península que de las islas, el meridiano de la “cultura” pasaba por París. Algunos de nuestros obispos pagaron tributo a su dictadura, lo mismo que los más eminentes de nuestro presbíteros, como Viera y Clavijo, y el grupo de los diputados doceañistas, capitaneados por D. Antonio Padrón, que trabajaron con entusiasmo para derribar y suprimir el Tribunal de la Inquisición, tan odiado y calumniado por todos los enciclopedistas, de cuyas calumnias todavía viven los que, por pereza mental, que se niega a investigar, se contentan con repetir lo que ha dicho los falsificadores.

Viera y Clavijo, y Clavijo y Fajardo (1) y otros

(1) Este curioso personaje en su larga estancia en París mantuvo contactos personales con Voltáire y Buffon, cuya *Historia natural* tradujo al castellano, “con bastante pureza de lengua.” y en general “todas las obras, cuya difusión se consideraba útil en aquel tiempo de literatura reglamentada.” Y el tiempo era el del Conde de Aranda y Grimaldi, que le dispensaban su protección y le abrieron las puertas de la Corte. De París regresó tan teñido de Enciclopedismo que la Inquisición hubo de encausarle por “sospechoso de naturalismo,

deísmo y materialismo,“ asignaturas en que eran maestros y abanderados sus amigos ultrapirinaicos. Este “desmedulamiento“ de la Religión le incapacitó para entender la grandeza de nuestra literatura clásica y, en especial, la de las Autos Sacramentales.

intelectuales tuvieron contacto epistolar y aún personal, en sus viajes al extranjero, con Voltaire y otros enciclopedistas, cuyos libros inundaron las bibliotecas de las Sociedades de Amigos del País y de muchas bibliotecas de particulares. de La Laguna y Las Palmas. Yo he visto con mis propios ojos no pocas de estas bibliotecas, engalanadas con las lujosas y espléndidas encuadernaciones de este terrible arsenal, dirigido a derribar y socavar, con el prestigio de su firma y de su lenguaje, el edificio del mundo sobrenatural. Y si no logró del todo su intento, fué gracias a la fé y a la piedad de sus lectores, a que estos no eran muchos y que aún éstos, sin penetrar el sentido de sus máximas, se dejaban arrullar por la galanura del estilo o por la mordacidad de la burla.

c) Liberalismo y Masonería.

El espíritu de la Enciclopedia y el Jansenismo fueron *preparando los caminos al liberalismo* y a su instrumento de acción antirreligiosa. la Masonería, hijos legítimos uno y otro de la Enciclopedia, cuyos caldos de cultivo se fabricaron en Inglaterra, se cuajaron en Francia y desde allí se propagaron por todas las latitudes. En este terreno, el archipiélago siguió las vicisitudes de la Península. Sin embargo, un mayor contacto con Inglaterra preparó el terreno a la Masonería, de la que se instalaron centros muy activos en Santa Cruz de la Palma, y, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, con centros secundarios en Valverde del Hierro y tal vez en la Gomera. Al menos había algunos miembros conocidos de la secta. La mayoría del clero, capitaneado por el obispo y el cabildo catedralicio, hijos de la Ilustración del siglo XVIII, dieron su visto bueno a la Constitución liberal, inspirada en las ideas de la Revolución francesa, salida de las Cortes de Cádiz. No faltó sin embargo, quién viera los peligros que para la Religión y la Patria iban a sobrevenir de semejante tendencia y no tardó en cuajar un grupo tradicional, quedando el país dividido, al igual que la península, en dos bandos, que durante todo el siglo XIX no cesaron de zarandear y desgarrar a España, estacándola o apartándola de su vocación en la historia. Hacia 1.820 las posiciones estaban tan radicalizadas que la facción dominante no ce-

saba de hostilizar a la otra hasta que se volvían las tornas. En 1.823 la facción realista reaccionó contra la liberal,alzada eutonces sobre el pavés político, porque se esparció el rumor de que querían robar las iglesias e incendiar los conventos, á pesar de las manifestaciones pacificadoras de las autoridades eclesiásticas. Todo el Sur, desde Arguineguín hasta Telde se alzò en armas, milicias y pueblo. Capitaneados por Matias Zurita y, armados con palos, azadas, picos y hoces, salieron al encuentro del jefe liberal, Fernández Castañón, que había acampado con sus tropas y cañones en las lomas de Gallego, sobre los Caserones. Las milicias se pasaron al bando liberal y el pueblo quedó unicamente al amparo de su rudimentario armamento, que le sirvió de poco, a pesar de su resistencia de tres días, ante los cañones de Castañón. Varios murieron en la refriega; Zurita fué arcabuceado, muriendo dando vivas al Rey y mueras a la Constitución; Suárez Gil fué salvado por su mujer, que tuvo la sangre fría de ocultarlo a los ojos de los esbirros, cubriéndole con un montòn de carozos en un rincòn de su casa; por fin, todo el pueblo tuvo que pagar una contribuciòn de guerra de 2.000 pesos, que hubo de tomarse del fondo de las ánimas y del secuestro. Dos meses después, caían los liberales y subían los realistas y la facción de Zurita. Y así durante casi todo el siglo XIX, con predominio casi absoluto de los liberales, que difundían en todos los tonos la indiferen-

cia y la irreligiosidad.

En 1.826 el santo obispo Fernando Caño y Almirante trajo a unos misioneros a Las Palmas, los cuales levantaron su púlpito en la plaza de San Francisco, gesto que sacó de su quicio a los sectarios, que, en "nombre de la Libertad", organizaron una despiadada cencerrada, con cantos fúnebres, bajo las ventanas del Palacio episcopal, en que el obispo estaba agonizando, indigna cosa, si se tiene en cuenta el inmenso amor que este obispo tenía a las clases populares, especialmente a los enfermos del hospital de San Martín y a los pobres desamparados del edificio anejo, en cuyo favor mandó vender sus vestidos y cosas de su pertenencia, una vez que falleciera, después de haber gastado con los pobres todo su peculio particular.

c) El Inmenso Latrocinio.

Ocho años más tarde el judío y mason Mendizábal se incautó en favor de "unos cuantos vivos", de todos los bienes de la Iglesia, que llamaron de "manos muertas", con los cuales se sostenía, además del culto, toda la Beneficiencia y la Enseñanza de casi toda la nación. De este "inmenso latrocinio" las arcas del Estado sacaron "los cuartos, convenidos" con los que los quisieron dar -los grandes latifundistas de hoy-, a cambio de su adscripción al régimen, que de esta innoble suerte quedó apuntalado, mientras que los que perdieron fueron, además de la Iglesia, los pobres y los estudian-

tes, que se quedaron sin multitud de centros docentes y sin las muchas ayudas de becas y libros que la Iglesia les daba. De esta suerte "encendian las luces" los que en todos los tonos del pentagrama pregonaban el obscurantismo de la Iglesia. Y quedaron mudos y desterrados los profesores de Gramática, Retórica, Filosofía y otras ciencias de los conventos de S. Agustín. Sto. Domingo y San Francisco de Las Palmas, del colegio de los Jesuistas, de los conventos de Telde, Agüimes, Guia, Firgas y Gáldar, los de Teguiise, de Lanzarote, y de Franciscanos de Fuerteventura, más los dos de Dominicos que había en cada una de las islas de La Palma y la Gomera, lo mismo que el de los dominicos que había en el Hierro. ¿Y qué decir de Tenerife, donde un sólo plumazo quedaron desiertos 25 conventos, casi todos ellos centros de estudios, tres de categoría universitaria, y sus profesores echados de ellos y expatriados, pues la mayoría eran autóctonos?. Hasta el clero secular quedó notablemente disminuido. A principios de siglo un explorador francés calcula en tres mil los sacerdotes y religiosos que había en las siete islas, pero diez años después del "latrocinio", el historiador D. Vicente de la fuente dá a las islas un sacerdote por cada 7.000 fieles, que era un total 234.890. Muchos conventos se convirtieron en cárceles, juzgados, cuarteles, casa de expósitos y cosas así, pues es ya sabido

cuando disminuye el termómetro del temor de Dios, por fuerza ha de subir el del temor a la fuerza pública. Todavía en el día de hoy el cuartel, en que se convirtió el convento de S. Francisco de Las Palmas, está luciendo los muñones de sus ruinas. No es fácil calcular los ingenios malogrados en este casi siglo y medio que la vesania masónica tuvo desterrados de aquéllos claustros a alumnos y profesores.

Si bien en el episcopado del P. Codina hubo un respiro en su primera etapa, en que logró reorganizar su clero y las fuerzas vivas de su esquilmada diócesis, en la segunda hubo de enfrentarse con Espartero, lo mismo que hubieron de enfrentarse sus sucesores con la revolución de 1.868 y la república de 1.871, en cuya etapa lo que se salvó de Mendizábal estuvo a punto de desaparecer. Así en Telde no faltó un alcalde masón y concubino, que juzgó ser cosa muy progresiva derribar la ermita de S. Sebastián, vender su solar,, apropiarse de su precio y, luego, sentar en las actas del Ayuntamiento que el producto de la subasta lo había empleado él en "cosas del Municipio". Ni que decir tiene que entre estas "cosas" estaba su concubina! La ermita contenía un tesoro artístico y arqueológico de gran valor y el afecto cuatro veces secular de los teldenses, desde su fundación en 1.490, año en que se fueron á conquistar y se ganó la isla de La Palma, y dos años antes que Colón "pasara por las azules y tranquilas aguas de

nuestros mares camino de las Américas“, (H. B. Pg. 178). Cuando no hay temor de Dios, se erigen altares a los “dioses falsos“, llámense concubinas o diosa Razón, que tanto monta, y ante ellos se sacrifican lo más altos intereses de los pueblos.

Pero era menester arrebatar al pueblos la influencia de la Iglesia y aislarla de él, para su más facil des-critianización y poderle utilizar mejor para sus fines políticos, convirtiéndole en “material revolucionario“. Para ello se la empobreció, se la esclavizó, se la desar-mó, privándola de las Escuelas Universitarias por ella organizadas, y de las obras benéficas fundadas por ella, y se la imposibilitó para sus obras sociales y apostólicas, y luego, se dijo al pueblo que la Iglesia era la gran culpable de su retraso y de todos sus males. Más tarde, los sucesores -los sedicentes amigos del pueblo, republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas y otros istas-no menos impíos, pero con menos tapujos, -propagaban con evidente engaño, que la Iglesia era amiga de los ricos y que dejaba a los pobres en la estacada. El que tenga tiempo y paciencia para leerse los periódicos y libelos de este siglo nefasto -1.823-1.923- con sus años epígonos 1.930- 1.936. después de avergonzarse de tanta “bazofia“ y “porquería“, se asombrará de que con tales propagandas escritas, subrayadas con los gritos y puños de los centenares de mítines arrabaleros en los Clubs, casinos, casa del Pueblo y hasta teatros, pudie-

ran sobrevivir los más elementales principios de la vida cristiana.

La "Ilustración", que en el siglo anterior, aunque con ribetes volterianos, vestía sotana y se llamaba en Canarias Viera y Clavijo, Gordillo, Graciliano Aonso y Albiturria . . . en el siglo XIX no sólo se secularizó, sino que se alzó contra lo "sagrado y Católico", que constituía el *substratum del alma nacional*.

El instrumento de este crimen.

Instrumento de este crimen, solapadamente las más de las veces, y abiertamente, las menos, ha sido la Masonería, que en los dos siglos largos de su vigencia hispánica no ha cejado en su terrible empresa de "desmedulamiento del alma nacional"; *al descatolizarla*, la incapacitó para mantener su independencia y hacer frente a sus dificultades interiores y exteriores, y la ha mantenido maniatada al servicio y dictado de las grandes potencias masónicas, que se llaman Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Casi todos los gobiernos y altos cargos de la nación en esta época han sido puestos, manejados o derribados por esta superpotencia tripartita en una o en otra forma. Y si algún ministro, debido a su recia personalidad, se escapó a sus manejos, jamás la terrible secta permitió que éste fuera el de Instrucción Pública, como se llamaba al hoy de Educación y Ciencia. Ella, la Masonería, fué la gran culpable del desas-

tre colonial, que fué alentado por las logias, tanto peninsulares como hisanoamericana, que los liberales españoles, a una con ingleses y norteamericanos, fueron sembrando como un siniestro rosario por tado el Nuevo Mundo, terminando con la venta de los restos al gran cololoso del Nortè, venta que, además costó una guerra, que fué menestester fingir para cohonestár el fraude. Lo curioso es que luego se las han arreglado para que la historia se escriba de otra manera y para cchar la culpa a la Iglesia, "fanatizadora", dicen, del pueblo y rémora del "Progreso", cuando la verdad es que la Iglesia y el pueblo español han sido las dos víctimas de la tiranía masónico-liberal del siglo XIX, como lo fué por la tiranía masónico-marxista del siglo XX.

En Canarias la secta hizo lo suyo. Sin ser tan violenta como en la Península, desde los puestos claves, que detentaban en los negocios y cargos públicos, sembró la indiferencia religiosa en grandes sectores, principalmente en Las Palmas, Sta. Cruz de Tenerife, Sta. Cruz de La Palma, Puerto de Cruz. e incluso, Valverde del Hierro.

Los grandes obispos del siglo XIX.

En un clima así el trabajo pastoral resultaba extremadamente difícil y heroica. Pero en tales casos el Espíritu Santo, suele soplar fuerte y en Canarias lo hizo de un modo hatico visible, enviándonos obispos de la talla de Bernardo Martínez. (1.827-1.834), Judas Tadeo Romo, de quien nada menos que Azorin hizo grandes alabanzas, (1.834-1.845), Buenaventura Codina, el héroe del cólera, (1.847-1.857, Lluch y Carriga 1.858-1.868), J. M.^a Urquinaona, el del Concilio Vaticano (1.868-1.878), José Pozuelo (1879-1.890), José M.^a Cueto (1.891-1908), Pérez Muñoz (1.909-1.913), Marquina (1.913-1.922), Serra y Socarats, mártir de la Revolución marxista (1.922-1936) Pildain (1936-1968), más los obispos nivarienses Rey Redondo (1890-1.917), Menéndez Rodigada-1.925-1.948) Pérez Caceres, el obispo hidalgo y el gran amigo de las clases populares. Todos ellos fueron grandes promotores del bien religioso y del bien social y abnegados defensores de él contra los embancadores y propagandistas del mal.

CAPITULO XVIII

Todavía Cristo en su pueblo.

A pesar de todas estas ideas entre los dirigentes y otras propagandas que se hicieron en los bajos fondos sociales de las ciudades, a caballo de los siglos XIX y XX, Cristo ha seguido viviendo en el pueblo, a veces de un modo casi milagroso. Vamos a transcribir en este capítulo algunos trozos de esta vida de Cristo en sus miembros más humildes.

**Una geografía por donde pasó Dios mas de 50 veces
en 25 años.**

Si el lector quisiera contemplar un panorama de fantasía y maravilla, no tendría más que subirse a la plataforma del Campanario y dar, muy despacio y los ojos muy abiertos, una vuelta sobre sus talones. En el horizonte vería a Tenerife con su Teide; algo más cerca el mar, a ratos azul y a ratos ensabanados de nubes, y

orlando de blanco la redondez de la isla, y, luego, de mar a cumbre, las poblaciones costeras y abruptos parajes, que culminan bajo los piés del contemplador. Y, si de nuevo, se pone de cara a Tenerife, contemplará el tremendo alboroto geológico que es la inmensa caldera de Tejeda, por alguien comparada a una "tempestad petrificada", que por el éste cierra el sistema basáltico, que el Nublo corona y que da origen a los dos gigantes brazos que se dan la mano ya cerca del mar en la Aldea de San Nicolás, después de haber atravesado, por un lado, Artenara y el pinar de Tamadaba y, por el otro, los riscales del Toscón y los pinares del Pajonal. Este inmenso abrazo aprisiona la sierra y roque del Bentaiga, que la parte en dos, juntamente con sus barrancos cortados y profundos y los múltiples caseríos que Dios y los hombres han ido prendiendo con el correr de los tiempos por sus valles, rincones y laderas.

Dios vivía en toda esta geografía y era el miembro más importante de todas las familias, con quien todos contaban a todas las horas, en especial al terminar el día, que se coronaba con el rezo del Rosario. Los Domingos todas las veredas se llenaban de gentes, que se dirigían a la parroquia o a las ermitas, donde se decía la misa, acto en que empleaban dos, tres y hasta cuatro horas, sin que se les ocurriera excusarse por las largas distancias, las muchas ocupaciones o los hijos, porque todos ellos iban delante de los padres. Para

ellos la Misa era cosa muy importante y sagrada y lo más importante de la semana.

Por eso, porque Dios vivía en esta geografía, no será muy exacto decir que durante el primer tercio de este siglo bajó y se paseó por ella más de 50 veces para escogerse y llevarse para el seminario, para la doble familia vicensiana o para otras familias religiosas a los que le plugo y quiso. Sería mejor decir que hizo allí resonar su voz y ellos y ellas dijeron que sí al divino llamamiento.

El hombre de Dios.

Esto podía ser así, porque el sacerdote y el religioso eran tenidos como verdaderos representantes de Dios. Un hombre de aquella época, pero que vive también en estos días, me decía el pasado año: *"Una sotana vale más que todo Tejeda"*. Para el un sacerdote tenía una cotización más alta que todo lo que pudiera haber de valor en todo Tejeda. Cuando yo era pequeño los misioneros eran recibidos por aquellas gentes como Jesús en Jerusalén. Le salían a recibir por todos los caminos y les arrojaban flores, les decían versos, y les daban vivas con una fé y entusiasmo difícil de explicar. Hoy la comunicación con el exterior, la más fácil llegada del espíritu de la ciudad, menos religión y hasta la misma facilidad que hay en estos caminos, ha hecho bajar el diapason espiritual. Dios vive menos entre

los vecinos y su voz no resuena con aquel timbre removedor de antaño; y cuando se le escucha, no se la sigue con tanto entusiasmo. Pero esta era la tónica general; es menester describir la vida de Dios en las gentes de estos caseríos con hechos concretos.

¿Que no existe Dios?

Me lo contaba el tío Juan Andrés en 1.942, si bien la cosa había ocurrido diez años antes en el primer bienio de la República atea y persiguidora de la Religión. Había caído por allí un maestro comunistoide con ínfulas de científico. Pero un día los mozos de la sesión nocturna, sin más instrucción que la recibida de sus padres y el sentido común y cristiano, le dieron la repuesta que merecía.

¿Quién hizo al mundo? les preguntó;

-Dios lo hizo, maestro.

-Así se respondía antes, replicó el “dómine”; pero ahora la Ciencia ha descubierto que Dios no existe.

-Entonces, ¿quién le hizo?

-La ciencia nos explica que lo hizo la atmósfera. (Como si la atmósfera no fuera parte del mundo).

-Y la atmósfera, insistieron los chicos, ¿quién la hizo?

-La atmósfera es un producto de las atracciones y repulsiones de la luna y el sol.

El estilo campanudo de esta repuesta no amilanó a los chicos, los cuales insistieron:

-Y a la luna y al sol ¿quién los hizo, maestro?

La lógica de los chicos era aplastante. Alguna causa tenía que tener el mundo; el maestro se enmarañaba cada vez más, y optó por la tangente:

-Vosotros, les dijo, poniendo punto final a la discusión, sois unos preguntones: tenéis que fiaros de la Ciencia del maestro.

Pero los chicos se fiaban más de la ciencia de sus padres y de lo que les decía el Catecismo.

Desde este día el maestrillo de marras se quedó sin discípulos, los cuales siguieron manteniendo en alto la antorcha de la fé que recibieron de mayores.

La Señá Maria Antonia.

Una de estas mantenedoras y reactivadoras de la fé por estos lugares fué la Señá M.^a Antonia, durante más de medio siglo. Era como una santona. Fué madre de muchos hijos y abuela de muchos nietos y biznietos, que por múltiples enlaces se multiplicaron y despararraron hasta desbordar la geografia de Tejeda y llegar a Las Palmas y costa del sur. Era mujer de misa, de rosario y de oración frecuente y fervorosa. gran predicadora de la virtud y hasta profetisa. Inició la construcción del cementerio de la Solana y predijo que ella sería la primera en ser enterrada en él, y así fué.

Cuando le llegó la hora del “gran viaje“, estaba en la Solana, pues era Domingo; terminada que fué la misa, en que, como de costumbre, había comulgado, fué invitada a comer por unos familiares: ella respondió:

-Esta tarde me voy a morir y quiero morir en mi casa.

Subió la áspera y empinada cuesta del Espinillo y llegada que fué a la casa, comió con todos los hijos, les echó su último sermón, que fué como su testamento espiritual, se lavó, se puso los vestidos más nuevos y limpios, se metió en la cama, en ella se puso de rodillas, y empezó el rezo del rosario, cosa que siempre había hecho a través de su dilatada vida de más de 80 años; y rezando entre la divina y armoniosa algarabía de padrenuestros, avemarías, gloriapatris y letanias, su alma sencilla y fervorosa se fué al cielo a recibir la corona y tomar posesión de su reino.

Uno después de otros.

Uno de sus hijos fué Damián. Cuando llegó la hora se fué a echar raíces a las sombras del Nublo, casándose con una joven de Timagada. Carmen Jiménez, madre de la joven esposa, era alma gemela de la “santona del Espinillo“. Allí organizaron su familia al estilo de sus padres. El joven matrimonio fué bendecido por Dios con un grupo numeroso de hijos, hasta que un día Damián cayó bajo el puñal asesino en el barranco de las

Palomas. Como una mujer fuerte, la madre se hizo cargo de los hijos y no le faltó la asistencia e intercepción de la abuela, que a ojos vistas influía en el espíritu de la madre.

Un día esta puso a los hijos en fila, uno después de otros, de mayor a menor, y con decisión y como inspirada; les dijo:

-Así hijos rrios; en fila uno después de otros, os quisiera ver muertos antes que en pecado mortal.

¿Influjo de la anécdota de Dña. Blanca de Castilla con relación a San Luís? No es probable. Estas gentes no tienen más libros que el catecismo, El Camino Recto o el Ancora de Salvación. Y como Dña. Blanca de Castilla a Maria Jiménez los deseos se le convirtieron en realidad. Una de sus hijas, ya casi en los 40 años, me decía con todas las garantías de sinceridad, que “dándose ella cuenta, no recordaba haber cometido jamás un pecado mortal”

¿Y del otro Damián el nieto?

De Damián, el nieto de la Señá M.^a Antonia“, hay mucho que contar. Nació después del asesinato de su padre. Se crió al pié del Nublo entre los rumores del agua de las acequias y los rezos de la abuela Carmen, de su madre y de sus hermanos, sus idas dominicales a la iglesia de Tejeda y sus trabajos por los montes y cercados en busca del pan de cada día. que veía ben-

decir en la mesa común y frugal comida familiar.

Cuando le llegó el turno, puso su nido en Gáldar y allí vé crecer la ninada, que él cuida con mimo fervoroso y con la mirada puesta en el Padre que está en los cielos. El sabe que “representa a Dios en su casa” y que sus hijos los recibió de Dios en depósito con la misión de devolvérselos bien guapos y preparados, cuando El quiera llevárselos a la “Gran Casa de todos”. A veces hay tensiones en sus hijos entre el deber y el capricho: pero él sabe serenar la marejada y meter el deber en la vida de los suyos sin acudir al palo ni a los gritos.

Así, un día llegó llegó la hora de cerrar el botón de la tele, porque con el “famoso rombo “había puesto el disco rojo para sus pequeños. Uno de ellos protesta y asegura que, si no le dejan ver la película, no rezará el rosario. El padre insiste y el pequeño se va a la cama malhumorado y sin hacer siquiera la señal de la cruz. Damián deja que el ambiente se serene y, luego, alzando un poco la voz, de suerte que el pequeño le oiga, dice a los otros:

-Vamos, hijos míos, a rezar nosotros; solamente las bestias se acuestan sin rezar.

Apenas había rezado tres avemarias, cuando el padre y los hermanitos del pequeño rebelde notan que se levanta de la cama, se pone de rodillas en el desnudo suelo y, con lágrimas en los ojos, dice:

-Perdóname, papá; pónme una gran penitencia por este pecado. Yo no quiero ser una bestia, sino un hijo de Dios. Te prometo rezar todos los días el santo rosario. Así me lo contó su hermana.

Aquel día había ganado Damián una batalla en la educación de sus hijos y sigue ganándolas todos los días, al igual que todos los días gana el pan para ellos.

Otro Jiménez con raíces en el Nublo.

Muy cerca de Damián y casi a la par suya vivía un cuñado suyo, que también tuvo hijos y trataba de educarlos como Dios manda. Para sondearle, le pregunté para qué quería él que estudiaran; respondió rápido y tajante:

-¡Ave María, cristiano! para qué he de querer yo que estudien? Nó dijo Jesucristo que "el que gasta su alma por El, la guarda para la vida eterna" y siguió citando textos del Evangelio con tal tino y acierto acerca de la dignidad de la carrera apóstólica que el asombro se apoderó de mí cuando me dijo que no sabía leer. Sus mismos hijos no pudieron ingresar en nuestro seminario misionero de Las Palmas, porque estaban muy atrasados en letras. Estas gentes saben escuchar al cura, comprenden y tienen memoria, que es, según el me dijo, cómo había aprendido a razonar de aquella manera.

En la Culata.

La gente vive en los orígenes del Barranco de Tejada. Los contrafuertes del Nublo avanzan, se precipitan sobre la amplia cuenca y las casas se encaraman laderas arriba, sombreados sus patios por las ramas de las parras y de las higueras, que rememoran las bendiciones de la felicidad bíblica. A su sombra el descanso es grato. De noche el paisaje recobra un aspecto fantástico. Una tarde, puesto ya el sol, les decía misa en una casa, que bordea la carretera. En frente se erguían como dos torreones de una fortaleza roquera, y entre ellos y dominándolo todo, el Nublo, que hacía de campanario de aquel inmenso templo. La celeste bóveda, presidida por la luna y tachonada de estrellas, parecía tan cercana que parecía casi tocarse con la mano. Cuando la blanca hostia se alzó en aquel contexto geográfico y eclesial-los fieles llenaban la sala de la casa, sus pasillos, su doble escalinata y hasta parte de la carretera- la presencia de Dios se hizo tan tangible y su encuentro con el pueblo llegó a ser tan íntimo y susurrante que se le sentía y palpaba.

La casa que Dios bendijo.

Aquella noche me quedé en casa de D. Cristóbal. Eramos de la misma edad y de la quinta del 21. Su padre se llamaba también Cristóbal, ascendientes espirituales ambos de aquél *“que llevó a Cristo”*. Un día vióle meterse por su casa de dos maneras.

Por aguas de Mogán pescaban unos valencianos; pero uno de ellos, mozo de 20 años, lo que pescó fué unas viruelas negras, y se echó a andar tierra adentro en busca de un remedio, llegando a la Culata en estado fabricitante en medio de un aguacero. El agua y el viento le empujaron hacia las casas en busca de refugio. Al verle así, toda la gente quedaba paralizada de terror y le cerraba las puertas. De esta suerte, rebotado de casa en casa, llegó a la de “chó” Cristóbal, implorando la caridad de un rincón.

-No faltaba más. replicó el entonces casi mozo y hoy ochentón Cristóbal padre, en esta casa nunca se ha cerrado la puerta a nadie; tampoco se la voy a cerrar a Ud. aunque venga así. Entre, y que Dios nos salve a todos“. Y Dios los salvó a todos, a él y a su familia, de morir del contagio; y al valenciano. de morir como un perro, en descampado y sin sacramentos. Aquellos cristianos le metieron entre buenas sábanas, y le prestaron las atenciones que pudieron, y se fueron a Tejeda a buscar al Cura, quién le confesó, le dió el santo Viático -la primera Comunión que hacia- y le administró el Oleo de los enfermos.

-Esta casa, dijo el Cura, al salir, queda para siempre santificada y “benedecida“, porque *ha hospedado a Dios en ella en la persona de este enfermo, y en su misma persona en su divino Sacramento.*

Y la casa que Dios “bendició“, como decía la

dueña, que me contaba la anécdota, sigue bendecida y abierta a todo el que la necesita. Todos sus habitantes son sencillos, amables, acogedores y alegres. “Cuando D. Andrés nuestro párroco, me decía mi coetáneo D. Cristóbal, nos preguntó si se podríamos hospedar a Ud. le contestamos: *Nuestra casa Sr. Cura, sigue abierta*”.

Nuestra casa sigue abierta.

“*Nuestra casa sigue abierta*” ¿no podrá erigirse en bandera y consigna de caridad, de comprensión mutua y de apertura a todo lo grande y noble, que, brotada de las venas soterradas de nuestra vieja cristianidad, descendiera desde La Culata y lo llenara todo hasta remontar de nuevo las alturas de la santidad? ¿Hay algún sociólogo o teólogo aperturista que dé más?

Gentes miserables y miserables

Estas gentes de los barrios de Tejeda son muy pobres, “miserables”: trabajan mucho y recogen poco. Su piedad es extraordinaria. El centro de su piedad es la misa; alguien las ha calificado de “miserables”; así sin acento: apasionadas de la misa sin embargo, es de lo que más carecen. El otro centro de su piedad es el Rosario. Son raros los que se quedaban sin una u otra práctica. Dos anécdotas nos van a dar la medida en que estas gentes las estiman.

Sólo por fiebre.

Cuando yo pregunté a una mujeruca de Tejedá, que estaba en la Residencia Sanitaria del Seguro, si iba a misa, me respondió casi ofendida:

-Qué si voy a Misa? Mi bisabuela me dijo, y mi abuela y mi madre me lo repitieron muchas veces, que *sólo se debe dejar por fiebre*. A veces tengo que arrastrarme; pero voy.

Y a trancas y barrancas se ven ir a misa a viejos y cojitrancos, apoyándose en sus bastones, por trochas y malos caminos. Sólo se quedan los verdaderamente impedidos y con mucha "magüa" como ellos dicen.

En quince años de casado.

-Quince años llevo de casado, me dijo un hombre de la Culata, y creo que no llegan a tres veces las que he dejado el rosario. No podría dormirme, si me fuera a la cama sin hacerlo".

"A veces me ha dado tentaciones de no ir a misa, y es, cuando mi mujer y mis hijos se levantan a las tres y media para poder llegar al pueblo para la misa de madrugada, quedándome yo con los más pequeños; si cuando, al regresar ellos a las ocho y media, además de atender a los animales, me toca regar, a las seis de la tarde que es cuando este trabajo se termina, el cansancio es agotador; pero entonces tengo que salir de casa para poder llegar por muy ásperos caminos a la misa

de las siete y media. La tentación de quedarme en casa y tumbarme es fuerte. Tan cansado me encuentro. Yo lo sé. Yo sé que en estos casos la misa no me obliga; pero . . . Y aquí viene un “pero” positivo y heróico.

-“Pero entonces, prosigue nuestro hombre, yo me hago esta pregunta: “Si en la iglesia te fueran a dar mil pesetas, ¿no irías a cogerlas? ¿no vale más la misa que mil pesetas? Y lleno de vergüenza por tener que acudir a estas comparaciones, me echo a andar y camino por veredas y barrancadas mi hora larga, oigo misa, y desando la otra hora más larga y más dura, porque es cuesta arriba. Y llegando, ceno, rezo el rosario en familia y me acuesto tranquilo y duermo bien”.

A mí me gustaría que estos teólogos de nuevo cuño, que tanto critican y con tanto desdén miran la religión “tradicional” -la que se transmite de padres a hijos- me dijeran si la suya es tan nítida, tan honda, y tan heróica como la de estos hijos del pueblo. A mí desde luego, me gustaría muchísimo que al frente de cada familia hubiera uno de estos padres, que razonaran así, que obraran así y que dieran a sus hijos el testimonio de una religiosidad tan sencilla y humilde, tan llena de amor a Dios y tan heróica.

Con una cantera de hombres así.

Con una cantera de hombres así, que amen Dios más que a sus comodidades y su dinero, que *no puedan dormir si un día no rezan el rosario o si un domingo no*

oyen misa, que desean tener un hijo misionero o sacerdote antes que médico, o una hija religiosa que sirva a Dios en los enfermos y en los humildes, y que tenga su casa siempre abierta a todos los prójimos, *qué pueblo más formidable se podría construir y qué Iglesia viva se podría exhibir* como faro de espiritualidad, en estas inmensidades del Atlántico, en donde tantas ideologías se cruzan y entrecruzan, y que, a causa de nuestra poca ejemplaridad y de nuestro mimetismo y afán de parecernos a ellos, ven esfumarse la única posibilidad u oportunidad de acercarse a Dios.

CAPITULO XIX

Un cuadro de conjunto.

Cuando se estudia un cuadro de arte, está bien desglosarlo y estudiarlo en sus detalles; pero cuando se miran en su conjunto, es cuando se aprecia todo su valor y belleza.

Esto hizo D. Rafael Monje, cuando en 1.852, predicando en la catedral en las fiestas del 29 de Abril, haciendo un corto resumen de la historia cuatro veces secular de Canaria incorporada a Castilla en la fé, une brillantemente todos los elementos del cuadro y les comunica reflejos de eternidad. Los lectores leerán con gusto este trozo antológico un tanto abreviado:

“Desde que canarios y españoles, entonado y terminado el Tedeum de la conquista, se dieron el abrazo en torno a la cruz, la religión y la fé comenzaron a desarrollar la prosperidad pública, inoculando en los canarios la simiente de la virtud y de la moral, bases del progreso de los pueblos“.

“Como linda princesa que, al desposarse con un espléndido magnate, acrecienta el brillo de su antigua nobleza, así esta isla adopta otros *Guaires*, que custodian sus proezas, otros *Faicanes*, que le enseñan el camino del cielo, y otras *Magadas*, que brillan con el espíritu de Dios y los fulgores de la Caridad“.

“Y aparece tan llena de majestad y de radiante hermosura, que se ve expuesta a mil peligros la encantadora neófita. Y así, los emisarios de la rubia Albión intenta vaciar su fé y hacer pedazos la unidad de su creencia; mas, ella los rechaza altiva y valerosa . . . multiplicando sus templos y altares y consagrando sus mas . . . solícitos desvelos a mantener la religión en sus familias“.

“Expulsados y fugitivos los fantasmas de la idolatría y las quimeras de la superstición, el cristianismo se presenta lleno de gracia en medio de una naturaleza, pródiga y en un suelo fértil y pintoresco. Bajo las verdes copas de los pinos construye en Tirajana un altar en honra de Santiago, y allí afluyen numerosos romeros, cargados con los dones de la gratitud por los favores recibidos.

En un gracioso rincón vestido de esmeralda y oro, surcado de bulliciosos arroyuelos, donde el suave gorjear de las aves nunca cesa, donde el balsámico aliento de las flores no se extingue y hay jazmines en perpetua lozanía, rosas en frescura rozagante, bosqueci-

Hos de mirtos y azahares, frutos olorosos colgados de los árboles . . . allí asienta sus Reales la Emperatriz de los cielos, la reina de los angeles, la Sacratísima Virgen del Pino, que es para los canarios lo que el polo al navegante, lo que el escudo al soldado, lo que el sol a la naturaleza, lo que el rocío a la flor . . .

Y el Real de Las Palmas da asiento en su vasto perímetro a un sagrado monumento, que anuncia al forastero una fé sin rival, timbre el más augusto de esta católica población. Y a medida que se van erigiendo los santuarios y solemnizando el culto divino, aparecen unos tras otros esclarecidos pontífices que difunden la luz del saber y el perfume de la virtud entre las gentes, una larga series de sacerdotes entendidos y benéficos, magistrados íntegros y *familias que tienen por divisa la fé y por herencia la piedad*; se fundan diez monasterios para la vida ascética y tres establecimientos donde se dispensa el alivio al pobre en sus dolores y quebrantos.

A la sombra de la templanza y *manteniendo siempre la fé el equilibrio evangélico en los contratos y fortunas, se vé florecer el comercio, progresar la industria, la agricultura, las artes . . .* dando al cabo de cuatro siglos, el magnífico resultado que hoy vemos en nuestra exposición provincial, que habla muy alto en apoyo de esta tesis. Que nadie se atreva a dudarlo, *que nadie desconozca el origen de nuestra pública prosperi-*

dad; ahí están los hechos para demostrarlo. ¿No han sido, en efecto, preferidos por la pintura, por la escultura, por la poesía y por la música de nuestro país los asuntos de piedad, los episodios religiosos y las inspiraciones místicas? ¿Nó han sido sacerdotes los escritores, los oradores y los maestros afamados de nuestro suelo? ¿Quién ha mantenido la paz entre las diversas clases sociales?. ¿Quién ha inclinado a las familias más vinculadas a gastar pingues fortunas en el ejercicio de la misericordia en el amplio abanico de las necesidades privadas y públicas?. Y esta misma celebracion, -la del 368 aniversario de la incorporación a Castilla de esta bella perla de Canarias, -en que todas las jerarquías fraternizan. ¿seria posible sin las bóvedas de este santuario y sin la fé que él representa.? ¿Y nó ha sido esta fé la que ha despertado en vosotros los deseos de bienestar y adelantamientos sociales, la que ha cortado diferencias odiosas, la que ha estrechado vuestras manos con la lealtad de sinceros amigos y la que ha convertido con la guirnalda florecida de sus virtudes sociales esta pléyade de islas bellas, sembradas por el dedo de Dios en el Atlántico, en morada placentera para descanso y hospedaje de los que peregrinan o se cruzan en opuestos rumbos, expuestos a las inclemencias de las olas?.

“Ella, la fé católica, es la que os empuja a seguir esas obras de ornato público y privado que tan alto ha colocado nuestra reputacion en un y otro continente,

a conservar las costumbres patriarcales, a vivir gozosos y alegres en la deliciosa tierra que Dios os ha dado, y a engrandecer vuestra fé con las obras de un verdadero cristianismo, cerrando el paso a la herejia que divide nuestra fé a la indiferencia que paraliza, a la insubordinación que destruye, tres plagas que nos llevarian a la ingratitude a Dios y a la más innoble perfidia. “Y delante de todos, a la cabeza del pueblo canario, la Virgen del Pino, “La de Teror milagrosa madre“, la que durante cuatro siglos ha venido soplando, como la gran teóloga de la esperanza de nuestro pueblo, el doble fuego de la fé y del progreso, que un día ella encendiera en los bosques de Teror.

CAPITULO XX

Tú canario, no la borres.

Esta es la conclusión de toda esta obra, que desarrolla en líneas generales a la historia que “la Cruz de Castilla plantó en Canarias“. Ningún canario debe atreverse a borrarla o tirarla por la borda y ni siquiera a descargarse de ella y dejarla abandonada en la cuneta.

Cuando yo era niño.

Cuando yo era niño, una gran cruz de madera, coronaba el espolón, que desde la base del Bentaiga avanza hacia Tejeda, rematando en una especie de trono en la que habían clavado nuestros mayores. Allí solíamos subir los chicos pastores, no tanto para vigilar nuestros miniganados de cabras, como para dirigir nuestras oraciones. Cuando en el 1.968, después de casi sesenta años de ausencia, subí a aquellas alturas, me llevé una gran desilusión, al comprador que de ella no quedaban ni las huellas. ¿Quién la había derribado? un

vendabal?, ¿la acción del tiempo?. De todos los modos fué la incuria de la gente la que no la había repuesto. ¿Sería esto un símbolo? ¿Es que ya Canarias no servía para pedestal de la Cruz? ¿Estaría renunciando a su herencia y misión de alzarla en esta encrucijada de las aguas atlánticas, como un faro de luz y de esperanza cristiana? ¿Se le estaba acabando a Canarias la fuerza espiritual para clavar y hacer ondear a todos los vientos la bandera de la fé cristiana? Quedan estas preguntas al aire, esperando una cruzada por respuesta.

Un contratestimonio.

Estas otras preguntas parecidas me las dice y me las digo haciendo, porque un contacto con la realidad, despues de mi regreso a las islas, me había dado la impresión de un notable progreso en el orden material, pero de un no menos notable descenso en el termómetro del catolicismo canario, en comparación con el que yo había conocido años atrás: menos asistencia a misa, menos rosario, más indiferencia religiosa, más corrupción y desenfreno público . . . hasta blasfemias. Un botón de muestra quiero exhibir aquí, como signo. Hablaba yo un dia con mi primo Hilario, en la zapatería que tiene en la calle de Buenos Aires, cuando entró en ella un negro de la Guinea propiamente dicha. La conversación prosiguió y llegó a incidir en materias religiosas.

-¿Tú eres católico?, le pregunté.

-¿Yó catòlico?, contestò rápido e incisivo;

y agregó: ¿“Para qué?. Para ser como los de Las Palmas?. La mayor parte no van a misa; y en costumbres ¿en qué se diferencian de los que no son cristianos?. En mi tierra no se ve lo que se vé en las playas o en el parque de San Telmo o Sta. Catalina a ciertas horas.

Otro botón.

Hace algo más de un año vino un buen grupo de estudiantes de Fernando Pó a hacer el cursillo en la Escuela de Formación Profesional Acelerada. La gente del Lomo Apolinario se quedó impresionada al verlos ir al rosario a misa y a comulgar los domingos y aún entre semana. Ellos, en cambio, se asombraban de no ver a ningún hombre ni joven en el rosario, y lo que era peor, comprobaron que a la mayoría le gustaba más llenar los bares, mantener las esquinas y paredes de las casas, o llenar las canchas del juego que llenar los bancos de la Iglesia. El resultado fué que los fernandinos fueron desapareciendo del Rosario, de las gradas del comulgatorio y aún, más tarde, de los bancos de la iglesia, y llenando las salas de fiestas y otros garitos, a tono de los ejemplos que recibían de estos cristianos viejos.

La cosa era para avergonzar, para meditar y aún para sospechar que nuestro pueblo va perdiendo la conciencia de su cristianismo y de su misión histórica. Hoy al parecer, nuestro pueblo no se siente compro-

metido, como se sentían nuestros mayores de los siglos XVI y XVII a conquistar para Cristo a los que arribaban a sus playas. ¿Qué hacer?.

Una luz y un ejemplo.

El 11 de Septiembre de 1.598 agonizaba en el Escorial aquel gigante de la Hispanidad, que se llamó Felipe II, y así como fué de cristiana su vida, así fué su muerte. En estos momentos quiso que viniera su hijo, no cuanto para despedirse como para dejarle su testamento espiritual. Mandó a su confesor, Fray Diego de Yepes, que le trajera un cofre de marfil, que tenía en un estante próximo. En el cofrecillo estaba el crucifijo que, al morir, había tenido en sus manos el Emperador Carlos V, dos diciplinas ensangrentadas, una del Emperador y la otra, del gran Rey que agonizaba; por fin, allí estaba la vela, símbolo de la que la Iglesia le había entregado en el Bautismo. Todas estas cosas las había mostrado, estando de paso en Logroño para las Cortes de Monzòn, a Juan Ruíz de Velazco en 1.592, secreto que también comunicó a D. Fernando de Toledo, para que uno u otro pudieran traérselo a su lecho en la hora de la muerte, pues quería morir con ese mismo crucifijo y con esa vela en sus manos, como testigos de la fé que siempre había defendido y guardado; y al mismo tiempo, *para transmitírselos a su hijo, como heredero de la misma fé y de la misma misión*

de defenderla y transmitirla a sus sucesores, Presentando. pues el crucifijo al príncipe le dijo:

-“*Con este crucifijo, murió, hijo mio, vuestro abuelo el Emperador, y con su ayuda acabó; haced Vos lo mismo, reverenciando esta imágen, como lo debéis y lo hicimos Su Majestad y yo . . .* Y esta sangre de esta disciplina, agregó mostrando una de las dos disciplinas, no es mía, sino del Emperador, mi Señor; pero héla guardado, porque aprovecha para que nos acordemos de que *nosotros más que nadie tenemos necesidad de derramarla en esta forma.* Por lo tanto, digo, yo os las entrego para que en ellas podáis mezclar vuestra sangre con la de vuestro padre y con la de vuestro abuelo.” Otro tanto hizo con la vela símbolo de la fé, recibida en el bautismo, exhortándole a mantenerla “ardiente e irreprensible”, pues como Rey, que iba a ser, había de ser modelo de lealtad en guardar el “juramento de fidelidad” hécho al Rey de todos los Reyes.

Así como el Rey Felipe

El Rey Felipe nos enseña así la única y auténtica manera de recibir, mantener, defender y acrecentar y transmitir la herencia de los mayores. Los padres en el marco del hogar son los reyes de su casa. Cuando los pueblos y familias tienen reyes y padres así, se mantienen y se engradecen. Son como una cadena, cuyos eslabones mantienen su cohesión gracias a los anillos

que los unen. Si los anillos se debilitan o se rompen, las familias y los pueblos se debilitan o dispersan. Y este es el gran fallo de los padres de hoy. En las manos de muchos se va esfumando la herencia de los mayores. Diríase que no tienen conciencia de lo que han de transmitir.

Un S. O. S.

Esta sospecha y temor me ha movido a lanzar la calle este estudio, que quiere ser como un S. O. S. que grite la alarma y despierte en los canarios la conciencia de todos los valores de nuestro pueblo, que se resumen y recapitulan en la "Catolicidad", sin la cual, la "Canariedad" se quedará invertebrada y sin alma.

El Cristo Roto

Castilla nos trajo un Cristo "entero", -CAMINO, VERDAD. Y VIDA-, y fué sembrando su doctrina, limpia de herejías, por todos los rincones de la múltiple y variopinta geografía insular. formando con sus siete islas las siete naves del templo de la Catolicidad Canaria. Carlos V y Felipe II la defendieron de piratas codiciosos, a la vez, de las tierras, sobre que se sentaba, y de la fé, de cuya "LUZ" era antorcha y faro. Pero en siglos recientes en este Cristo y en esta Catolicidad ha habido grietas y fisuras, porque otros piratas-racionalismo, jansenismo, liberalismo masónico y "progresista" y otros "istas" han ido llegando con otras armas

de mayor refinamiento y malicia, por más disimuladas y astutas, que han difundido en muchos sectores la indiferencia religiosa, que está haciendo posible la nueva invasión de las sectas, que nos envían los mismos países que antiguamente no las pudieron meter con las armas, creando así una especie de “colonianismo religioso“. Al socaire de este colonialismo decimonómico, el actual “progresismo“, de peor laya que el anterior, porque viene con la piel de “oveja ecuménica“, pretende abrir brechas más profundas, a fin de que, a través de ellas, se puedan meter a sus anchas otras Iglesias, que, aunque se llamen cristianas, evidentemente no las fundó Cristo, pues aparecieron dieciséis siglos después que El murió. Pero nuestros progresistas logran así sus objetivos de ponernos, con este su “Pluralismo religioso“, que no logro ver en qué textos de la Sagrada Escritura se basa, a “NIVEL EUROPEO“. Está claro, para ellos, se entiende, que si los países más adelantados de Europa tienen varias y diversas Iglesias, ¿por qué nos vamos a singularizar nosotros con nuestro afán de unidad?. Y es curioso que cuando los protestantes de otros países se ponen en movimiento en busca de la unidad perdida, nuestros progresistas, que siguen llamándose católicos, se afanan tanto en balcanizarnos y protestantizarnos. ¿No será acaso que si permanecemos unidos, ellos no podrían moverse en plán de ecumenismo para unir los fragmentos rotos?. ¿No es más

acuerdo mantener el vaso entero que romperlo, para, luego, darse el “gustazo“ de reunir sus pedazos?. Y si como dicen, nuestro catolicismo en muchos sectores no es eficaz y está paralizado, ¿por qué no tratar de vitalizarlo y tapar sus grietas, antes que “rematarlo“, para luego emprender la tarea de resucitarlo?. Lo primero entra dentro de las fuerzas y corrientes pastorales de la Iglesia; lo segundo, aún dentro del orden sobrenatural, exige un milagro de primera clase, que no entra, de providencia ordinaria, en la economía de Cristo, el cual declaró que en su programa no entraba “el terminar de ROMPER LA CAÑA CASCADA ni APAGAR DEL TODO LA MECHA QUE TODAVIA HUMEA“. ¿Nó es mejor FORTALECER LA CAÑA Y SOPLAR EN LA MECHA y reavivar la llama?.

Todos a soplar.

Cristo es la LUZ DEL MUNDO y la Virgen la trajo de lo alto, colocándola, primero, en Judea e incendiando, luego, con ella el mundo. Hace veinte siglos la encendió en España en las orillas del Ebro, y quince siglos después, en las playas de Chimisay y en los pinares de Teror. Después nuestros padres la propagaron a las demás islas e, incluso, intentaron y colaboraron con los demás españoles en la tarea de encenderla y mantenerla encendida en otros continentes. A todos estos esfuerzos de las generaciones pasadas hemos de

unir los nuestros. Cada uno de nosotros, al ser bautizado, recibió de la iglesia la "Antorcha" con la consigna de mantenerla "SIEMPRE ENCENDIDA Y ARDIENTE", sin mezcla de otras luces falsas, "IRREPENSIBLE Y SIN MANCHA", como dice la liturgia bautismal. Haciéndolo así, podremos GUARDAR SIEMPRE NUESTRO BAUTISMO y ser fieles a las promesas, que en él hicimos, con lo que seremos dignos "TEMPLOS DE DIOS VIVO".

Todos los días, y en especial los domingos, cada cual ha de consagrar un tiempo conveniente a la tarea de alimentar la antorcha con la oración, las obras de caridad, las virtudes caseras y sociales y con el estudio. La lectura diaria del Evangelio y de las demás partes de la Santa Escritura, especialmente de los libros históricos, que son los que mejor entiende el común de los cristianos, la vida de Jesucristo, de la Virgen y de los Santos mártires del Cristianismo, la Historia Sagrada o Bíblica, la de la Iglesia e incluso la de España y Canarias, los catecismos explicados y otros libros de cultura religiosa superior, constituyen otros tantos materiales que se pueden ir echando en la hoguera, para que esta se convierta en llama y nó sólo pueda iluminar la vida propia sino la de toda la comunidad eclesial, en que vivimos, y de esta manera se comuniquen al resto de todos los hombres, hasta que todos queden integrados en el UNICO REBAÑO DE CRISTO, que

es la Santa Iglesia Católica.

Cristo Entero.

De esta suerte podríamos reconstruir nuestro Cristianismo con dimensiones de autenticidad y cumplir nuestra misión. *Y nuestra misión es: Ser cada canario una "antorcha viva y llameante de fé íntegra y costumbres limpias, que nos conviertan en Cristos ambulantes, hasta constituir, juntas todas las antorchas, una inmensa llama y hoguera, y juntos todos los Cristos, formar el "CRISTO TOTAL" de una cristiandad viva y operante, capaz de alumbrar y evangelizar aquí y desde aquí a todos los que nos visitan, a los que cruzan y aún a los del continente próximo.* Un cristianismo mediocre, casi apagado, con pudrideros de feos y sucias costumbres, dividido en sectas y sin horizontes ni ansias de conquista misionera, nos incapacita *para decir al mundo, que nos rodea, la "GRAN PALABRA" que tiene derecho de esperar de nosotros y nosotros obligación de decirsela: CRISTO ES TU SALVADOR Y LA IGLESIA CATOLICA ES TU CASA.*

Todos a una.

Y para que esto pueda ser así, desde los respectivos puestos, hemos de ir a una en la gran tarea de alimentar cada día esta hoguera, que nos transmitieron los antepasados, sin permitir que se disminuya, antes

bien en perpetuo aumento, y transmitirla así, flameante y encendida, a los que vengan detrás. Lo contrario sería traicionar a los antepasados y defraudar a las generaciones venideras.

Todos a una y unánimes: El obispo, a nivel diocesano, los párrocos, a nivel parroquial; los sacerdotes y religiosos en los puestos y sectores de que son responsables; los profesores y maestros en el sector de alumnos y discípulos, los padres en el hogar, los empresarios a nivel de fábricas y talleres, y todos en la base, están llamados por Dios y por la historia a la gran tarea de la formación de ese Cristo Total, que es la Iglesia Católica en Canarias, que es la encargada de mantener en alto la Antorcha de la Luz Evangélica“ en esta geografía atlántica para alumbrar a todos los que transitan por ella y señalarles las rutas de la Eternidad.

La familia, Forja y Troquel de una “CRISTIANDAD Y CANARIEDAD” RENOVADAS.

La esperanza de esta catolicidad renovada se centra en la familia. Si logramos que la familia se configure según el molde creado por Dios y restaurado por Cristo, haremos de ella la mejor forja y el troquel más auténtico de la renovación eclesial.

Según esta teología, el padre representa a Dios y es su vicario antes sus hijos, que antes son de Dios que suyos. Por eso Dios le ha hecho “sacerdote, rey y

padre“. *Como padre*, su misión es colaborar con Dios a la transmisión de la vida a sus hijos, cosa en que a Dios le toca la parte más principal, pues, además de ser el “único creador del alma“, de El también recibe el padre el poder generador, y por ambos títulos, Dios es la “fuente de de toda paternidad y, por lo mismo el “Padre de todos los padres“ y el más Padre de todos. En virtud de esta participación de la divina paternidad el hombre queda elevado a la más alta dignidad de colaborador de Dios en la transmisión y conservación de la vida, que son los dos actos “fundamentales“ de la vida humana. A él le toca ser la “providencia y sostén“ de su casa y familia. *Como rey*, ha recibido de Dios la autoridad para regir y gobernar “ese pequeño reino“, que es la familia, pero, como recibida de Dios, su monarquía no es absoluta. sino dependiente y en consonancia con las leyes, que el mismo Dios, por Si mismo o por su Iglesia, ha dado a los hombres. *Cómo sacerdote*, a él le toca “presidir y ordenar“ “el culto doméstico“ en “esa pequeña iglesia“, que es su casa, las oraciones de mañana y noche, la bendición de la mesa, el rezo del rosario en familia, la lectura del Evangelio y demás libros de la Sagrada Escritura, vida de Santos historia de la Iglesia etc. . y además la asistencia al culto de la comunidad eclesial del lugar, donde vive. A él también le toca transmitir a sus hijos la voluntad de Dios, conocida a través de los Sagrados Libros, o al

menos del Catecismo ampliamente explicado y entendido, de la enseñanza de los Papas, de los obispos y de los párrocos y sacerdotes, que en su nombre adoctrinan a los fieles. La madre es la "Reina Consorte", la "maestra más cercana e inmediata" en los años de la infancia y primera juventud, con un respaldo cada vez más acentuado del padre, en quién los varones deben poder contemplar un "*modelo de hombría, prudencia, fortaleza y religiosidad*", así como las hijas en la madre un "*modelo de sensatez, paciencia, modestia y santidad inteligente y generosa*". El padre es la cabeza rectora e inteligente, la fortaleza y el sostén de la casa, y la madre, el corazón, que ha de saber cantar el himno paulino de la caridad, llevar el cuidado detallista y amoroso del hogar, y ser el comodín que amortigüe los choques de dentro y los ruidos de fuera. Los dos -el padre y la madre- constituyen el "equipo transmisor de la vida, en que hacen las veces del Padre, de la Luz, en que hacen las veces del Hijo, y del Amor, en que hacen las veces del Espíritu Santo. Y ello no sólo en la esca'la del orden natural, sino también en la del sobrenatural.

Templo y Paraíso.

Entonces, *cuando los padres sean así*, la familia será un templo vivo de la Trinidad y un paraíso, por donde Dios se pasará día y noche y habitará y hablará con sus hijos y será luz en sus problemas, consuelo en

sus penas, descanso en sus trabajos y esperanza y norte en los avatares de la vida.

Mantenga limpio su Paraíso.

Este es el principal quéhacer de los padres: no sólo convertir su casa en “paraíso de Dios“, sino “mantenerle *Siempre* limpio“. Dios no puede habitar en la “Suciedad“, que es esa *suprema y horrenda* cosa que se llama *Pecado*. Deben, pues, estar al quite para que en él no se cuele la serpiente; y, si alguna vez se cuele por engaño y sorpresa, arrojarla en seguida y limpiar las huellas de su baba con una sincera y buena confesión, tomando las medidas oportunas para que ello no vuelva a ocurrir.

Adán y Eva.

Pero ocurre muchas veces que las mujeres tienen tendencias y complejos de Eva. Como ella, es a menudo curiosa y vanidosa. Quiere ser como una diosa, centro y objeto de las miradas de todos, y, más que en su marido y en sus hijos, piensa en sí misma y de sí misma se preocupa y, a veces, en el peligroso discreteo de buscarse adoradores. El también tiene, a menudo, “complejos de Adán“, y permite, para no disgustarla, los tales devaneos en su mujer, acaso, porque ya él mismo se había buscado otros, o, con esa ocasión, termina él por procurárselos y encontrarlos. La puerta ha que-

dado abierta y la serpiente no tiene más que entrar, instalarse en el matrimonio. descender luego, desde allí, hasta el corazón y la vida de los hijos, que es un milagro auténtico que alguno de ellos quede inmune y en posesión de su "paraíso particular". Abiertas así o de otra manera, las puertas, que hay muchas, entran por ellas las malas lecturas, si es que los introductores no son los mismos padres, las malas costumbres y todo aquello que puede profanar el paraíso familiar y convertirlo en nido y guarida de serpientes.

Cristo y la Virgen.

Cristo ha sido el nuevo Adán y María la Nueva Eva, dados al mundo por Dios, no sólo para recuperar para el hombre "el Paraíso Perdido", sino para ser los arquetipos y modelos de la Humanidad Nueva, que tiene en Cristo su punto de arranque. La Virgen, es "la Mujer Prudente y Fuerte", la Virgen siempre fidelísima y purísima, la madre, que "llena de gracia y que tiene Dios con Ella". engendra y dà luz al Hijo, lo cría y alimenta, lo defiende y lo lleva al templo y lo entrega al Padre, a quien reconoce que pertenece, sigue todos los avatares de su vida; participa en todas sus penas y colabora estrechamente en su gran obra de salvar y remedir a todos los hombres. Este es el arquetipo de la mujer: antes de casarse, virgen fidelísima, para que luego pueda ser madre sabia y valerosa y esposa

colaboradora con el marido en la gran empresa de construir la "Iglesia doméstica"

Cristo, su hijo, *prescindiendo de su condición de Dios*, se hace uno de nosotros, el *Primero de todos*, cargado con todos los pecados de Adán y de todos sus hijos, se responsabiliza de todos, y por amor nuestro y por obediencia al Padre, sube con ellos a la Cruz, y allí, con María, su Madre, da labatalla a la Serpiente, que perseguirá hasta el fin de los siglos en unión con sus nuevos hijos, que constituyen el Nuevo Pueblo de Dios, la Humanidad Nueva, de que Cristo ha sido constituido por Dios Padre, "Rey, y Sacerdote", y Ella, la Virgen, Madre, Reina y Corazón". Así el hombre, . .

Como Cristo, la Virgen y la Iglesia.

Como Cristo ama a su Iglesia, la enseña, la defiende, muere por Ella y la santifica, así el padre en su familia ha de amar a su mujer y a sus hijos, los ha de enseñar, los ha de defender de los peligros de alma y cuerpo, ha de trabajar para ellos su vida. Y así como el esposo y el padre ha de seguir la línea de Adán, así la esposa y la madre, ha de seguir la de la Virgen: recatada y honesta como Ella, mujer de casa como Ella, preocupada de su esposo y de sus hijos como Ella, colaboradora de todas sus empresas como Ella, promotora de las obras buenas como Ella y "en perpetua enemistad y guerra contra la Serpiente," que es el mal y el

pecado en todas sus formas, como Ella. Y los hijos *como la Iglesia*, Todos a una. Con su padre y su madre, ganando el pan de cada día para todos, la batalla contra el pecado, también cada día, y constituir también “la pïña” de cada familia cristiana, de suerte que cada día crezca en sabiduría y en virtud y se desarrolle armoniosamente en su dirección vertical “delante de Dios”, y en su dirección horizontal “delante de los hombres”.

El miembro más importante de la familia.

De esta suerte Dios viene a convertirse, como a ello tiene derecho, en “el miembro más importante de la familia”.

Cuando en ningún miembro de la familia no hay pecado grave, Dios vive en el padre, en la madre y en los hijos. Entonces todo camina bien. Allí está el Paraíso. Con Dios todo se mantiene, y sin Dios, todo se derrumba. Por eso el primero que arroje de sí a Dios con un pecado grave, rompe la paz y la armonía familiar y está metiendo el infierno en casa. Al contrario, todos deben ir a una para defender la presencia de Dios en casa y caminar a su vista, guiados por su luz y empujados por su amor.

Tres cantos a la Santidad de la familia.

El primero lo entonó Dña. Blanca de Castilla un día que se enteró que en su ausencia una de sus criadas había dado de mamar a su hijo, el futuro San Luís,

rey de Francia. Aquella gran mujer quería que la leche que recibiera su hijo, fuera pura y transparente, sin las sombras y sin los influjos del pecado. Por eso, ella trataba de ser santa y no admitía en su vida nada que pudiera transmitir a su hijo a través de la leche. Cuando se enteró de lo ocurrido, se fué inmediatamente a la cunita, metió los dedos en la boca del niño y le hizo soltar la leche que acababa de ingerir, dándole luego la suya, temerosa de las influencias, no tan seguras, de la criada.

Es segundo, lo entonó una mujer de pueblo en una misión, que fué a confesarse con su niño en los brazos. Entró la criatura en el confesionario mamando y salió de él dormido y con una paz en el rostro que parecía un ángel “lleno de Dios”.

El tercero lo entona con frecuencia un joven matrimonio en la parroquia de San Vicente de Paúl del Lomo Apolinario. Los dos, padre y madre, van a comulgar juntos. Y el niño, de meses, con ellos. Unas veces en los brazos de la madre, y otras, en los del padre. Dormido a veces y a veces despierto, pero siempre quietecito, como si se diera cuenta de que el pecho de su padre y de su madre le hacen de altar en donde, por medio de él, ofrecen, como un sacrificio al Dios que reciben, el silencio de su boca y la quietud de sus diminutos miembros. Cuando los ojos de estos niños y sus inteligencias se vayan abriendo, el Dios que sus

padres reciben y que ya habita en ellos por la gracia bautismal, se les irá revelando y les será más fácil **CONOCERLE, AMARLE Y SEGUIRLE.**

Las grandes teólogas de la esperanza canaria,

Y para que esto pueda ocurrir así, ahí están estas grandes teólogas de la Esperanza Canaria. que son las madres de nuestras familias cristianas. Ellas están de guardia permanente junto a las brasas del hogar, soplando *incansablemente*, y dando sobre el yunque de forjar, tantos Cristos, como hijos, y colocar y mantener siempre encendida en sus manos la antorcha de la fé y de la caridad, que recibieron en el bautismo, con que se alumbre a la hora de la muerte y la puedan transmitir “ardiendo y sin sombras“ a sus hijos y herederos, e iluminar con su luz todos los rincones de la casa del pueblo de Dios, que es la Iglesia.

Fundar y gobernar una familia es la más bella y grande de las profesiones. Y es curioso que, a pesar de su importancia, la carrera que la prepara, es la más descuidada, la más improvisada y la más larga. Se empieza, en efecto, a los catorce o quince años y se termina casi siempre, a los 25 o 30. Son los años del “noviazgo“. De ordinario, los novios hacen del noviazgo una carrera al revés. O la pasan en frivolidades, sin abordar ni enterarse de los grandes deberes y problemas fami-

liares, y así, él “novio“ y ella “novia“, y como “no veían“. no se enteraron, o lo que es bastante corriente, convirtieron el noviazgo en “un concubinato larvado“. En una ciudad del Este de España, donde yo misionaba. un concejal me aseguró que las mujeres públicas habían presentado al Ayuntamiento un memorial protestando de que las novias “les hacía la competencia y les robaban la clientela“. Es un dato terrible, cuya extensión se presiente y quedará al descubierto el “Día Grande la Revelación de las conciencias“. sin que valgan los tapujos de costumbre. Pero de estos polvos-noviazgos impreparados y deshonestos, del que Dios está en “destierro perpetuo“, porque el pecado es continuo, en los que toda ligereza, vanidad, lujuria, y aún a veces, el crimen tienen su asiento, vienen los dos de los matrimonios rotos o desesperados y separados, de los que el lujo más desenfrenado. las diversiones licenciosas y caras las mutuas traiciones, el abandono de los hijos y otros desórdenes siguen manteniendo a Dios y al paraíso en “perpetuo destierro“ y entronizados las injurias, el desequilibrio económico, las injusticias, el escándolo, la discordia y los horrores de “un infierno anticipado“.

Para que esto no ocurra así, y las familias puedan convertirse en “instrumentos transmisores-conscientes y valerosos de la Vida total, abarcadora de la vida natural, de la antorcha de la fé y de un “NOVI-

CIADO“, que prepare a los novios a la PROFESION PERPETUA en esta COMUNIDAD ECLESIAL. que es la FAMILIA CRISTIANA, tal como Dios la concibió y la quiere. Algo de esto vislumbraron los Guanches, nuestros antepasados, cuando internaban en los cenobios de las Harimaguadas a las jóvenes casaderas, para que se preparen al difícil y sagrado arte y oficio de ser “esposa, madre y ama de casa“. Y si hoy no puede hacerse esto, ¿por qué los novios no lo suplen a base de libros “bien escogido“ del uso frecuente y aún diario de los sacramentos, de un Director de conciencia. sabio y prudente y frecuentemente consultado, de la propia ayuda mutua y de la paterna, cursillos etc.? Empresa tan grande bien merece preparación tan cuidadosa.

De esta suerte, un noviazgo “así llevado“, *con Dios en los dos novios y nó en uno sólo* -el matrimonio es. entre dos-, prepara una familia CON DIOS EN ELLA en todos sus miembros, empezando por el *tronco*, que es el *padre junto con la madre*, que son los *encargado por Dios* de transmitir, conservar, y desarrollar, junto con la vida natural. la vida cristiana en todos los miembros de la familia.

Cuando nuestras familias canarias sean así, o al menos la mayor parte de ellas, los canarios estarán a la altura de “su MISION HISTORICA de *mantener encendida y en lo alto a la CRUZ y todo lo que ella representa*,

que Castilla plantó en Canarias hace cinco siglos.

Ni la borres, ni la tires, ni la dejes.

El que así lo hiciere, no cumple con su misión. TODO CANARIO debe sentirse “artífice de esta tarea”, cada cual desde su puesto en la familia, en la profesión y en la sociedad, y con los medios que su posición le deparen. El Canario que en esta tarea se adelantare, debe ser considerado por el *más benemérito de la canariedad*, que es uno de los capítulos más gloriosos de la Hispanidad.

No borres, canario, la CRUZ, que Castilla plantó en Canarias: ni la tires, ni la dejes en la cuneta en los caminos de la vida y de tu Historia. Siempre llameante y en alto, para que *te alumbre a tí y a los otros*. Como la Cruz hispánica, con dimensiones de fé en su profundidad, de santidad en su altura, de catolicidad misionera en su horizontalidad, abarcadora de todos pueblos.

EPILOGO.

Lo que hizo FUERTEVENTURA para enlazar el siglo XIX con el XX podría ser un símbolo de lo que las islas deberían hacer para enlazar el XX con el XXI, no en el sentido de una mera repetición, sino de una sublimación, Nos lo cuenta D. Leoniló Molina en el número del 12 de Mayo de 1.970 del Diario de Las Palmas, cuyo resumen quiero dejar aquí como un hito

rutilanta de nuestra historia y como un pregón del qué-hacer canario en los próximos 30 años:

Con motivo de la terminación del Siglo XIX y el comienzo del nuevo Siglo XX, por deseo expreso de S. S. el Papa León XIII se levantaron en las parroquias del mundo entero, como Monumentos perpetuos de la Fé Cristiana, grandes cruces que fueran el símbolo de nuestros pueblos redimidos.

En Fuerteventura tuvieron especial relieve las de Tetir, Pájara y Tuineje.

En Tetir en esa noche última del año, se encendieron gigantescas hogueras en seis de sus montañas. *La del Aceitunal*, nos cuentan las crónicas, "Recordaba el Sinaí porque, velada por la niebla en su parte más alta, no se veía sino sus vívidos e imponente fulgores". Llegada la media noche se celebró la Santa Misa que había de abrazar los Siglos pasados y futuros, ante una multitud de fieles que con gran fervor religioso llenaba el templo. Terminada la misa en la que se distribuyeron centenares de comuniones, el Párroco, don Antonio Collado, recitó en alta voz la Profesión de fé dictada por el Santo Padre y entre el júbilo de aquel inmenso gentío, mientras tronaban los cohetes cruzando aire y repicaban las campanas desde lo alto de la torre, fué colocada aquella mismo noche una cruz de seis metros de altura, en firme roca, sobre la montaña de San Andrés. Desde entonces, allí está con los brazos

abiertos como tocando los dos siglos, y su cabezal elevado por encima, como divino pararrayos, atrayendo del Cielo las gracias y bendiciones para la piadosa feligresía que todos los años acude hasta ella por el día de San Andrés, patrono de los labradores de la isla.

Los vecinos de Pájara a las tres y treinta de la tarde y entre prolongados repiques de campanas, llevaron una cruz de siete varas de alto por tres varas de brazo hasta el Pico de la Pila. Al toque de oración se encendieron dos grandes hogueras a los lados del misterioso madero que, a semejanza de dos grandes lámparas, ardieron hasta la madrugada del día primero en la que el pueblo volvió de nuevo en romería. Todo el trayecto de ida y vuelta, nos apunta con fidelidad un cronista municioso, "Fué amenizado con instrumentos múnicos y algunos tiros de escopeta, en sustitución a los cohetes que se habían pedido y no llegaron a tiempo". Fué indescriptible también el entusiasmo del pueblo de Tuineje en la tarde del 31 de Diciembre de 1.899. Se salió en procesión solemne desde el templo parroquial, presidiendo los estandartes de las Congregaciones religiosas establecidas en la parroquia, con sus respectivos cofrades, y una multitud innumerable de fieles. La gran cruz era llevada a hombros por los más ancianos. Una vez colocada en la montaña de Tamarite, terminó el acto ya entrada la noche, con una gran hoguera a la que los pastores contestaron con nuevas ho-

eras en los montes más altos, haciendo una en el llamado "Pico del Caracol", a donde difícilmente se cree aún hoy que pudieran subir la leña. Entre tanto, con un entusiasmo que rayaba en el delirio prorrumpió la multitud en acalorados vivas a la religión y a sus defensores, a la cruz, a la iglesia, a España y al Prelado de la Diócesis.

¡Anda tú y haz otro tanto.

Así es como el gesto fenisecular de Fuerteventura dice a sus hermanas atlántica: ¡ID Y HACED OTRO TANTO! "Nuestro Catolicismo debe reflexionar en estos 30 años que le quedan al siglo XX, examinar sus posibles fallos para corregirlos, y enriquecer sus logros, con el fin de transmitir al XXI, su heredero, la hoguera bien encendida de su fé íntegra y total y la Cruz de la viea cristiana, que pueda airearse a todos los vientos, y sea signo visible salvación para todos los continentes y pueblos, de que nuestras islas son encrucijadas. Y, para que ello pueda ser así, me es grato ofrecer a todos los Canarios la "modesta tea" de esta obra, para que se ayuden con ella mantener activa y ardiente la hoguera de la FE CATOLICA, que nos capacitará para cumplir nuestra misión hispánica y católica a través de la historia,

*Las Palmas, 29 de Abril y 3 de mayo, de 1.970,
fechas clave de nuestra Canariedad.*

BIBLIOGRAFIA consultada y utilizada

NOTICIAS DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS ISLAS CANARIAS, por D. José Viera y Clavijo. 6.^a edición de los XI primeros libros, enriquecida con las variantes y correcciones, hechas por el Autor, y notas e introducciones del Dr. Cioranescu. Ediciones Goya. Santa Cruz de Tenerife, 1967.

II y III tomos de la primera edición de la misma obra, Madrid; 1173 y 1176 respectivamente.

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE LAS SIETE ISLAS CANARIAS ¿por Fr. Juan de Abreu Galindo. Edición crítica, con introducción y notas del Dr. Cionarescu. Edicc, Goya, Santa Cruz, 1955.

HISTORIA DE LA RELIGION EN CANARIAS?, por Dacio Darias Padrón, José Rodríguez Moure y Luis Benitez Inglof. Edit. Cervantes. Santa Cruz. 1957

MEMORIAS o TENERIFE EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII, de D. Lope Antonio de la GUURRA, con cuatro cuadernos. Edicc. del Museo Canario. Las Palmas, 1959,

TELDE (Historia de la Ciudad de) por el Dr. D. Heruández Benitez. Las Palmas. 1958.

ANUARIO DE ESTUDIOS ATLANTICOS. nms. 13, años 1955 y 1957.

CANARIAS EN LA BRECHA, por Carlos Martinez de Campos, editado por el Gabinete literario de Las Palmas.

1952.

LA RUEDA EN GRAN CANARIA, por José M. Alzola. Edit. Museo Canario, 1968.

UN VERANO EN TENERIFE, por Dulce María Loy-naz. Madrid, Agnilar. 1958.

EL OBISPO CODINA, por el P. José Herrera, C. M. E. MILAGROSA. Madrid. 1955.

EL OBISPADO DE TELDE, por Antonio Rumeo de Ar-mas, Madrid. 1969-Las Palmas, Casa de Colón.

FRANCISCO MARIA DE LEON(1799-1871 SU TIEM-PO. SUS OBRAS, por Marcos Guimerá Peraza. E, Ca-sa Colón, Madrid-Las Palmas, 1963.

REVISTAS DE ARTE EN CANARIAS, por Juan Ro-driguez Dorestes, Museo Canario. 1965.

MENENDEZ PELAYO Y CANARIAS, por Sebastián de la Nuez Caballero.

UNA BREVE EXCURSION CIENTIFICA POR GRAN CANARIA . . Museo Canario 1963.

La Conquista Betancuriana y la de la Gran Cana-ria, por Maria Rosa Alonso. E. Museo Canario 1951.

D. Juan de Frias, Gran Conquistador de Canaria. por el Dr. Domingo José Wolfel, Director del Museo de Vien-na. E. Museo Canario. 1953.

Hace Ciento Cincuenta Años . . . por Marcos Guimerá Peraza. 1960.

Breve Noticiario Histórico de Las Islas Canarias, D. Joa-quin Blanco. Las Palmas. 1957.

Historia de Las Sociedades Secretas, por D. Vicente de la Fuente, Catedrático de la Universidad Central. (Trés tomos) Lugo. 1970.

FE DE ERRATAS.

Sòlo daré algunas que con las prisas se han escapado en las últimas páginas: “noviò“ y “novía“ por “novio“ y novia“. lodos, por dos de los .. y añadir después de “la antorcha de la fé . . . , estas palabras :un cristianismo auténticamente vivido, los noviazgos han de organizarse como . . . ;en la pagina 237. En la 238 preparasen, en vez de preparen; y quitar la a que precede a “la CRUZ“. En la 239, El que así no lo hiciere, en vez de El que así lo hiciere, y D. Leonilo en vez de D. Leoniló. En la 240 rutilante en vez de rutilanta, y cruzando el aire, en vez de cruzando aire. En la 241, minucioso, en vez de municioso y hogueras por horas. En 242, vida, en vez de viea; signo visible de, en vez de signo visible, y se ayudan con ella a . . . en vez de se ayuden con ella, en la 3, teología en vez de teolo; en la 197 Raigada en vez de Rodigada . . . ,

INDICE.

Primera Parte

Ventana Segunda.	pag. 1
Cap. I. La aurora apunta por Gran Canaria.	
Los Mallorquines en Canaria.	pag. 7

Un 11-primer intento	10
C. III-Obispado misionero de Telde	19
C. IV.-Desarrollo de la Evangelización de Canarias en el siglo XV.	
Ç. V-Donde el sol sale por Lanzarote	48
C. VI-Y sigue por Fuerteventura	
C. VII-Y al lado de Castilla, Canaria	61
C. VIII-Bautismo y arraigo. de La firma de la sangre.	81
C. IX-Francisca la palmera.	91
C. X En Tenerife re encendió una luz.	
Evangelización prehispánica	97
C. X-Siempre buenos cristianos . . .	123
C. XII-La cruz signo de la canariedad hispánica.	129
C. XIII-Costumbres Canarias	143
C. XIV-La alegría del pueblo Canario en el contexto litúrgico	
C. XV-Un extraordinario fenómeno de Cristianización.	165
C. XVI-San Sebastian de la Gomera en 1570.	
Cristianismo con sombras.	170
Ç. XVII-El siglo XVIII	181
G, XVIII-Todavía Cristo en su pueblo	198
G. XIX-Un cuadro de conjunto	213
G. XX-Tù canario no la borres ni la tires	218
Epílogo.	242

6.—*Hijas de Maria en Canarias—
Cien años de historia. 1969*

7.—*Los Guanches Aquellos Caballe-
ros, 120 pgs. Las Palmas, 1969*

8.—*La Cruz que Castilla plantó en
Canarias. 244 pgs. Las Palmas,
1.970*

*Estas obras pueden adquirirse,
en la Editorial La Milagrosa, Gar-
cia de Paredes, 45, Madrid, 3 y
las dos últimas en las principales
Librerías*

*Adema
tor ha p
agiográf
obispo de
Codina. t*

ULPGC. Biblioteca Universitaria



777729

BIG 964.9:2 HER CRU

u-
po
an
ira